

REVISTA **BERIT** INTERNACIONAL

INSTITUTO DE LA FAMILIA · UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

AÑO XVII · Nº 20 · DICIEMBRE 2022

UST.
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS



REVISTA BERIT INTERNACIONAL
Instituto Berit de la Familia
Universidad Santo Tomás
AÑO XVII, N° 20 (Diciembre 2022)

CONSEJO DIRECTIVO INTERNACIONAL

Lydia Jiménez González
Directora General Instituto Secular Cruzadas de Santa María

P. Abelardo Lobato, O.P.†
Presidente de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino

P. Aníbal Fosbery O.P.†
Presidente y Fundador de FASTA

P. Horacio Bojorge S.I.
Presidente S.I.T.A en Uruguay

Mariano R. Brito †
Rector de la Universidad de Montevideo

José Tomás Raga
Ex-Rector de la Universidad San Pablo CEU

Eduardo Soto Kloss
Ex-Decano de Derecho Universidad Santo Tomás

Fernando Moreno Valencia †
Ex-Director del Instituto de Filosofía Universidad Gabriela Mistral

DIRECCIÓN DE LA REVISTA

Directora

María Montserrat Martín Martín

Comité Editorial

Ps. Marcela Ferrer
Dr. Mauricio Besio Rollero
Dr. Aníbal Vial Echeverría
Dr. Mauricio Echeverría Gálvez

REPRESENTANTE LEGAL

Sebastián Rodríguez Rivera

Se autoriza la reproducción de los artículos de la Revista citando la fuente de origen
Av. Ejército 146
Santiago – Chile
Teléfonos: 56 2 2 362 4948 - 56 2 2 471 7663
revistaberit@santotomas.cl
Revista BERIT Internacional
Universidad Santo Tomás
Santiago de Chile
ISSN 0717-9855

ÍNDICE

Editorial	7
ESTUDIOS	
La aportación insustituible del varón a la familia Dr. Armando Mera Rodas	11
Abrazar desde lejos. Reflexiones sobre la paternidad P. José Granados García, DCJM	27
Paternidad y maternidad: responsabilidad por la vida humana. Revisitando el pensamiento de Karol Wojtyła (San Juan Pablo II) Dr. Rafael Hurtado Domínguez	39
Amor humano y familia cristiana en los albores del siglo XXI Fr. Abelardo Lobato Casado O.P. (†)	49
RECENSIONES DE LIBROS	81

EDITORIAL

Decía el pensador Juan Luis Vives: “Cuán grande riqueza es, aun entre los pobres, el ser hijo de buen padre”, destacando así la importancia que tienen los padres en el buen desarrollo y desempeño de la familia y principalmente de sus hijos

Ser un buen padre implica la presencia de este tanto física como personal, sin renunciar ni confundir aquellas especificidades que le son propias por naturaleza. Implica también saber dónde están los hijos en sentido existencial, como señala el papa Francisco en *Amoris Laetitia*, y así poder mejor orientarlos, guiarlos y acompañarlos en el adecuado ejercicio de su libertad.

Aunque es de vital importancia ser un buen padre, no es tarea sencilla, y más en un ambiente en el que, al menos en la cultura occidental, pareciera que la figura del padre poco a poco se va desvaneciendo.

La “desaparición” de la figura paterna, que en un principio se pudo ver como una exaltación de la libertad individual y la liberación de la imposición de reglas externas a uno mismo, en realidad genera una gran “orfandad”, con las consiguientes secuelas en el desarrollo personal de los infantes y jóvenes. Esta “desaparición” no deja de tener también secuelas en las dinámicas familiares y, por esta razón, en el desarrollo de la sociedad.

La reflexión acerca de los aportes del varón como tal a la familia y los diferentes factores que pueden afectar a este adecuado desempeño y por tanto a la familia y a la sociedad, así como la importancia del amor en sus distintas dimensiones, en el desarrollo personal y en la constitución de la familia, son los temas que aborda el presente número de la *Revista Berit Internacional*.

En su artículo el doctor Mera tras repasar los más destacados elementos y corrientes que han influido en el debilitamiento de la masculinidad expone los aportes que puede realizar el varón según las características de su propio modo de ser, principalmente en el ámbito de la familia.

El estudio del padre Granados aborda las principales dificultades de ser padres en la actualidad y las consecuencias derivadas de esta ausencia del padre y propone las posibles vías para la recuperación adecuada de la paternidad en la actualidad.

El doctor Hurtado en su artículo expone los principales aportes que tuvo Karol Wojtyla/Juan Pablo II respecto del tema de la paternidad y la maternidad, siguiendo su evolución como sacerdote, obispo y Papa de la Iglesia Católica.

Por último, publicamos de nuevo por la importancia del tema para la familia y la sociedad, un artículo que el P. Lobato (+) escribió para nuestra Revista, en el que

se realiza un profundo análisis de la fuerza y la importancia que tiene el amor para la persona y para la familia.

Como *Revista Berit Internacional* agradecemos a los autores sus preciosas y valiosas contribuciones y esperamos que estas ayuden al lector a comprender mejor la trascendencia del aporte del varón en la familia y a amar y cuidar este gran bien que es para todos la familia.

Estudios



LA APORTACIÓN INSUSTITUIBLE DEL VARÓN A LA FAMILIA

Dr. Armando Mera Rodas

*Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo
(Chiclayo – Perú)*

RESUMEN

El presente trabajo de investigación tiene como objetivo destacar la aportación antropológica insustituible del varón, especialmente a la familia, ante las ideologías actuales que, sin base científica, intentan erradicar la masculinidad o, al menos, restarle valor a base de eslóganes cargados de mentiras y errores.

La metodología se ha llevado a cabo en tres momentos: primero, hemos analizado el proceso de desvitalización de la auténtica masculinidad; luego hemos reflexionado, desde la antropología filosófica personalista, acerca de la persona masculina y femenina, resaltando sus semejanzas, diferencias y su complementariedad; asimismo, hemos hecho inteligible desde diversos aportes de las ciencias, las principales contribuciones antropológicas específicas e insustituibles del ser varón en la familia. Finalmente, destacamos las conclusiones a las que se arribó.

Palabras clave: Aportación insustituible del varón, masculinidad auténtica, antropología filosófica personalista, familia.

1. DESVITALIZACIÓN DE LA AUTÉNTICA MASCULINIDAD ANTE LAS IDEOLOGÍAS DE MODA

La imagen y la identidad esencial del varón en la actualidad está siendo atacada, desestructurada, confundida y tergiversada, a causa de la proliferación de un sinnúmero de factores teóricos, valorativos y existenciales.

A nivel teórico, se viene experimentando la trivialización y los cambios de significados, tanto de conceptos como de definiciones, que desde siempre nos ha enseñado la antropología filosófica y que ahora, una serie de ideologías de moda, que se entrelazan entre sí, basadas en presupuestos ideológicos, más que en presupuestos científicos, y, por medio de eslóganes cargados de mentira como: “deconstruir la masculinidad”, “adiós al macho”, “fulanito está más deconstruido que menganito”, “tu labor es la deconstrucción, macho”; han confundido a mucha gente y los han convertido en sus adeptos. Ejemplos de ello constituyen el feminismo liberal y radical, movimiento político que, entre una de sus intenciones, nació para abolir la

masculinidad. Así pues, Firestone¹ caracteriza a la masculinidad como algo negativo, violento, y que actúa en perjuicio hacia la mujer, defendiendo así la idea de que los hombres tienen un machismo interno el que deben sanar. La masculinidad en sí misma, señala, ha sido, es y seguirá siendo, si lo permitimos, la causa de las injusticias históricas que la mujer ha sufrido. ¿Cuál sería la alternativa para que la mujer deje de sufrir, según esta autora? La única manera de superar y resolver las dificultades es atacando la masculinidad en cuanto tal, destruirla o deconstruirla a su versión postmoderna. Esto sería el camino para una real liberación de la mujer, para que esta pueda desplegar todas sus potencialidades y alcanzar su plenitud como mujer; de ahí que la ideología de género, que es consecuencia o la versión moderna del feminismo liberal y radical, proclama abiertamente que la mujer debe autoafirmarse como mujer independientemente del varón. Pero como esto no es posible, ya que ambos somos autonecesitantes, acaban reivindicando la figura del lesbianismo como único modo de vivir un tipo de sexualidad independientemente de los hombres.

Por su parte; **el enfoque deconstructivista**, que nació para el análisis lingüístico, hoy falsamente se aplica para defender que todo es una construcción, incluido la verdad y la realidad misma; **el ateísmo** que elimina a Dios, quien da la esencia y proclama al hombre como creador de su propia esencia; **el materialismo** que niega la dimensión trascendente del hombre; **el romanticismo** a quien poco le interesa ya la verdad y; **el actualismo** para quien muchas realidades como la familia, la moral, el matrimonio, no son más que productos sociales o culturales. Sin lugar a dudas, hemos decantado en un relativismo donde más que hablar de masculinidad, se habla de masculinidades, en lugar de sexualidad, se habla de orientaciones sexuales, etc.

Basados en estas ideologías se nos transmiten hoy visiones reduccionistas de la auténtica masculinidad. Tal es el caso del **ginocentrismo**, surgido como movimiento en la segunda ola del feminismo. El ginocentrismo pone a la voz de la mujer como centro de la atención o escucha. Se trata de un enfoque dominante o exclusivo en la mujer; es decir, una tendencia a considerar como universalmente válido el punto de vista de la mujer. La intencionalidad de este movimiento es silenciar la voz del varón; y para conseguirlo, pone énfasis en la sumisión y debilidad masculina, llevando a cabo una discriminación sistemática contra los hombres.

Nathanson y Young definen el ginocentrismo como:

“Una forma de ver el mundo basada en la creencia implícita o explícita que el mundo gira alrededor de las mujeres, un tema cultural que dicen ha devenido ‘de rigor’ en los tribunales de justicia y las administraciones públicas, resultando en una discriminación sistémica contra los hombres”².

¹ FIRESTONE, Shulamit. La dialéctica del sexo [en línea]. 2ª ed. Traducido del Inglés por Ramón RIHÉ QUERALT. Barcelona: Kairós, 1973 [consultado el 3 de agosto de 2022]. Disponible en: <https://www.scribd.com/document/163005241/Shulamith-Firestone-La-dialectica-del-sexo-pdf>, p. 275.

² YOUNG, Katherine y NATHANSON, Paul, *Legalizing misandry: from public shame to systemic discrimination against men*, McGill-Queen's University Press, 2006, p. 309.

A nivel valorativo, mucha gente representante de las ideologías de moda, basados en ciertas prácticas o costumbres asociadas a la masculinidad y aprendidas en el proceso de socialización del hombre, que no han sido las mejores y que merecen ser cambiadas o superadas buscando el equilibrio entre ambos sexos, han intentado mellar la imagen y la figura del varón o la masculinidad. Lejos de hacer un análisis referente a ser varón, desde el punto de vista de la ciencia que corresponde, hacen una descripción de tipo sociológica, cultural e ideológica, enarbolando aspectos desiguales que ha habido y sigue habiendo hoy relacionados al varón y a la mujer. Por un lado, nos referimos a privilegios laborales, económicos, políticos y educativos; privilegios individuales como: monopolizar el espacio, el habla, el sexo; y otros privilegios que derivan de inseguridades o de carencias emocionales de cada persona. Por otro lado, hacemos alusión a valores tradicionales asociados a la masculinidad, como las prácticas patriarcales, potencia viril, competitividad, paternalismos, entre otros que la historia ha sido la encargada de registrar.

Bajo estas formas valorativas también parece suscribirse el enfoque mental de la misoginia que se refiere al odio, rechazo, aversión y desprecio de los hombres hacia las mujeres y, en general, hacia todo lo relacionado con lo femenino; basándose en la perversa idea de la supuesta inferioridad, tanto moral como intelectual y biológica de las mujeres.

Por supuesto que nos urge a los hombres de hoy tomar conciencia y entender hasta qué punto hemos sido reproductores de lógicas de opresión, de cuánto daño han sufrido las mujeres y cuánto podrían seguir sufriendo nuestras hijas en el futuro, si no tomamos acciones concretas serias en el presente para eliminar de nuestra mente y sociedad los privilegios machistas que hemos descrito y que se han ido incorporando inconscientemente en el seno de nuestras familias. Sin embargo, en nombre de estos aspectos culturales, no significa que debamos cambiar la esencia de la realidad como es el ser varón o ser mujer. Hay que deconstruir costumbres poco racionales, valoraciones subjetivas, creencias irracionales, mas no al hombre. A esto parece referirse Delgado³ cuando expresa que: “No puede haber hombres deconstruidos. No se deconstruye un cuerpo, se deconstruyen los conceptos que se inscriben sobre él”. El reto para las ideologías será enseñarnos o sugerirnos las formas cómo cambiar estas prácticas inconsistentes

A nivel existencial, por un lado, el varón, desde su dimensión operativa, no siempre actúa en concordancia con lo que es, sino con lo que no es. Lo propio del hombre es su racionalidad o espiritualidad y, por esta razón, se espera que actúe siempre racionalmente o bajo el siguiente principio antropológico: **eres un ser racional, en consecuencia actúa como tal**; no obstante, debido también a que es un ser tendencial, muchas veces prima esto sobre aquello y cuando esto ocurre, el

³ Cf. DELGADO, Lionel S. Contra la deconstrucción masculina. www.elsaltodiario.com [en línea]. 30 de abril de 2019 [consultado el 23 de septiembre de 2022]. Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/masculinidades/contra-que-es-deconstruccion-masculina>

varón queda desconcertado volviéndose indigno de aprecio o admiración. A esto se refiere Díaz⁴. cuando afirma que:

“Somos el único animal demasiado pequeño para el tiempo grande y demasiado grande para el tiempo pequeño ¡Qué inmensa paradoja la de este ser racional, caña pesante, microcosmos débil y quebradizo en su noche, pero macrocosmos dominador y destructor en su día; ángel y bestia a un mismo tiempo, ¡También causa de aflixión y fuente de admiración! Lo inhumano habita en lo humano”.

Cuando esto ocurre el varón vive de modo inauténtico, no vive como hombre que es.

Análogamente, el ser varón es una realidad tridimensional, estructurada ontológicamente de cuerpo, psique y espíritu. Ahora bien, debido a esta unidad en la multiplicidad tripartita: el cuerpo enferma, la psique se desordena y el espíritu o existencia vive la falta de firmeza o lo que Burgos, Cañas y Domínguez⁵ denominan como las infirmitades. El autor utiliza el neologismo “infirmitad” para referirse a los modos inadecuados del varón a vivir como persona masculina, esto es, a las formas de no vivir con firmeza su masculinidad. La infirmitas, en realidad, es condición inherente al ser humano, en cuanto realidad lábil, finita, provisional, sin acabar. Ocurren las infirmitades cuando el varón no dirige sus capacidades hacia la verdad y el bien, cuando renuncia a todo compromiso, renuncia a la libertad y su responsabilidad, renuncia a la plenitud hacia la que está llamado, cuando se disuelve en lo impersonal, cuando renuncia a la trascendencia tanto vertical (Dios) como horizontal (el prójimo) y cuando el sentido de la vida lo reduce a sentido de placer y de poder, respectivamente.

De lo expuesto podemos decir que la masculinidad tiene un plano fijo, óptico y un plano dinámico, cultural, cambiante: su despliegue. Por tanto, es adecuado y válido insistir en la mejora continua en cuanto al despliegue adecuado de la masculinidad en el ámbito de la manifestación cultural, esto es cambiante, pero es inútil insistir en que la esencia de la masculinidad se pueda adulterar. En el plano cambiante o en la dimensión cultural, la masculinidad, la sexualidad, el matrimonio, la familia, etc., se modifican según las sociedades y las épocas. La masculinidad y la feminidad no tienen hoy el mismo sentido que hace 20 años, al igual que su vivencia difiere en una sociedad islámica y en una sociedad occidental; sin embargo, esto no significa que sea completamente maleable. No es una “cosa” al servicio de la persona, es la persona misma porque se es hombre o mujer. Así pues, la esencia del varón es la masculinidad. “Por muy espiritual o hipéfísico que sea el varón, este permanece siempre varón”, refiere Feuerbach⁶. De ello se sigue que la personalidad se diferencia esencialmente en personalidad masculina y femenina.

⁴ Cf. DÍAZ, Carlos, *Las claves de los valores*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2006, p. 57.

⁵ Cf. BURGOS, Juan Manuel, CAÑAS, José Luis y DOMÍNGUEZ, Xosé Manuel, *Introducción a la psicología personalista*, Dykinson, Madrid, 2013, pp. 58-74.

⁶ FEUERBACH, Ludwin, *La esencia del cristianismo*, Trota, Madrid, 1995, p. 140.

¿Qué hacer ante esta situación laxa que hace de todo por subsumirnos? Necesitamos instalarnos en la ciencia o ciencias adecuadas, para desde allí hacer explícito las verdades que acerca del particular nos brindan y no permitir que ideologías, carentes de presupuestos científicos y enarboladas por unos eslóganes portadores de mentiras, sean quienes se apoderen de nuestro pensamiento y por tanto de nuestra acción.

2. LA PERSONA MASCULINA Y LA PERSONA FEMENINA

La antropología filosófica personalista, moderna y madura, que es la ciencia por antonomasia de profundizar respecto de las verdades humanas, nos demuestra que no existe la “persona” en cuanto tal sino dos modos específicos de ser persona: la masculina y la femenina. La persona es una realidad estructuralmente sexuada y esto lo afecta a toda su identidad. Se es varón o mujer en todas y cada una de las dimensiones, capacidades y cualidades que la configuran la estructura de la persona.

En cuanto personas, varón y mujer comparten las mismas características esenciales, comparten la misma naturaleza, la misma dignidad; pero en cuanto varón y mujer, difieren en las características concretas que adoptan cada uno de ellos.

La inteligencia masculina y la inteligencia femenina son diversas, hecho con el que nos enfrentamos cotidianamente y que está recibiendo, cada vez de modo más claro, una comprobación puramente experimental mediante instrumentos cada vez más sofisticados que permiten controlar la actividad de los procesos cerebrales. El modo y la cantidad en que se activan y relacionan las neuronas de los hombres y mujeres son diferentes, así nos demuestra la neurociencia hoy. Una constatación externa de esta diversidad interna sería, por ejemplo, la tendencia más unilateral del comportamiento masculino frente a la multilateralidad de la mente femenina, capaz de atender más cosas a la vez, pero quizá no con la misma intensidad que el hombre⁷.

Nadie pondrá en duda que la afectividad masculina es distinta que la femenina, al igual que la sociabilidad, las capacidades lingüísticas, etc. Y otro tanto se puede decir de la corporalidad, pero no en el mero sentido somático biológico, sino en la vivencia de la corporalidad; es decir, en lo que el cuerpo representa para el hombre y para la mujer. Ambos se relacionan con el cuerpo de manera distinta, como se puede evidenciar, por ejemplo, en la actitud ante el deporte o ante la belleza.

Burgos concluye: existen dos tipos de persona: hombres y mujeres; y ser hombre o ser mujer es un rasgo antropológico radical que afecta a todas las estructuras personales. No es una elección, del mismo modo que no se elige ser alto o bajo, fuerte o débil, de una raza o de otra, de una u otra época. Se nace estructuralmente hombre

⁷ Louann Brizendine, por ejemplo, afirma que, aunque el 99% del código genético de hombres y mujeres es idéntico, “esa diferencia influye en cualquier pequeña célula de nuestro cuerpo, desde los nervios que registran placer y sufrimientos, hasta las neuronas que transmiten percepción, pensamiento, sentimientos y emociones” (BRIZENDINE, Louann, *El cerebro femenino*, RBA, Barcelona, 2006, p. 39). En la misma línea, RUBIA, Francisco, *El sexo del cerebro*, *Temas de Hoy*, Madrid, 2007 y LÓPEZ, Natalia, *Cerebro de mujer y cerebro de varón*, Rialp, Madrid, 2007.

o mujer, como uno de los dos modos posibles de ser persona y no como falsamente defiende la ideología de género que la sexualidad deja de ser **algo configurador** de la identidad personal para convertirse en un rasgo determinable por la persona según sus gustos y cualidades⁸. Esta ideología, basándose en términos polisémicos, falsamente defiende que la masculinidad es la construcción cultural de género que designa el rol de los varones en las sociedades. Nos persuaden a aceptar y, ni siquiera a pensar, que la masculinidad o feminidad se elige de un fondo biológico dado. Además, que la elección de posibilidades sexuales es también infinita. No cabe duda que la visión sociocultural e ideológica de la ideología de género ha debilitado la masculinidad. Estas diversas visiones reduccionistas son reflejadas, expresadas y promovidas principalmente por los medios de comunicación.

La ideología de género se basa en una concepción reduccionista y moderna de la naturaleza, separa, como si eso fuera posible, lo humano de la persona: la libertad y lo no humano: lo biológico. El camino que ha seguido para ello es: **destruir la masculinidad**, lo que conduce necesariamente a la **destrucción de la feminidad** y por último la **destrucción de la sexualidad** porque, si no hay ni feminidad ni masculinidad, tampoco hay sexualidad.

De lo dicho se concluye que ser varón constituye en esencia un modo de ser, pertenece a la estructura ontológica de la persona; esto quiere decir que la existencia humana arranca siendo persona masculina o femenina, mas no es una pura existencia carente de esencia como defienden algunos filósofos existencialistas como Heidegger, quien en su libro *Ser y Tiempo* señalaba que el hombre era pura posibilidad, pura capacidad para elegir en cada momento lo que quiere ser, y esto porque consideraba al hombre como alguien que está arrojado en un mundo y un tiempo y en un espacio en el que ni siquiera ha elegido existir. Somos seres para la libertad y para la muerte⁹, concluirá. Sartre por su parte, en su libro *El Ser y la Nada* y basado en su ateísmo, considera al hombre como ser bastardo por cuanto no tiene a nadie quien lo justifique. El hombre se da el ser eligiendo, cada elección para este filósofo es un peso ontológico. El hombre no sería más que huida hacia sus posibilidades¹⁰.

Ante lo dicho podemos afirmar que el ser humano por ser persona masculina o femenina tiene libertad, no tiene libertad y por ello es masculino o femenino; no porque sea libre elige ser persona masculina o femenina. Más bien, parafraseando a Max Scheler, diremos que la persona es el centro metafísico de los actos operativos porque ella nunca está acabada y permanece inacabada en cuanto a su humanización.

La persona masculina o femenina elige y decide mediante su libertad, del mismo modo que piensa mediante el cerebro o ve mediante los ojos. Con esto queda claro

⁸ BURGOS, Juan Manuel, "Dos formas de afrontar la identidad sexual: personalismo e ideología de género", Publicado en Angela Aparisi (ed.), *Persona y género*, Thomson Reuters-Aranzadi, Pamplona 2011, pp. 405-421.

⁹ Cf. HEIDEGGER, Martín (2005), *El ser y el tiempo*, 2da ed., México, Fondo de Cultura Económica.

¹⁰ Cf. SARTRE, Jean Paul (1981), *El ser y la nada*, 6ª ed., Losada: Océano.

que la persona, por ser el centro de operaciones espirituales constituye la causa de sus operaciones racionales y libres y también de sus tendencias, pero no a la inversa.

Se es varón o se es mujer en toda la estructura personal: en el cuerpo, en la psique y en la espiritualidad. Ser varón o ser mujer constituye modos de ser y ello implica también una forma concreta y específica de existir, de estar, de sentir y de actuar en el mundo. Razón tiene Amaya apoyado en la neurociencia que demuestra las diferencias cerebrales entre el varón y la mujer al referir que ambos, varón-mujer: “piensan, sienten, aman, valoran, se comunican, de modo distinto, pero ambos también se complementan”¹¹. A ello también se refiere Gray al titular su libro: *Los Hombres son de Marte, las Mujeres son de Venus: la guía definitiva para entender a tu pareja*¹².

Es bueno hacer aquí una aclaración que hoy por hoy viene generando muchos conflictos y controversias: el modo de ser y el modo de comportamiento. Una cosa es el modo de ser como hemos manifestado, que hace referencia a la estructura metafísica u óptica de la persona y otra muy distinta es el modo de comportamiento, el que hace alusión al desarrollo o despliegue armónico o desarmónico de lo que se es o del modo de ser. En nuestro ser somos varón o mujer; no obstante, en nuestro obrar se espera que el reconocimiento de nuestra identidad sexual sea concordante y armónica, y cuando eso sucede estamos ante un desarrollo armónico de la masculinidad o la feminidad, mientras que si no ocurre o se da un desarrollo desarmónico, la persona tendrá ciertos desórdenes y aparecerá el comportamiento homosexual o la práctica sexual que se da entre personas del mismo sexo: gay (práctica sexual entre varones), lesbiana (práctica sexual entre mujeres), bisexual (práctica sexual con ambos sexos) o transexual (persona que adquiere las características físicas de las personas del sexo contrario mediante tratamiento hormonal o quirúrgico). El ser varón no cambia, no se modifica, no desaparece porque es ontológico, constitutivo y existencial y tiene que ver con nuestro ser, nuestra existencia y nuestra esencia; en cambio, el comportamiento puede mejorarse, modificarse, cambiarse u orientarse mediante el acompañamiento y orientación adecuada familiar, psicológica, psiquiátrica o logoterapéutica, según sea el caso.

En este sentido, el psicólogo irlandés Gerard van der Aardweg indica que suele coexistir en la persona con actividad homosexual importantes **componentes neuróticos, autocompasivos y otros problemas psicológicos**. Por su parte el psicoterapeuta estadounidense Richard Cohen afirma que, en gran mayoría de casos, **el homoerotismo o la homosexualidad nace como reacción** ante “un dolor”, algo que afecta a la autoestima de varón o de mujer de un sujeto¹³.

¹¹ GUERRA, Jesús, *¿Qué hago si mi media naranja me salió toronja?* Editorial Trillas, España, 2005 p. 1.

¹² GRAY, John, *Los Hombres son de Marte, las Mujeres son de Venus: la guía definitiva para entender a tu pareja*, Grijalbo, Barcelona, 1996.

¹³ Citados en DE IRALA, Jokin, *Comprendiendo la homosexualidad*, 2da ed., EUNSA, Pamplona, 2009, p. 32.

Asimismo, Spitzer¹⁴ en sus investigaciones realizadas claramente señala que la modificación completa de la orientación homosexual hacia una orientación heterosexual es posible.

También es bueno distinguir la homosexualidad de otras sintomatologías que no constituyen homosexualidad como tal, pero que con frecuencia se confunden. Nos referimos la **ambigüedad de la identidad sexual** y al **homoerotismo u orientación homosexual**. La primera es la presencia de ciertas dudas, confusiones acerca de la identidad sexual que pasan algunos púberes adolescentes, la que es pasajera y acaban sintiéndose heterosexuales al completarse su proceso de maduración; en tanto la segunda, es la atracción sexual o enamoramiento de una persona del mismo sexo, pero que no hay necesariamente una actividad o comportamiento homosexual.

De este modo, se habla de “actividad o comportamiento homosexual” cuando una persona participa en actividades sexuales predominante o exclusivamente con miembros de su propio sexo. La homosexualidad es la “no conformidad con el propio sexo y llevar a cabo actos contra natura”. Pues avalando los dos modos de ser varón o mujer adviene la ciencia genética al demostrar que no existe gen homosexual.

3. LA APORTACIÓN ANTROPOLÓGICA INSUSTITUIBLE DEL VARÓN A LA FAMILIA

El ser humano como hemos visto se compone de dos modos de ser: varón y mujer. Ambos tienen la misma esencia y dignidad y merecen el mismo respeto. No obstante, en el pasado las mujeres no siempre han sido consideradas humanas de pleno derecho; es decir, su valía no ha sido reconocida como equivalente a la de los varones. La historia ha sido escrita más por los varones y no les ha dado voz a las mujeres, pese a su gran aporte antropológico a la familia y a la sociedad. Ellas han sido, son y seguirán siendo, como las denominó san Juan Pablo II, “tesoros ocultos” o “genios de mujer”¹⁵.

En el mundo contemporáneo, gracias a la antropología personalista, se viene enarbolando, con pleno derecho, la exigencia del respeto, la defensa, la promoción y la admiración tanto del varón como de la mujer, tomando como base la dignidad y grandeza de su ser y también defendiendo la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres a nivel operativo o en el proceso de desarrollo comunitario y social. Pero a la vez, como hemos visto, han desfilado un sinnúmero de ideologías, a las que ya nos hemos referido, que han dado un giro del pensamiento hacia el otro extremo: resaltar el valor de la mujer por encima y de modo independiente a

¹⁴ SPITZER, RL. Can some gay men and lesbians change their sexual orientation? 200 participants reporting a change from homosexual to heterosexual orientation. *Archives of sexual behavior*, 2003, 32, pp. 403-417.

¹⁵ San Juan Pablo II, Carta a las mujeres, 1995, nº 11-12. Disponible en https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1995/documents/hf_jp-ii_let_29061995_women.html

la del varón, la misma que ha desutancializado, desnaturalizado y desvitalizado la masculinidad, aplicando nuevos estereotipos que antes se aplicaba a la mujer.

Ante lo dicho diremos que hombre y mujer son iguales, tienen las mismas características: inteligencia, voluntad, sentimientos, afectividad, y también al mismo tiempo que hay igualdad, hay diferencias. Numerosos estudios defienden la idea de que varones y mujeres tienen capacidades similares, pero también hay mucha evidencia de las diferencias que radican principalmente en la forma de ejercer tales capacidades. En este acápite haremos inteligible la forma cómo el varón despliega estas capacidades en favor suyo y en el de la familia. No es que empiece discriminando la sexualidad femenina, de ninguna manera; por el contrario, quiero dejar establecido que cada sexo tiene su aportación insustituible a la familia. En esta oportunidad me centraré a resaltar la aportación antropológica del varón, dejando para otro artículo la aportación antropológica de la mujer a la familia.

Para esgrimir lo propuesto partiremos de la siguiente pregunta: ¿Qué aporta de modo insustituible el varón a la familia? Aporta lo que, de suyo, por ser varón, le corresponde; veamos:

A. APORTA EJEMPLARIDAD EN EL DESPLIEGUE DE SU LIBERTAD Y SU RESPONSABILIDAD EN FAVOR DE LA FAMILIA

El varón ha ejercido su libertad para elegir a la esposa, ha usado su libertad al decidir los hijos que desea tener, se hace responsable del compromiso asumido con la mujer que ha tomado por esposa para toda la vida, tiene que responder por cada hijo que trae al mundo y, a su vez, tiene que educar en la libertad y en la responsabilidad a sus hijos y, en términos generales, ha de responder por la familia.

La familia, para un varón criterioso, constituye una de las empresas más importantes entre las empresas, y esto porque la empresa familiar no puede quebrar o cambiar de giro o razón social. Tiene que contar con una noble misión: como es formar un hogar cristiano, luminoso y alegre; para ello cuenta con dos gerentes –papá y mamá– que no han de superponer sus funciones, sino que, por el contrario, han de prestigiarse mutuamente en su autoridad, fortaleciendo uno la autoridad del otro.

El varón es el responsable de alcanzar la visión familiar expresada en el bienestar, el prestigio y la felicidad de su familia. Para ello ha de cultivar con su cónyuge valores como la fidelidad, la paciencia y el diálogo profundo y cultivar con sus hijos la obediencia, el vínculo interpersonal, la ayuda mutua y la unidad.

El varón aporta a la familia una visión del mundo, de la vida, del futuro a corto, mediano y largo plazo; aspirando lo mejor para sí, para su esposa y para sus hijos y liderándolos con orientación firme y segura hacia la concreción de dichos propósitos. En este sentido, el varón ejerce un liderazgo de ser guía y ejemplo, no solo para su familia sino para la sociedad.

B. *APORTA DE MODO INMEDIATO LA FUERZA INDÓMITA DE SU ESPÍRITU ANTE LAS SITUACIONES LÍMITE*

Una situación límite es aquella que adviene o acontece en la vida de la persona de modo inevitable e irremediable; por ejemplo, la pérdida de un ser querido, un accidente familiar, una catástrofe, una enfermedad incurable, etc. Frankl¹⁶ considera a la muerte como una realidad infranqueable y, junto con la culpa y el sufrimiento, lo inserta dentro de la tríada trágica o triple desafío que debe enfrentar el hombre de modo inevitable, y al mismo tiempo manifiesta que el hombre puede convertir esa tríada trágica en una tríada optimista, mediante los valores de actitud, si es que así lo decide.

Ahora bien, con cierta frecuencia vemos que, en la vida ordinaria, por lo general el varón, a diferencia de la mujer, es mucho más frágil y quebradizo. Rápidamente se resquebraja ante un simple malestar, una fiebre, un dolor de cabeza, un dolor estomacal, ante la sintomática de unas vacunas, ante una gripe, etc. Situaciones en las que la mujer, por lo general, pasa desapercibida ¿Por qué ocurre esto con frecuencia? La explicación radica en que en el día a día, la mujer vive desde lo profundo, es decir, desde la espiritualidad o la fuerza indómita del espíritu, y el varón lo hace más desde su organismo psicofísico.

Sin embargo, ante la presencia de una situación límite como la muerte o una pérdida, parecieran invertirse los papeles: la mujer instala su sufrimiento más en su organismo psicofísico, por ello la vemos demasiado lacerada y muy triste acompañando la partida de su ser querido; en tanto el varón se refugia por lo general en su dimensión espiritual y saca desde allí la fuerza indómita de su espíritu para manejarse con mayor serenidad y emprender acciones concretas ante dicha situación.

Debido a este movimiento psicodinámico y noodinámico existencial, experimentado en el varón como en la mujer, hace posible que, por lo general, el varón atraviese los procesos del duelo con mayor rapidez que en la mujer. Por esta razón, los estudios demuestran que existe más duelo paralizado en mujeres que en varones. Con esto no estamos diciendo ni defendiendo que las mujeres sean más débiles que los varones o viceversa, sino que solo mostramos los modos distintos de desplegar sus capacidades personales para afrontar las situaciones. Superado el duelo, nuevamente vuelven a sus “normalidades”, pero cada uno más fortalecido que antes.

El varón lucha contra todo para salir adelante frente a circunstancias adversas y capear la tormenta. Transforma las peores circunstancias en oportunidades de crecimiento personal y familiar. Hace que las cosas duras se pasen con alegría, felicidad y optimismo. Gracias a ello la familia encuentra en el varón un gran soporte emocional, afectivo y espiritual.

¹⁶ FRANKL, Viktor, *Ante el vacío existencial: hacia una humanización de la psicoterapia*. Herder, Barcelona, 1977.

C. APORTA CERCANÍA Y PROTECCIÓN A LA FAMILIA

El varón aporta a la familia no solo el alimento material sino, sobre todo, alimento emocional, afectivo y espiritual. Además de ser el organizador del hogar, debe involucrarse de modo más pleno en las actividades propias de la familia. Tiene que aprender a tratar a la mujer de igual a igual en la esfera pública y la esposa al varón, de igual a igual, en la esfera privada. El padre puede ayudar a los hijos en la formación de la confianza en sí mismos, puede fortalecer su conducta, ayudarles a tolerar la frustración existencial cuando se enfrentan hacia algo nuevo. Su presencia contribuye en la personalidad sana de los hijos.

El papa Francisco en su exhortación apostólica acerca del amor en la familia refiere que:

Dios pone al padre en la familia para que con las características valiosas de su masculinidad sea cercano a la esposa, para compartir todo, alegrías y dolores, cansancios y esperanzas. Y que sea cercano a los hijos en su crecimiento: cuando juegan y cuando tienen ocupaciones, cuando están despreocupados y cuando están angustiados, cuando se expresan y cuando son taciturnos, cuando se lanzan y cuando tienen miedo, cuando dan un paso equivocado y cuando vuelven a encontrar el camino; padre presente, siempre. Decir presente no es lo mismo que decir controlador, ya que los padres demasiado controladores anulan a los hijos. Algunos padres se sienten inútiles o innecesarios, pero la verdad es que los hijos necesitan encontrar un padre que los espera cuando regresan de sus fracasos. Harán de todo por no admitirlo, para no hacerlo ver, pero lo necesitan. No es bueno que los niños se queden sin padres y así dejen de ser niños antes de tiempo¹⁷.

Pedersen demostró que los niños que han tenido un buen padre, llegado el momento de la escuela, están más preparados y mejor adaptados psicológicamente, tienen mayor tolerancia a la tensión y a la frustración; son más seguros y tienen más confianza en sí mismos¹⁸. Asimismo, otro investigador como Pruet resalta que la conexión del niño con su padre desde que nace es sumamente importante, necesaria e indispensable para su desarrollo. Esto sucede así por cuanto ellos vienen equipados existencialmente para descubrir a sus padres, los mismos que son extraños y desconocidos en el arranque existencial del niño¹⁹. El papa Francisco respecto de lo que venimos argumentando señala que:

El varón juega un papel igualmente decisivo en la vida familiar, especialmente en la protección y el sostenimiento de la esposa y los hijos (...). Muchos hombres son conscientes de la importancia de su papel en la familia y lo viven con el carácter propio de la naturaleza masculina. La ausencia del padre marca severamente la vida familiar, la educación de los hijos y su integración a la sociedad. Su ausencia puede ser física,

¹⁷ Papa Francisco. Exhortación Apostólica Postsinodal *Amoris Laetitia* 2016, n° 177.

¹⁸ PEDERSEN, Frank, "Care of infants during maternal separations: associations with father – in font interruption one year", *Psychiatry*, v. 50, n. 3, 1987, pp. 193-205.

¹⁹ PRUET, Kyle, *El rol del padre*, Editorial Vergara, 2001.

afectiva, cognitiva y espiritual. Esta carencia priva a los niños de un modelo apropiado de conducta paterna²⁰.

Con lo sustentado podríamos decir, a manera de resumen, lo que la Fundación Chile Unido señala que los varones desempeñan en sus familias un número significativo de roles: compañeros, proveedores y cuidado, esposos, protectores, modelos, guías morales, profesores, cuya importancia varía de acuerdo con la época. Cuando nos referimos al varón como proveedor, lo hacemos pensando para las necesidades materiales, afectivas y espirituales; el varón tiene que aprender a proveer en esta triple dimensión, siguiendo las exigencias ópticas de nuestro ser: ser, tener, trascender. En consecuencia, proveer no se restringe a lo económico²¹.

D. APORTA ALGO ESPECÍFICO SEGÚN SU CONSTITUCIÓN CEREBRAL

Ciertamente varón y mujer tienen recursos distintos. Ya Buytendijk²² se esforzó en describir sus diferencias. Julián Marías²³ añade que estas son relacionales. Por su parte Gray²⁴ considera que ambos son dos modos recíprocos y complementarios de encarnar la misma naturaleza. Por eso también sus diferencias son imprescindibles en todas las esferas. Y porque sus peculiaridades son relacionales, complementarias y recíprocas, cada uno se apoya en el otro, cada uno encuentra su posibilidad en el otro. Se podría decir, con razón, que no hay un espacio social femenino, pues en todas las esferas –familiar, laboral y política– puede y debe estar la mujer.

Feuerbach adelantándose a la neurociencia moderna que nos muestra que los cerebros masculinos y femeninos son distintos, señala:

Tu ser o, más bien (...) tu yo, ¿no es acaso un yo masculino? ¿Puedes separar la masculinidad incluso de aquello que llaman espíritu? ¿No es tu cerebro, esa víscera la más sagrada y encumbrada de tu cuerpo, un cerebro que lleva la determinación de la masculinidad? ¿Es que no son masculinos tus sentimientos y tus pensamientos?²⁵

La neurociencia hoy nos demuestra que el cerebro masculino y el cerebro femenino, debido a las conexiones neuronales diferentes entre uno y otro, funcionan

²⁰ Papa Francisco, Exhortación Apostólica Postsinodal, *Amoris Laetitia*, 2016, n° 55.

²¹ Cf. Fundación Chile Unido, Corriente de opinión, abril 2002, n° 6, Ensayo: el rol del padre y su influencia en los hijos, p.6.

²² Cf. BUYTENDIJK, Frederik Jacobus Johannes, “La mujer. Naturaleza, apariencia, existencia”, *Revista de Occidente*, Madrid, 1970.

²³ Cf. MARÍAS, Julián, *La mujer en el siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1980; *La mujer y su sombra*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

²⁴ Cf. GRAY, John, *Hombres son de Marte, las Mujeres son de Venus: la guía definitiva para entender a tu pareja*, Grijalbo, Barcelona, 1996.

²⁵ FEUERBACH, Ludwig, “La relación existente entre ‘La esencia del cristianismo’ y ‘El Único y su patrimonio’” (1845), en *Principios de la filosofía del futuro y otros escritos*, trad. cast., José M^a Quintana Cabanas, en PPU, Barcelona 1989, p. 160.

y se manifiestan también de manera diferente. La capacidad cerebral es la misma, tanto en el varón como en la mujer, pero el modo de usar el cerebro, las conexiones neuronales, son distintos, lo que viene a reflejar que hay una diferencia en el modo de emplearlo. Resaltaremos aquí en particular algunos aspectos que corresponden a la masculinidad y en cuya esencia se ancla su aportación antropológica.

A diferencia del cerebro de la mujer que es multitarea, la del varón es más lineal, esto se evidencia en la práctica en el carácter más pausado, sereno, calmado, práctico y la tendencia a racionalizarlo todo por parte del varón. Consciente de estas características propias, el varón puede irradiar en favor de la familia espacios de paz, tranquilidad, practicidad y serenidad en momentos difíciles de la vida diaria. Lejos de liarse se destraba.

Además, estudios neurocientíficos señalan que a diferencia de la sociabilidad de la mujer que es más potente en grupos pequeños, la masculina sería mayor en grupos más grandes; esto significa que el varón, si toma conciencia de su liderazgo, puede influir **positivamente** en muchas más personas y no solo en los miembros de su familia. Resaltamos la palabra positivamente por cuanto también se puede influir negativamente con el mal ejemplo, con las actitudes machistas, el trato inadecuado, la deshonestidad, etcétera.

E. EL VARÓN APORTA A LA FAMILIA SU AMOR MASCULINO

En muchos ámbitos de la vida actual y ante el “progreso” desmedido e ilícito de la técnica que, mediante la reproducción asistida, ha hecho posible, por un lado, la procreación sin sexualidad (obtener vida fuera del acto sexual) y, por otro, el desligamiento de la maternidad, de la gestación, muchas personas, sin más, han llegado al convencimiento de que se puede tener hijos sin la presencia de un padre o de la madre. Además, se argumenta erróneamente que una mujer o un varón pueden ser padre y madre a la vez para sus hijos. Convencerse de esto es desconocer que en los hijos la aportación es de ambos. Ambos tienen su propia aportación antropológica del que se alimentan o beben los hijos. El varón aporta como hemos visto su constancia, su fortaleza, su capacidad serena y segura ante las situaciones adversas, aporta su autoridad que ejerce justicia digna y honrosa a los miembros de su familia. Los hijos tienen en el varón una figura paterna apropiada, una imagen, un modelo en qué basar su propia identidad. Tiene una estructura psicológica, corporal y existencial.

Al respecto Sullerot dice: “La presencia de un modelo paterno integra las estructuras emocionales y sociales en la familia. El padre es la figura que ayuda a descubrir su identidad a los hijos varones y afirma la femineidad de las hijas”²⁶.

El amor paternal aporta a los hijos confianza, paz interior, sentimientos de sentirse comprendidos, capacidad para descubrir que la vida tiene sentido y saber que vale

²⁶ SULLEROT, Evelyne, *Quels Pères? Quels Fils?*, Fayard, 1992, trad. cast.: *El nuevo padre. Un nuevo padre, para un nuevo mundo*, ed. B, Barcelona, 1992.

la pena vivir. Se ha demostrado que cada hijo necesita el amor de su padre y de su madre y, además, el cariño que su padre y su madre se tienen entre sí²⁷.

La paternidad responsable y comprometida contribuye en el presente a un desarrollo infantil más saludable, a relaciones de pareja más estables y armoniosas y, en el futuro, asegura madres, padres y familias más saludables.

El amor paternal en la vida de los hijos también se refleja en un mayor desarrollo cognitivo y emocional de estos, en una mayor capacidad de autorregulación, de tolerancia ante la frustración y el estrés, así como en la resolución de problemas. Esto se refleja también en un mejor desempeño escolar, en la disminución de la agresividad y una mayor capacidad para desarrollar relaciones saludables con sus pares. La participación paterna positiva actúa como un factor protector para los niños y niñas a lo largo de su vida, reduciendo su predisposición a conductas riesgosas como el abuso de drogas, la delincuencia, la violencia de pareja y contra terceros.

Diversos investigadores demuestran que un nivel adecuado de compromiso del varón en la crianza y la educación de los hijos influye positivamente impulsando en ellos mayor capacidad cognoscitiva, mayor empatía y mayor capacidad de autocontrol, empatía de los hijos por los otros, la sensibilidad moral, e incluso el desarrollo físico. Así, por ejemplo, Hellen Bing²⁸ asocia el coeficiente intelectual más al alto cuidado paterno.

Hoy por hoy y, con razón, se advierte que es necesario construir una familia con padre y una cultura con madre²⁹ siendo el varón trabajador y padre, y la mujer, madre y trabajadora.

En resumen, podríamos decir que si bien sabemos que toda persona es frágil y quebradiza, aun en medio de esa debilidad, el varón brinda seguridad, **protección, respeto, promoción, defensa, admiración y amor** a su familia, convirtiéndose para ella como “el árbol frondoso que le cobija sombra”. El varón es quien está llamado a reaccionar de modo inmediato cuando su familia está en crisis o en peligro para protegerla y brindarle su ayuda, su apoyo, seguridad y confianza. El varón, consciente de su misión, ha de esforzarse por forjar no un patrimonio sino un matrimonio, una familia, un legado que permanezca. Tiene un objetivo que seguir y una meta que alcanzar.

4. CONCLUSIONES

A continuación anotamos las conclusiones a las que se arribaron:

- Estemos o no de acuerdo con la masculinidad en el plano interpretativo, el hecho o la realidad seguirá siendo lo que es y emanará luz a quien se acerque

²⁷ Cf. CASTILLA, Blanca, *La complementariedad varón-mujer: nuevas hipótesis*, Rialp, Madrid, 1993, p. 89.

²⁸ HELLEN, Bing, *The Effects of child rearing practices on the development of differential cognitive abilities*, Child Development, n. 34, 1961, pp. 631-648.

²⁹ CASTILLA, Blanca, *La complementariedad varón-mujer: nuevas hipótesis*, Rialp, Madrid, 1993, p. 89.

con humildad intelectual y con fidelidad al ser para su comprensión. Pues, una cosa es un hecho, otra la interpretación de ese hecho. La verdad se anclará en la interpretación más fiel del hecho.

- La aportación antropológica del varón en la familia es insustituible por cuanto contribuye desde lo más específico, óntico y operativo de su ser personal.
- El varón y la mujer son complementarios y necesarios en el desarrollo de los hijos.
- Se habla muchísimo de la deconstrucción de la masculinidad, empero, es bueno aclarar que no se deconstruye un ser, una realidad; se deconstruye un concepto.
- Finalmente, la deconstrucción no es un asunto moral, no define qué está bien o qué está mal, solo es una herramienta cognitiva que aporta información.

Varones, seamos lo que debemos ser: hombres de una pieza, no lo que la sociedad quiere que seamos.

BIBLIOGRAFÍA

- BRIZENDINE, L. (2006). *El cerebro femenino*. RBA.
- BURGOS, J. M. (2011). *Dos formas de afrontar la identidad sexual: Personalismo e ideología de género*. Angela Aparisi.
- BURGOS, J. M., CAÑAS FERNÁNDEZ, J. L. y DOMÍNGUEZ PRIETO, X. M. (2013). *Introducción a la psicología personalista*. Dykinson.
- BUYTENDIJK, F. J. J. (1970). La mujer. Naturaleza, apariencia, existencia. *Revista De Occidente*.
- CASTILLA, B. (1993). *La complementariedad varón-mujer: Nuevas hipótesis*. Ediciones Rialp.
- DELGADO, L. S. (30 de abril de 2019). *Contra la deconstrucción masculina*. www.elsaltodiario.com. <https://www.elsaltodiario.com/masculinidades/contra-que-es-deconstruccion-masculina>
- DÍAZ, C. (2006). *Las claves de los valores*. Ediciones Internacionales Universitarias.
- FEUERBACH, L. (1995). *La esencia del cristianismo*. Trota.
- FIRESTONE, S. (1973). *La dialéctica del sexo* (R. Rihé Queralt, Trad.; 2ª ed.). Kairós. <https://www.scribd.com/document/163005241/Shulamith-Firestone-La-dialectica-del-sexo-pdf>
- FRANKL, V. (1977). *Ante el vacío existencial: Hacia una humanización de la psicoterapia*. Herder.
- FUNDACIÓN CHILE UNIDO (2002). El rol del padre y su influencia en los hijos. *Corriente de opinión* (6).
- GRAY, J. (1996). *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus: la guía definitiva para entender a tu pareja*. Grijalbo.
- GUERRA, J. A. (2005). *¿Qué hago si mi media naranja es toronja?: Guía para comprender, tolerar y amar a nuestra pareja usando el cerebro*. Trillas.
- HEIDEGGER, M. (2005). *El ser y el tiempo* (2ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- HELLEN, B. (1961). *The Effects of child rearing practices on the development of differential cognitive abilities*, *Child Development* (34), 631-648.
- IRALA, J. D. (2009). *Comprendiendo la homosexualidad*. Ediciones Universidad de Navarra.
- JUAN PABLO II (1995). Carta a las mujeres. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1995/documents/hf_jp-ii_let_29061995_women.html
- MARÍAS, J. (1987). *La mujer en el siglo XX*. Alianza.
- PAPA FRANCISCO (2016). *Exhortación apostólica pístsinodal amoris laetitia*.

- PEDERSEN, F. (1987). Care of infants during maternal separations: Associations with father – in font interruption one year. *Psychiatry*, 50(3), 193-205.
- PRUET, K. (2001). *El rol del padre*. Vergara.
- QUINTANA, J. M. (1989). *Principios de la filosofía del futuro y otros escritos*. PPU.
- RUBIA, F. J. (2007). *El sexo del cerebro*. Temas De Hoy.
- SARTRE, J. P. (1981). *El ser y la nada* (6ª ed.). Losada: Océano.
- SPITZER, R. (2003). Can some gay men and lesbians change their sexual orientation? 200 participants reporting a change from homosexual to heterosexual orientation. *Archives of Sexual Behavior* (32), 403-417.
- SULLEROT, E. (1992). *El nuevo padre. Un nuevo padre, para un nuevo mundo*. B.
- YOUNG, K. y NATHANSON, P. (2006). *Legalizing misandry: From public shame to systemic discrimination against men*. McGill-Queen's University Press.

ABRAZAR DESDE LEJOS. REFLEXIONES SOBRE LA PATERNIDAD

P. José Granados García, DCJM.

Profesor emérito, Pontificio Instituto Juan Pablo II, Roma

En la obra de Paul Claudel *El padre humillado*, uno de los personajes, la joven Pensée, vive enfrentada a su padre y enamorada de Orian. Ante el drama que experimenta, el rechazo de la figura paterna y la atracción del amor, Pensée pronuncia esta frase: “lo importante no es de quién nacemos, sino para quién...”¹. De este modo piensa haber solucionado la cuestión difícil que fragmenta su vida: uno puede lanzarse al amor sin preocuparse del origen; uno puede avanzar sin saber de dónde viene; puede combatir sin guardar sus espaldas. La joven representa de este modo un intento de vivir y amar sin padre, de construir una plenitud que no tiene otro origen que ella misma, su amor y su deseo de entregarse.

Un dilema parecido, desde el punto de vista ahora del padre ante su hijo, es el que se planteaba a Eneas, que Virgilio presenta como ejemplo de padre, llamándolo *pater Aeneas*. ¿Puede vivir Eneas para Dido, ensimismado en su amor, dedicado a una vida tranquila, olvidando la marcha continua en que consiste su misión? La *Eneida* lo deja claro: no son verdaderas nupcias las que no se abren al futuro del hijo y olvidan la tarea encomendada a Eneas por sus antepasados en servicio a su pueblo.

Estas preguntas plantean el problema del origen de la vida y de su importancia para la felicidad del hombre y para su misión. Filiación y paternidad son aspectos relacionados. Juan Pablo II lo intuyó cuando decía: uno no puede ser padre sin aprender antes a ser hijo². Y es que en ausencia de un principio fontal, cuando uno no tiene padre, es difícil concebir la vida como río que fluye hacia una meta; la mirada tiende entonces a volverse estática, a detenerse, ensimismada en un presente eterno. Y así, a fin de cuentas el amor, el “para quién” vivimos, termina siendo círculo que gira sobre sí mismo, incapaz de abrir un camino y trazar un horizonte, incapaz de engendrar vida.

La visión contemporánea nos ha acostumbrado a un amor que se forma y disuelve en un instante, separado del camino de la vida. Una película de Christopher Nolan, *Origen (Inception)*, reflexiona acerca de esta dificultad usando la imagen del sueño. El filme imagina un método para compartir sueños, contruidos y habitados por el

¹ Cf. P. CLAUDEL, *Le Père humilié*, Gallimard, Paris, 1920.

² Cf. K. WOJTYLA, “Radiation of Fatherhood”, in *The Collected Plays and Writings on Theater*, University of California Press, Berkeley 1987, 339.

sujeto que los diseña. Para distinguir sueño de realidad se ofrece una buena pista: los sueños no tienen inicio y por eso tampoco tienen historia. En ellos nos encontramos de repente, sin que haya habido una preparación. De ahí que se idealicen las personas que en él aparecen, que resultan ser solo proyecciones del propio yo. Al final, uno queda atrapado, incapaz de distinguir sueño de realidad, como la cinta de Nolan trata de mostrar.

Ante la tentación del sueño perpetuo es necesario que el hombre despierte, que se abra a la realidad que le rodea y le invita a conocerla. Pues bien, este despertar pasa por reconocer que la vida es una historia, una narrativa con urdimbre y trama, con planteamiento, nudo y desenlace. Solo así la vida se abre más allá de nuestras propias fronteras, porque estar en el tiempo es estar con otros, es vivir desde otros y hacia otros. Pues bien, solo puede estar en el tiempo quien tiene padre o madre y, a partir de ellos, se proyecta hacia los hijos. He aquí el punto de vista que nos permitirá acercarnos al problema de la paternidad: la cuestión del padre es, a fin de cuentas, la cuestión del camino vital, del horizonte de la vida, de su manantial oculto y su destino definitivo.

En un extremo situamos la aceptación del propio padre; en el otro el ejercicio de la paternidad. La pregunta engloba de este modo la vida entera, desde su origen a su destino. Cuando se acepta que nuestro camino empieza y acaba en otro, que no es círculo que gira alrededor de nosotros mismos, entonces se percibe la apertura de la vida al amor, se rompe el individualismo propio del adolescente, y se empieza a construir la vida y la identidad propias. Será nuestra tesis que a la paternidad toca testimoniar el origen, el sentido y horizonte propios del camino del hombre; como contrapunto hablemos de describir la maternidad, que ofrece la acogida primera del hombre en el mundo, la presencia que sostiene, asegurándole de la bondad de su situación concreta.

Comenzamos abordando la esencia de la paternidad (1), para afrontar luego las dificultades que la acechan (2), hoy en mayor medida que en otras épocas. Se abrirá entonces la pregunta de la posible redención de la figura paterna (3), seguida de un análisis del misterio del Padre, última ventana que la paternidad abre en la vida del hombre (4).

1. ESENCIA DE LA PATERNIDAD

Ya decía Hannah Arendt que la natalidad es una experiencia clave para entender la acción humana³. Cada niño que nace atestigua que es posible la novedad de cuanto emprendemos, el nuevo inicio a pesar de los aparentes fracasos. Pues bien, el nacimiento refiere al hijo al amor de los padres, y le asegura que el manantial de donde fluye su vida no es el azar ni la necesidad, sino una comunión personal que lo ha engendrado como su fruto maduro. El encuentro con el padre y la madre

³ Cf. H. ARENDT, *The Human Condition*, Chicago, 1958, 177-178.

desmiente la percepción del desesperado Segismundo en *La vida es sueño* de Calderón, cuando dice que “el delito mayor del hombre es haber nacido”. Nacer se desvela, cuando la paternidad y maternidad se hacen presentes, como una bendición, un don originario. La frase de Segismundo es la excepción que confirma la regla, pues su héroe sufre precisamente la ausencia del padre, miedoso ante la amenaza que el hijo representa para él, ávido por controlar el destino de su vástago. Cuando falta el padre, la vida se percibe como delito, por el que somos castigados.

¿Qué forma toma el don originario revelado por la paternidad? En el origen de la vida humana, desde la primera experiencia del niño, aparece la diferencia de varón y mujer: el origen se presenta en la forma de unidad del padre y la madre. He aquí el primer punto de vista que permite descubrir el sentido de lo masculino y lo femenino, su primera forma de aparición en la vida humana: la mirada del hijo. Ningún hombre debe la existencia sin más a otro hombre, a su querer o a su deseo. El hombre procede, según el designio originario del Creador, de una comunión de personas, del amor entre hombre y mujer.

¿Qué aprendemos de esta diferencia, que está en el origen de toda vida humana? No se trata aquí de la “media naranja”, como en el mito del andrógino, que permita dividir en dos las características de hombre y mujer. Cometería este error, por ejemplo, quien quisiera describir lo masculino como actividad, lo femenino como pasividad. Ocurre que hombre y mujer no son simples mitades, sino personas completas; además, su unión no es una burbuja cerrada, sino una polaridad que se abre a la transcendencia, como un dúo de violines inspirados por la misma música. Añadamos que la diferencia no es, ciertamente, una simple diversidad, como la que se da entre las razas o culturas. Ocurre más bien que lo masculino y femenino se complementan, que pueden entenderse solo a su luz mutua, como expresa el Génesis cuando llama a la mujer “ayuda adecuada” del hombre y usa para ello la palabra “kenegdo”, “estar enfrente, cara a cara” (Gén 2,18).

Precisamente la paternidad y maternidad ayudan a entender la esencia de la diferencia sexual. Mirada de este modo, la diferencia entre hombre y mujer se expresa en relación con un tercero, el hijo. Se evita así el riesgo de presentarla como la burbuja cerrada de la media naranja andrógina. ¿Cómo se entiende la diferencia de los sexos a partir del hijo que su unión engendra? Respecto del niño, la madre representa la presencia primera, que está ya siempre ahí, acogéndole desde que llega al mundo. El padre, por su parte, se sitúa al principio en la distancia, como una presencia velada, que se esconde, que se coloca en el horizonte. Así aparece en el cuadro de Millet *Primeros pasos*, en que se inspiró luego Van Gogh para su obra homónima. Y Karol Wojtyła decía en *Rayos de paternidad* que el padre está ausente y, sin embargo, se le percibe desde siempre ahí⁴.

Wojtyła añadía que la madre enseña al padre el misterio de la paternidad, pues todo hombre conoce que es padre por medio de la mujer⁵. Pero, añadía Wojtyła,

⁴ Cf. K. WOJTYŁA, “Radiation of Fatherhood”, 345.

⁵ Cf. K. WOJTYŁA, “Radiation of Fatherhood”, 362.

la mujer recibe del hombre la paternidad, porque en la paternidad está el misterio del origen transcendente. Desde este punto de vista, paternidad y maternidad se refieren al misterio divino, lo hacen transparente en la vida del niño. Paternidad y maternidad son dos maneras de representar al Origen, sea como presencia acogedora (maternidad) que como presencia del horizonte que invita al camino (paternidad). El hecho de que el origen asuma esta forma (y no se identifique con un solo individuo, hombre o mujer) salvaguarda su transcendencia y, a la vez, la dignidad del hijo, que no deberá su vida a la decisión directa de otro hombre, sino a la fecundidad de un amor en que hombre y mujer se abren al misterio. Por eso la madre puede dar testimonio de la fidelidad inamovible de Dios, como dice la Escritura: “¿puede una madre olvidarse de su niño de pecho; pues aunque ella se olvidase yo no te olvidaré?” (Is 49,15). Por su parte, el padre testimonia el camino, la distancia, los pasos necesarios para colonizar el mundo, para entregarse al trabajo; testimonia también la transcendencia divina, la presencia del Dios que está siempre más allá.

Podemos resumir lo dicho: ambos, padre y madre, son dos formas complementarias de presencia; la primera es aquella que está siempre ahí, anticipando de antemano todas las metas; la segunda aparece en la distancia para invitar al camino y al crecimiento. Gabriel Marcel ha descrito la paternidad como “voto creativo”⁶. Con la idea del “voto” se abre una visión del tiempo que se asocia a la paternidad. La madre representa mejor la eternidad, el presente que no pasa, la relación del tiempo con su plenitud; el padre, por su parte, introduce en la visión del tiempo el origen primero y el destino último; de este modo presta al tiempo su flecha, su crecimiento. Desde tal punto de vista la diferencia sexual solo se puede expresar como una historia, en términos narrativos, desde el origen hasta el destino que cumplirá todo. Pretender objetivar la diferencia separándola del relato, es disolver cuanto tiene de específico.

Esta diferencia se proyecta a lo largo de toda la educación de la persona. Hay una idea falsa de la educación como educación en la pura autonomía⁷. Consiste en decir que el fin de la educación es que el hijo pueda decidir por sí mismo; que llegue a una situación en que vea lo que es bueno y sea así autónomo, sin necesidad de que nadie le diga lo que hay que hacer. Esta visión es equivocada. Pues, al contrario, la madurez humana no consiste solo en la autonomía. Macintyre ha hablado, a este respecto, del hombre como animal racional dependiente⁸. Según el conocido filósofo, hay que educar en una dependencia reconocida, entendiendo que la vida no la construye uno solo; se trata de educar en la gratitud y en el reconocimiento.

Juega aquí un papel clave la maternidad, que ayuda al educando a entender el mundo como un don y a captar la promesa originaria que esconden las cosas. Esta

⁶ Cf. G. MARCEL, *Homo Viator. Prolegomènes à une métaphysique de l'espérance*, Aubier, Paris 1951, 125ss.

⁷ Cf. J.A. GRANADOS – J. GRANADOS, *La alianza educativa*, Monte Carmelo, Burgos 2009.

⁸ Cf. A. MACINTYRE, *Dependent Rational Animals: Why Human Beings Need Virtues*, Open Court, Chicago 1999.

relación primera con el origen bueno que nos ha dado a luz y recibido en la existencia, testimoniada sobre todo por la madre, no puede dejarse atrás. Ahora bien, tampoco es posible permanecer sin más en ella, en un infantilismo que acabaría en narcisismo perpetuo. Es aquí donde entra más propiamente el papel del padre, que introduce al hijo en la vida, enseñándole que las relaciones originarias que le recibieron en el mundo tienen valencia social, pueden levantar una existencia. El padre recuerda que es preciso caminar más allá de esa morada inicial, que hace falta ser introducido en la vida. Es necesario recibir la herida de la mortalidad, aceptar la limitación del propio cuerpo, como ha mostrado Gomá Lanzón en su obra *Aquiles en el gineceo*⁹. Sin madre, el yo se rebelaría contra un mundo hostil, incapaz de reconciliarse consigo mismo. Sin padre, el yo quedaría encerrado en el círculo materno, sin crecer ni madurar, anclado en una autocontemplación complacida.

Esbozada la esencia de la paternidad, pasemos a analizar su ocaso en la época moderna.

2. OCASO DEL PADRE

¿Por qué el padre se ha convertido en el “ausente inaceptable” de que habla Claudio Risé, ausente porque ya no se le encuentra, inaceptable porque se le sigue necesitando, a pesar de todo?¹⁰

La cuestión es antigua. Se puede decir que hay una tentación natural en el corazón humano, que tiende a rechazar al padre. El relato originario de la caída en el libro del *Génesis* atestigua la herida de la paternidad. Así al menos lo ha leído Juan Pablo II en su obra *Rayos de paternidad*. El pecado se vuelve en primer lugar contra Dios, contra su carácter paterno. Se trata de una desconfianza hacia su bondad primera y de un rechazo del camino marcado en su mandamiento. La tentación consiste en pensar que Dios no es padre, sino amo que tiraniza a su criatura; que tiene celos del crecimiento del hombre. Es interesante ver cómo, perdido este horizonte de la paternidad divina, el amor mutuo de Adán y Eva, que no parece dañado directamente por el pecado, pronto sufre las consecuencias. Surge así la lógica del dominio que se introduce en las palabras de Dios tras el pecado: “él te dominará” (Gén 2,23). Ahora bien, cuando el hombre ya no se reconoce como hijo, le es imposible ser esposo y se quiebra también su apertura a la paternidad.

Acabamos de mencionar la lectura de Juan Pablo II en *Rayos de paternidad*. El suyo es un punto de vista original porque lee en el pecado de Adán una fuga ante su misión paterna. En el pecado, la paternidad y maternidad han quedado dañadas. En concreto Juan Pablo II nos retratará un Adán que huye, a la manera del profeta Jonás, rechazando la grandeza de la misión a él encomendada. Se muestra una vez más que el pecado consiste en esconderse en un agujero; no es tanto ansia de

⁹ Cf. J. GOMÁ LANZÓN, *Aquiles en el gineceo o Aprender a ser mortal*, Pre-Textos, Valencia, 2007.

¹⁰ Cf. C. RISÉ, *El padre: el ausente inaceptable*, Madrid 2006.

grandeza como deseo de pequeñez, de excluirse de la gran tarea de la vida. Y así, consecuencia de la negación de Dios como Padre es el olvido de la propia misión paterna. Adán prefiere la soledad y el aislamiento a tener que cargar con el destino de otros. Son los pecados de paternidad que ha descrito Gabriel Marcel, y que es interesante revisar.

Está por un lado el padre que se esconde de los hijos, que no quiere saber nada de ellos, que se niega a reconocerlos. El drama reflejado en el libro *My daddy's name is donor* (El nombre de mi padre es "donante") refleja bien esta situación¹¹. Allí se cuenta la historia de Katrina Clark, una muchacha concebida *in vitro* que se lanza a la búsqueda de su padre en las bases de datos de donantes de semen para acabar encontrándolo casi por azar y, tras intentar establecer amistad con él, descubre que el padre no quiere ir adelante en la relación. Se representa así el riesgo del padre que no ha percibido la seriedad de su acto generador, porque no ha tenido relación sponsal que le permita entenderlo. A la madre este desapego le resulta más difícil, porque la unión con el hijo está escrita en su propia corporalidad. Al varón, sin embargo, el vínculo no le es inmediato: debe reconocerlo, apropiárselo, recibir al hijo.

Por otro lado tenemos al padre que se proyecta en el hijo, que quiere ver su vida continuada en él, que se apropia del destino ajeno y asfixia así la libertad. Este es un padre que no reconoce la novedad del hijo, y quiere absorber su destino en sí mismo. Puede ayudarnos aquí la comparación con la adopción. Cuando unos padres adoptan deben preguntarse por qué lo hacen. Si el motivo es su deseo de tener un hijo, algo todavía les falta por entender. La razón justa para adoptar es la necesidad de un niño a quien hacen falta unos padres. Los padres que así lo entienden están dispuestos a hacerse cargo del destino del niño, tomarlo sobre sí. Se capta de este modo la magnitud de la paternidad y lo desproporcionada que resulta a las fuerzas humanas. Y es que solo quien descubre que su vida se abre a un misterio mayor que uno mismo es capaz de aceptar el reto de la paternidad.

"Necio, esta misma noche te reclamarán la vida... Lo que has almacenado, ¿para quién será?" (Lc 12,20-21). La parábola evangélica del rico que, la noche después de construir su último almacén, se da cuenta que se termina su vida, podría leerse como invitación a concentrarse en la eternidad, lejos del curso normal del tiempo. En efecto, las riquezas pasan, y el ansia humana de planificación, de almacenaje, de construcción de ingentes graneros, nada puede hacer para detener la ruina del tiempo. Hay, sin embargo, otra posible lectura del texto bíblico. Pues lo que falta a este hombre rico, antes que nada, es otra forma distinta de preocupación por el futuro: tener hijos y educarlos. Los hijos, en efecto, no aparecen en la parábola, y su ausencia es un grito de condenación de aquel hombre. La opción por la generación y educación de los hijos no coincide con la preocupación por los graneros, símbolo de quien trata de proyectar su futuro y poseerlo. Se trata de otro modo de mirar al

¹¹ Cf. E. MARQUARDT – N. D. GLENN – K. CLARK, *My Daddy's Name Is Donor: A New Study of Young Adults Conceived Through Sperm Donation*, Institute for American Values, New York 2010.

mañana, haciéndose con él, pero no en la forma de quien lo planifica y domina de antemano, sino según la generosidad de quien se convierte en padre. El hombre de la parábola es necio, no porque haya planificado el futuro, sino porque lo ha hecho de forma equivocada. Es verdad que la paternidad tampoco asegura el misterio del futuro, pero lo abre de forma distinta ante los pasos del hombre, situándolo en el porvenir abierto por el hijo. Solo quien entiende que el misterio del tiempo está en manos de un Padre, puede atreverse a tener un hijo. Lo hará, no para dominarlo, sino para asumirlo desde el trasfondo misterioso de la existencia, para recibirlo como don de lo alto, confiado a su cuidado, capaz de prolongar sus días hacia la eternidad.

Nos acercamos así a uno de los grandes dramas del hombre moderno. Tras haber renunciado al propio padre, obsesionado por llegar a la edad adulta, se ha hecho incapaz de convertirse en padre, ha elegido el futuro de la técnica, controlado de antemano, y ha cerrado así el horizonte de su vida. ¿No puede describirse la época moderna como “ocaso del padre”? A partir de la edad de la razón, se absolutizó al individuo aislado, incapaz de pertenecer a otros o de apropiarse el destino de otros. La presencia de Dios se vio como incómoda para las pretensiones de un hombre que creía haber llegado ya a madurez insuperable.

La cosa tuvo efectos graves en la forma de comprender y vivir el amor de la familia, lugar donde se forja la identidad del hombre. Quedaba, por un lado, el amor puritano, en que el padre aparecía como figura que reprime, que anula la libertad, con un autoritarismo opresor de los deseos individuales. El amor romántico apareció como rebelión ante este padre odiado. El romanticismo liberó los deseos, acentuó el papel de las emociones y, al hacerlo así, absolutizó el instante, pues no quería remontarse a un origen ni lanzarse hacia una meta. Siendo tan opuestos, el puritano y el romántico quedaban unidos por un denominador común: el amor carecía de origen, había desaparecido el padre.

Y en esa crisis estamos. La cosa se ha acelerado en los últimos tiempos. La paternidad, en la sociedad del “amor líquido”, es decir, un amor sin forma ni compromiso, reducido al querer autónomo del individuo, que hoy empieza y mañana acaba, que toma formas distintas de día en día, ha perdido también su forma propia. La ausencia del padre se nota singularmente en la incapacidad de nuestra época para estructurar el tiempo personal y el tiempo social. Volvemos así, de nuevo, a la figura de Pensée en la obra de Claudel. Recordemos cómo la joven expresa el drama: “lo importante no es de quién nacemos, sino para quién”. La frase parece convencernos: ¿no es el amor lo esencial?, ¿para qué anclarse en el pasado? El problema es que, cuando así sucede, cuando se pierde la conciencia del origen, el amor pronto se agota, es incapaz de proyectarse hacia un futuro. Entendemos entonces el error de Pensée: es imposible vivir para alguien si no se vive de alguien y desde alguien; es imposible entregar el amor si no se recibe antes el amor; es imposible convertirse en esposa si no se tiene antes un padre. ¿Hay esperanzas de que esto suceda?

3. REDENCIÓN DEL PADRE

¿Puede esperarse, ante este panorama, la redención del padre? ¿Puede recuperarse su figura? ¿Puede llenarse su ausencia, en un tiempo en que esta parece agravarse por el deseo de autonomía? ¿No queda la figura del padre bajo la sospecha perpetua de la Modernidad?

El hombre seguirá siempre en busca del padre, y su figura será esencial para encontrar la ruta. Los primeros capítulos del Génesis confirman que esta tarea no es imposible. Allí se afirma, en primer lugar, que Dios sigue bendiciendo el amor humano con la fecundidad. Es verdad que, tras el pecado, parece enunciarse un castigo: ganarás el pan con sudor, parirás a tus hijos con dolor. Ocurre que tendemos a centrarnos en el sudor y el dolor, sin dar importancia a los otros extremos: el pan producido por la tierra, los hijos engendrados en el vientre. Lo último es signo de la presencia divina, de su bendición. Y entonces el castigo pasa a un segundo plano. Ante todo se anuncia que, a pesar del mal cometido por el hombre, Dios sigue estando presente en la acción y en el amor humano, pues es propio de Dios bendecir con fruto.

Poco después se añade, además, que Adán transmite su imagen y semejanza a su hijo (Gén 5,3), en clara referencia a la imagen y semejanza divina en que Adán mismo había sido constituido (Gén 1,26). De este modo queda claro que el misterio y la responsabilidad conferidos a Adán no se han retirado. La misión sigue siendo posible, pues la presencia de Dios como Padre se refleja todavía desde el corazón mismo de la experiencia humana.

Avanzando en la historia de la Alianza, se puede decir que también la Ley de Israel es una educación en la paternidad, pues la familia es el ámbito primero en que la *Torah* se aprende y vive. A este respecto hay que notar el papel singular del cuarto mandamiento: honrar al padre y madre se formula en modo positivo y se coloca precisamente junto al mandamiento del sábado, que asegura la fecundidad del trabajo y de la tierra. Es cierto que la Ley no contiene ningún mandamiento referido a los padres. Pero esto no significa que estén ausentes de ella. Más bien habría que decir que toda la Ley se dirige a ellos, pues es su misión inculcarla en el corazón del hijo. Precisando más, el mandamiento principal del padre es la memoria (Deut 6,6-9): recordar las obras de Dios, que fundamentan todo el esfuerzo que pide la ley, dándole un origen y un destino.

Culminando las líneas del Antiguo Testamento el cristianismo ofrece una revelación sorprendente de la paternidad. En efecto, la Buena Nueva consiste precisamente en “mirar qué amor nos ha tenido el Padre”, pues nos ha llamado sus hijos, y lo somos (1 Jn 3,1-2). En realidad, todo el mensaje de Cristo puede resumirse en la pregunta de Felipe: “muéstranos al Padre y nos basta”, y la contestación de Jesús: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y todavía no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 8-9).

Jesús es, por un lado, quien revela la paternidad de Dios. Su vida, desde el nacimiento en el seno virginal, da testimonio del origen primigenio en el Padre, fuente

de toda la creación y de toda la historia. El secreto de Jesús es que viene del Padre, y en el Padre está su alimento, el manantial de su actividad. Por eso el cristianismo puede resumirse como la revelación del Padre, su nueva y plena aparición en una historia que lo había olvidado. La irradiación del Padre, que debería haber brillado por medio de Adán para iluminar a sus hijos, se recupera en la vida de Cristo, en su obediencia hasta la muerte de cruz. Entonces Dios mismo se revela como Padre eterno, como aquel que desde siempre tiene un Hijo. Es decir, no es un Dios solitario, ni un Dios celoso, sino aquel Dios cuya máxima perfección es donarse totalmente, como Padre, a su Hijo.

Esa paternidad de Dios se ha dado a conocer en el envío de su Hijo. Antes hemos hablado de la distancia de la paternidad, que el padre no tiene miedo de abrir para que el hijo pueda crecer y madurar. Pues bien, podemos decir que el mismo Dios no ha tenido miedo a la distancia propia de la paternidad, cuando ha enviado a su Hijo a la profundidad del mundo, y un mundo de pecado. He aquí la máxima muestra de la paternidad: en la misión del Hijo, en la distancia del camino que debe recorrerse, en el sufrimiento de quien es entregado a la muerte de cruz, el Padre no está ausente. Este es su abrazo lejano, o su distancia “abrazadora”, que alcanza plenitud última en la resurrección, abrazo definitivo que el Padre da al Hijo en su humanidad.

Por otra parte, Cristo se presenta también como “padre”. El título nos puede sorprender, pues aparece poco en la Escritura y en los Padres de la Iglesia. Sin embargo, no faltan los testimonios que hablan de Jesús como padre¹². Sobre todo es importante la comparación de Jesús con Adán, típica de las cartas paulinas. Aquí el paralelo con el primer padre nos revela que Cristo es también padre. Si Adán fue linaje de la antigua raza, Jesús comienza una descendencia nueva, un nuevo modo de nacer en la carne.

Así, en Jesús la paternidad se recupera y, a la vez, resulta transformada, pues se pone ahora mucho más en claro su relación con el horizonte global de la vida, vuestro Padre que está en los cielos y dirige la historia desde el origen primero hasta el fin último. Por eso la paternidad, en Cristo, es capaz de vencer la muerte, ese límite infranqueable con que todo padre tiene que contar. En efecto, el nacimiento de un hijo es siempre recuerdo de la propia caducidad, de que la vida transmitida tiene su límite. Tener un hijo significa aceptar la propia finitud, reconocer que el futuro solo puede ser colonizado por medio de otro. De ahí que aprender a ser padre sea aprender a ser humilde. Pero en Cristo, el acto mismo de donar vida, unido a su muerte en cruz, supera la muerte; tenemos aquí un padre que se convierte en camino vivo, inmortal, abierto para que lo recorran sus hijos. Ahora la ausencia del padre es finalmente superada; toma la forma última de una presencia que acompaña,

¹² Cf. J. GRANADOS, “Priesthood: A Sacrament of the Father”, *Communio. International catholic review* 36 (2009), 186-218. Allí se desarrollan con más amplitud algunos de los puntos de vista expuestos en este artículo.

aunque en modo invisible, a su Iglesia en camino. Y desde ella podemos dirigirnos al misterio último que todo padre refleja, la paternidad de Dios.

4. MISTERIO DEL PADRE

La vida de Jesús nos ayuda a aproximarnos al misterio último de la paternidad, el misterio del Padre celeste. En el fondo de toda misión paterna se encuentra el origen en Dios. La carta a los Efesios dice que de Él viene toda paternidad en cielo y tierra (Ef 3,14-15).

Es obvio que Dios supera la diferencia sexual. Él no es ni hombre ni mujer y, en este sentido, no es padre ni madre (cf. las claras afirmaciones de *Mulieris Dignitatem* 8). Y, sin embargo, Él se revela precisamente en el tejido que forman la paternidad y la maternidad. Su luz pasa a través de la vidriera de la comunión obrada en la diferencia sexual, donde todo hijo descubre su origen y encuentra una llamada a caminar hacia su destino.

¿Por qué es necesaria esta mediación? Dios es a la vez inmanente y trascendente; más íntimo que la propia intimidad, y horizonte insondable que nunca puede aprehenderse. Y es precisamente la diferencia entre padre y madre la que permite a Dios expresar su misterio. La madre le desvela en forma de presencia; el padre le hace ver en forma de perspectiva y de camino. La diferencia indica que el misterio de Dios no puede ser nunca encerrado en nuestras categorías.

Las discusiones trinitarias en la Iglesia primitiva afirmaron de modo claro esta paternidad divina, y al mismo tiempo hicieron ver que trasciende toda paternidad humana. Por un lado, la paternidad de Dios se entiende a partir de la paternidad humana. Generar es una perfección, que se encuentra, en grado sumo, en el corazón mismo de Dios. La lucha antiarriana sirvió para aclarar este extremo. Confesar a Jesús como Dios verdadero no quita nada a la divinidad del Padre. Al contrario, el hecho de que el Hijo sea plenamente Dios ha de verse como refuerzo de la divinidad del Padre, pues al mostrar su capacidad de darlo todo sin reserva revela la altura de su amor. Y por eso, cuanto más se confiesa la divinidad del Hijo, más se refuerza la divinidad del Padre.

A la vez, se subraya que Dios es Padre del Hijo en un modo único, distinto de los demás padres. Así dice San Gregorio Nacianceno que el Padre engendra desde siempre al Hijo, y que comunica al Hijo todo lo que tiene, características que no se dan en la paternidad humana. En efecto, nosotros somos primero hombres, y luego padres; pero Dios es Padre desde siempre; nosotros comunicamos a nuestros hijos parte de nuestro ser, pero sigue habiendo esferas de nuestra existencia que el hijo no conoce ni afecta. Por el contrario, de Dios puede decirse: “el Padre es verdaderamente Padre, y de modo más verdadero que los padres que hay entre nosotros, porque es padre de un modo único, de modo particular y no como los seres corpóreos; es padre único, porque lo es sin unión conyugal; es padre de uno solo, pues lo es del Unigénito; es solo Padre, porque no fue Hijo antes; es totalmente Padre de la

totalidad del Hijo [...]. Y es padre desde el principio, pues no lo fue en un momento posterior" (San Gregorio Nacianceno, *Oratio* 25,16)¹³.

Concluimos así estas reflexiones respecto de la paternidad. Hemos entendido la dificultad de la misión del padre en una sociedad adolescente. Cuando no hay padre se hace imposible educar para la vida; se educará solo en una afectividad asfixiante, en un afecto incapaz de encontrar un camino y, por tanto, un *logos*, un sentido último. Hemos entendido también que la reeducación de la paternidad ha de seguir dos vías: educando en la imagen de Dios y educando en la experiencia del padre. Será mejor padre aquel que entienda cómo Dios es Padre. Y quien sea buen padre conocerá mejor el misterio de Dios.

Terminamos recordando una reflexión de Benedicto XVI en la primera parte de su *Jesús de Nazaret*. Propone allí el Papa la lectura del Padre Nuestro "al revés", de modo que se sigan los pasos peregrinantes de Israel por el desierto¹⁴. Después de ser librados –líbranos del mal– de la opresión de Egipto; después de experimentar –"perdona nuestras deudas"– la necesidad de la misericordia; tras recibir el maná –"danos hoy nuestro pan"– que llueve en el desierto y trabajar –"venga tu Reino"– en el servicio divino, Israel llega a su meta, el Sinaí, donde se le revela la santidad del nombre divino, "santificado sea". Y ese nombre, la última palabra de sabiduría, la revelación máxima de Dios, lo que solo se entiende en plenitud cuando se ha recorrido toda la ruta, es a la vez el nombre más familiar, el mejor conocido, el más originario: Padre. El Padre está, pues, al principio y al final. Es la primera y la última palabra sobre Dios. Por eso su figura se resiste siempre a ser aprehendida, a entrar en nuestras categorías pobres. Solo se podrá pronunciar en plenitud al final de la ruta, cuando encontremos por fin su abrazo lejano.

¹³ Cf. D. GARCÍA GUILLÉN, *"Padre es nombre de relación": Dios Padre en la teología de Gregorio Nacianceno*, Analecta Gregoriana 308, Gregorian and Biblical Press, Roma 2010.

¹⁴ Cf. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid 2007, capítulo 5: "La oración del Señor".

PATERNIDAD Y MATERNIDAD: RESPONSABILIDAD POR LA VIDA HUMANA. REVISITANDO EL PENSAMIENTO DE KAROL WOJTYLA (SAN JUAN PABLO II)

Dr. Rafael Hurtado Domínguez

Universidad Panamericana, México

RESUMEN

En el presente texto se expondrán los principales aportes que tuvo Karol Wojtyla/Juan Pablo II concernientes al tema de la paternidad y la maternidad, siguiendo su evolución como sacerdote, obispo y Papa de la Iglesia Católica, de acuerdo a cuatro etapas: la primera parte de su formación personal y académica hasta 1958; la segunda procede con su labor de obispo, incluyendo la publicación de *Amor y Responsabilidad* en 1960; la tercera, parte de la publicación de la *Humanae Vitae* en 1968, en la que se ubican varios artículos que desarrollan esta temática, hasta 1979; y la cuarta etapa incorpora la *Teología del Cuerpo* de Juan Pablo II, iniciada en 1979 y concluida en 1984.

Palabras clave: Amor, *Amor y Responsabilidad*, familia, *Humanae Vitae*, maternidad, matrimonio, paternidad, *Teología del Cuerpo*.

I. INTRODUCCIÓN: APRENDER A AMAR EL AMOR HUMANO

La imagen del padre y de la madre de familia estuvieron presentes en los escritos filosóficos, teológicos y poéticos de Karol Wojtyla/San Juan Pablo II (1920-2005). Más allá de la importancia de las fuentes intelectuales o académicas de su pensamiento, llama especialmente la atención su estilo profundamente pastoral que le caracteriza en los temas relativos al amor humano, el matrimonio y la familia. Este revela en su conjunto dos aspectos relevantes de su vida personal: por un lado, nos hablan de su retadora niñez, bajo la custodia de sus padres Emilia y Karol, así como de su hermano mayor Edmund. Su madre murió cuando *Lolek* (como solían llamarle sus seres queridos) tenía tan solo nueve años. Al poco tiempo, Edmund fallecería por razón de una terrible enfermedad. Ahora, *Lolek* y Karol Wojtyla Sr. enfrentarían el dolor y la tempestad que genera la soledad, la viudez y, no menos importante, los inicios de la Segunda Guerra Mundial; por otro, apuntan hacia la importancia de su entorno juvenil (el *Srodowisko*) en el que Karol, ya como sacerdote y eventualmente obispo de la Iglesia Católica, ejerció su ministerio en su natal Polonia, en medio de severos cambios sociales y políticos que trajo consigo la llegada del *comunismo* a

Europa del Este, siempre acompañado de campañas contrarias a la esencia de la familia, a la procreación y sobre todo a la moral conyugal¹.

Ahora bien, la tragedia y el conflicto belicoso no fue lo único que asechó los pasos del primer Papa polaco de la historia. Fueron muchos los protagonismos, figuras heroicas y personalidades del amplio panorama católico quienes le iluminaron y brindaron su apoyo durante los años cincuenta y sesenta: gente de la estatura del cardenal Stefan Sapieha o el cardenal Stefan Wyszyński. Además, Wojtyla repitió en varias ocasiones su pasión por estar cerca de la gente joven, quienes con sus preguntas e inquietudes le enseñaron a *amar el amor humano*². Desde sus acostumbrados viajes en *kayak* por el río Vístula, hasta sus excursiones por los montes Cárpatos, el joven Karol comenzó a formular un sistema de pensamiento propio de la óptica de una fuerte exposición pastoral, aunado a una sólida preparación filosófico-teológica, dando así consistencia a textos de gran calado en lo que se refiere a la moral sexual matrimonial³.

Con el tiempo, Wojtyla llevaría todas estas experiencias y reflexiones a su máximo esplendor, expresadas de modo brillante en varios manuscritos que se publicarían a principios de los años sesenta con el título *Amor y responsabilidad*⁴, obra de alto nivel académico, pero con fines claramente pastorales, inspirado en el entorno universitario en el que el cura polaco comenzaba a desarrollar su magisterio. También escribió dos obras maestras teatrales y poéticas: *Hermano de nuestro Dios, Esplendor de la Paternidad*⁵ y *El Taller del Orfebre*⁶, símbolos de su talento literario inspirado en el amor humano. Sin embargo, la profundidad de estos eventuales “clásicos” del pensamiento *wojtyliano*, aunado al carisma artístico que le caracterizaba, le llevaron a ser considerado una autoridad en tan compleja temática, hasta el punto de que el mismo papa Pablo VI le invitó a formar parte de la Comisión Pontificia que se fundó con el fin de investigar los fundamentos morales que la nueva tecnología anticonceptiva desafiaba con vehemencia en los años sesenta. En medio de complicaciones y discrepancias dentro de la misma comisión, los razonamientos de Wojtyla –junto con su equipo polaco– hicieron posible el material preparativo de la encíclica que cambió la imagen de la Iglesia Católica de nuestra época: la *Humanae Vitae*⁷, publicada en 1968.

Las controversias que envolvieron la publicación de la última encíclica de Pablo VI marcaron los futuros intereses académicos de Wojtyla, asumiendo el reto de responder a las opiniones disidentes, dentro y fuera de la Iglesia Católica. Por

¹ Para los datos biográficos del presente texto, véase WEIGEL, G. (1999). Para los datos bibliográficos, véase LORDA, J. L. (2004), pp. 567-596; GALAS, P. (2004), pp. 597-635; MALÓ, A. (2006), pp. 123-128 y GRONDELSKI, J. M. (1993), pp. 147-163.

² Véase JUAN PABLO II (1994), p. 133.

³ Véanse GUERRA, R. (2002); BUTTIGLIONE, R. (1992) y SEIFERT, J. (1981), pp. 131-199.

⁴ WOJTYLA, K. (2008).

⁵ WOJTYLA, K. (1990).

⁶ WOJTYLA, K. (1998).

⁷ PABLO VI (1968).

ello, se dio a la tarea de publicar varios textos que buscaban explicar de modo más extenso la doctrina implícita de la *Humanae Vitae*. Pero este nuevo proyecto no se quedó en un mero esfuerzo académico, pues Wojtyla sería llamado a ocupar la *Sede de Pedro* en 1978 y sería desde esta nueva madurez que Juan Pablo II desarrolló la obra teológica cumbre de su magisterio: *La Teología del Cuerpo*⁸, también conocida como “la catequesis de los miércoles”, la que explica la riqueza del amor humano, comprendida desde una “antropología adecuada”, o mejor dicho desde el prisma de la Revelación cristiana (fundamentada en los relatos del *Génesis*), escrita y expuesta por el mismo Juan Pablo II, desde su balcón localizado en la Plaza de San Pedro, desde 1978 a 1984.

II. EN BÚSQUEDA DEL SIGNIFICADO DE LA PATERNIDAD Y LA MATERNIDAD

En el 2005, Juan Pablo II regresó a la “Casa del Padre”. Su acusada vida fue recogida en varias biografías, particularmente aquella escrita por George Weigel que lleva por título *Testigo de Esperanza*⁹. También, tres miniseries notables de la televisión fueron transmitidas ese mismo año y el siguiente: *Karol: El hombre que se convirtió en Papa* y *Karol: El Papa, El Hombre* ambas interpretadas por el actor polaco Piotr Adamczyk como Wojtyla y Juan Pablo II; *El Papa Juan Pablo II* en la que el actor norteamericano ganador del Oscar Jon Voight interpretó a Juan Pablo II a la edad de 84 años. Finalmente, se presentó en las pantallas la película *No tengas miedo: La vida de Juan Pablo II* en la que el actor alemán Thomas Kretschmann hizo el papel de Juan Pablo II entre el 2000 y 2005. Pero los cortometrajes de televisión y varios otros documentales filmados mucho antes de su muerte no fueron los únicos productos que comenzaron a comercializarse a partir de 2005. El 2008 se defendió en la Universidad de Navarra la tesis doctoral: *Función de la Paternidad en el Pensamiento de Karol Wojtyla/Juan Pablo II (1950-1984)* dirigida por el Prof. D. Juan Luis Lorda y que el presente texto intentará actualizar ante las recientes controversias que siguen poniendo a la familia humana en el “banquillo de los acusados”. Para ello, se seguirá un itinerario cronológico de los diversos textos que Wojtyla publicó relativos a esta temática¹⁰.

AMOR Y RESPONSABILIDAD: CAMINO HACIA LA TEOLOGÍA DEL CUERPO

Como ya se ha dicho, la principal motivación que llevó a Karol Wojtyla a interesarse por los temas de moral sexual, matrimonio y familia, están enraizados en

⁸ JUAN PABLO II (2000).

⁹ WEIGEL, G. (1999).

¹⁰ Eventualmente esta tesis fue publicada con el título *La Paternidad en el Pensamiento de Karol Wojtyla*. La parte final de la tesis aún está siendo trabajada para futuras publicaciones. Véase HURTADO, R. (2021).

un profundo interés pastoral, mismo que aprendió a partir de su desarrollada –pero trágica– vida familiar, los conflictos belicosos que le acusaron, así como, eventualmente, sus exigencias como profesor, sacerdote y obispo de la Iglesia Católica. En todo momento ejerció su “don de gentes”, siendo capaz de estar cercano a sus estudiantes, feligreses, académicos, directores espirituales, matrimonios y familias, que le pedían consejo y orientación. Quizás su éxito se debe a que supo transmitir, de modo genuino, la grandeza del amor conyugal y familiar como un símbolo que guarda en su esencia el misterio invisible del amor eterno de Dios.

En ese sentido, el libro *Amor y Responsabilidad* fue un parteaguas –un antes y un después– en este itinerario intelectual. Sus obras filosóficas, teológicas y poéticas así lo demuestran, mismas que abarcan sus enseñanzas a partir de finales de los años cincuenta, que continuaron en los sesenta para consolidarse a finales de los setenta y principios de los ochenta. Durante este período se pueden identificar al menos cuatro etapas de este *corpus wojtyliano* que se clasifican de la siguiente manera:

En el *primer período*, mismo que se desarrolla entre 1950 y 1958, Wojtyła escribió varios artículos en diversas revistas polacas, como son el caso de *Ateneum Kaplanskie*, *Tygodnik Powszechny* o *Znak*. Durante estos ocho años, Wojtyła comienza a reflexionar con profundidad acerca de la temática familiar en sus etapas más tempranas. Los mismos títulos de los documentos lo sugieren de cierto modo, como es el caso de *Instinto, amor y matrimonio* en 1952¹¹; *Reflexiones sobre el matrimonio* en 1957¹²; *Propedéutica del sacramento del matrimonio* en 1958¹³. En su conjunto, estos tres documentos reflejan con claridad la relación entre el amor que tiende al matrimonio y la sexualidad humana, es decir, el modo correcto de articular ambos elementos sin descuidar la dignidad del ser amado. No ha de sorprender que dicho intento se dio de modo abrupto, en medio de los desafíos sociales, económicos e ideológicos que tuvieron que enfrentar las parejas próximas a casarse, en una etapa histórica en la que Polonia acababa de salir de la Segunda Guerra Mundial, para ahora hacer frente a un nuevo régimen comunista que acusó a toda Europa del Este.

El *segundo período* comienza en 1960 con la publicación del libro *Amor y responsabilidad*. Esta obra “magna” del amor humano y cristiano se puede considerar como el siguiente nivel en las investigaciones que realizó Wojtyła como profesor en la Universidad Católica de Lublin, incluso ya consagrado como obispo de Cracovia. El planteamiento de fondo apunta hacia la consolidación de una ética sexual que ilumine la razón (y el corazón) de las jóvenes parejas que se plantean en serio la vida matrimonial casta y fecunda, respetando hasta las últimas consecuencias la dignidad del ser amado en el ámbito de la sexualidad. Es así como surgió uno de sus más afamados logros filosóficos: *la norma personalista*. Esta estipula que “la persona es un bien respecto del que solo el amor constituye la actitud apropiada y

¹¹ WOJTYŁA, K. [1952 (2003)], pp. 49-68.

¹² WOJTYŁA, K. [1957 (2003)], pp. 83-99.

¹³ WOJTYŁA, K. [1958 (2003)], pp. 101-127.

valedera”¹⁴, a saber, la entrega del propio ser en favor del florecimiento del otro. Desde esta óptica, eminentemente “personal”, Wojtyła desarrolla una argumentación sumamente atractiva y convincente para explicar el amor entre varón y mujer, de cara a la posibilidad del matrimonio y de la apertura de traer al mundo nuevas personas a partir de una elección libre, don y misterio en todo el sentido de la palabra, respetando la dignidad de los cónyuges al momento de convivir sexualmente, evitando en todo momento la mutua utilización, ya sea como objeto de placer o como objeto de pura procreación. Estas últimas ideas son llevadas a su culmen en el último capítulo del libro: *Justicia hacia el Creador*, en la que se introduce la mirada beatífica de Dios y su justicia divina.

El *tercer período* se caracteriza por los numerosos escritos que Wojtyła dedicó a explicar y justificar las enseñanzas doctrinales de la *Humanae Vitae* del papa Pablo VI. Es de conocimiento general la polémica que este documento generó a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, época por demás controversial en lo referente a la famosa *revolución sexual*, el uso indiscriminado de *métodos anticonceptivos* y el *aborto*. Se puede afirmar que Wojtyła, sin dejar de lado sus responsabilidades magisteriales y pastorales, asumió el reto de enfrentar las opiniones disidentes contra la *Humanae Vitae* escribiendo varios artículos y homilías en los que explicó la esencia de la encíclica. Quizás los siguientes dos documentos se muestran relevantes para nuestro propósito académico: *La Familia como “Communio Personarum”* (1974), y *el Amor Fecundo y Responsable* (1978). El argumento central aquí expresado implica el contraste del mensaje del libro *Amor y Responsabilidad*, ahora extendido a la posibilidad de la fecundidad. Es decir, la responsabilidad que tanto el varón como la mujer han de asumir recíprocamente el uno para con el otro, ahora se hace extensa a la vida de los hijos que han de nacer a partir de su amor. En ese sentido, la cultura anticonceptiva se opone diametralmente a dicha responsabilidad, o bien la pone en tela de juicio.

Finalmente, en el *cuarto período*, Wojtyła –ahora el papa Juan Pablo II– hace valer todos esos años de estudios interrumpidos (pero profundos) por causa de la Segunda Guerra Mundial y la llegada del comunismo a Polonia, aderezados con su claro interés pastoral en medio de su rico entorno juvenil. Desde esta óptica, el Papa polaco da comienzo a las famosas “catequesis de los miércoles” o las “catequesis del amor humano”, escritas y expuestas por él mismo desde su balcón de cara a la Plaza de San Pedro, entre 1979 y 1984. Ahora, mejor conocida como la *Teología del Cuerpo*, Juan Pablo II desarrolló una justificación teológica de la doctrina implícita en la encíclica *Humanae Vitae*. Por ser un documento sumamente rico y complejo, las diferentes ediciones han mostrado una cierta variación en el modo de organizarse –sin perder una coherencia interna– sobre todo en la traducción al español e inglés. Ahora bien, independientemente este reto a vencer para cualquier interesado en estudiar el tema que nos compete a nivel académico, es cierto que Wojtyła decide abordar la temática de la *Humanae Vitae* al final de la catequesis. Al comienzo, parece ser que

¹⁴ WOJTYLA K. (2008), p. 52.

el Papa opta por partir de lo que él mismo denomina una “antropología adecuada”, que proporcione una visión completa, a la luz de la Revelación, del significado de lo que es ser persona humana. Posteriormente, sería más fácil descifrar los misterios que revelan el amor entre el varón y la mujer, ambos llamados “desde el comienzo” a *convertirse en una sola carne* (Génesis 2:24). De aquí se derivan los fundamentos de la vida matrimonial y familiar, a saber la naturaleza del amor entre varón y mujer, a saber, *humano, total, fiel y exclusivo, y fecundo* como lo indicó magistralmente la *Humanae Vitae*. La sexualidad humana, por esta razón, implica hacer realidad esa *una sola carne*, tanto en la vida de los cónyuges como en la emergente novedad implicada en el nacimiento de los hijos a partir del amor de sus padres.

ADENDUM: JUAN PABLO II COMO POETA DEL AMOR HUMANO

El esplendor de la visión profunda de Wojtyła acerca del matrimonio y la vida familiar también fueron expresados maravillosamente en algunas de sus obras literarias, dos de ellas en particular: *El taller del orfebre* y *El hermano de nuestro Dios*. El primero fue escrito en 1960 y su genialidad radica en exaltar la importancia del “anillo de bodas” como un verdadero símbolo del amor que el marido y la esposa comparten mediante el *don de sí mismos* en el sacramento del matrimonio. El anillo representa la prueba viviente de la verdadera vocación del varón y de la mujer al amor y a permanecer fuertes frente a cualquier dificultad dentro del matrimonio mismo o cualquier crisis cultural. Como obra de teatro, *El Taller del orfebre* se convirtió en un largometraje en 1988, protagonizada por Burt Lancaster, Daniel Olbrychski y Olivia Hussey. La película se recuerda sobre todo como una película “decente” de valor moral y artístico, apropiada para un público amplio incluyendo a los jóvenes. Es una de esas películas que las parejas deben considerar ver antes de comprometerse en matrimonio. Esa fue la intención original de Wojtyła al escribirla.

Otro texto de la misma naturaleza, *El hermano de nuestro Dios* y *La radiación de la paternidad* pone en contacto al público con la vida de Adán Hilario Bernard Chmielowski (más tarde, san Alberto Chmielowski), su soledad y su encuentro con la paternidad poniendo énfasis en el llamado de cada hombre de su hambre más profunda para experimentar el amor que verdaderamente satisface: abrirse al amor del Padre como hijos a imagen del Hijo, para experimentar el don como padre de una nueva vida humana a imagen del Padre. La primera parte, *El hermano de nuestro Dios*, también se convirtió en una película dirigida por el cineasta polaco Krzysztof Zanussi, quien permanecería cercano a Juan Pablo II en los años posteriores.

III. FUNCIÓN DE LA PATERNIDAD Y LA MATERNIDAD: A MODO DE CONCLUSIÓN

Tomando como referencia el itinerario pastoral y académico de Karol Wojtyła/Juan Pablo II hasta el momento expuesto en relación con el amor humano, el matrimonio

y la familia, es oportuno preguntar: ¿En qué consiste ser padre y madre a la luz del *pensamiento wojtyliano*. Antes de seguir, recordemos que el Papa polaco buscó dar respuesta a las inquietudes de la gente en su entorno inmediato, ciertamente adverso. Esto lo hizo a la par de continuar sus estudios fenomenológicos y su acusada preparación religiosa, ambos elementos que en su conjunto dieron origen a su obra *Amor y Responsabilidad*. De este trabajo se derivaron varios textos que con el tiempo le valieron para ser convocado por el papa Pablo VI para participar en la redacción de la encíclica *Humanae Vitae*. Dicho documento, que cambió el rostro de la Iglesia Católica para siempre, motivaría eventualmente a Juan Pablo II seguir desarrollando su doctrina, incluso hasta el punto de fundar el *Instituto Juan Pablo II para el Matrimonio y la Familia* en los años ochenta. En estas etapas exploradas, se puede exaltar un cierto discurso que con el tiempo fue creciendo y poniendo de manifiesto la necesidad imperante de nuestra era de volver a poner en el centro de la discusión económica, social, cultural y religiosa la importancia de la familia como fundamento de la sociedad. Siguiendo dichas etapas de modo cronológico, se pueden derivar las siguientes conclusiones:

1. SABER LA IMPORTANCIA DEL TRABAJO EN LA VIDA FAMILIAR

En la actualidad, ambos –varón y mujer– que deciden unirse en matrimonio con la aspiración a formar una familia se han de enfrentar con las nuevas condiciones laborales, las que reclaman de ambos un compromiso prácticamente irrefutable con el mercado laboral, ya sea de medio tiempo o completo, o bien de modo intermitente. Ante este nuevo reto, es menester desarrollar criterios de diálogo respecto de la necesidad igualmente irrefutable de atender, a la par, la vida doméstica y la cercanía con los hijos. Wojtyla no era ajeno a dicha dificultad, la que también estuvo presente en los años cincuenta en su natal Polonia, ya incursionaba en el *comunismo*. Su respuesta fue sencilla pero válida incluso en una sociedad capitalista: *los esposos, posibles padres de familia, han de vivir según una moral alta*, que les permita un mayor “dominio de sí mismo” y establecer un diálogo permanente entre ellos como pareja, para juntos establecer criterios de colaboración e interacción con su entorno inmediato, con la gente que les rodea, pero sobre todo con las nuevas y cambiantes condiciones económicas y laborales que al parecer no dejaron de acusar las familias. En el fondo, lo que aquí interesa es un profundo crecimiento interior, que en el mundo de las personas se da a modo de “actividad”, es decir, como un auténtico “trabajo” sobre uno mismo y sobre la realidad inmediata que permita establecer prioridades, cara al bien de la pareja y de los hijos que nazcan, en materia de educación, salarios, horarios de trabajo, y planes futuros de la familia, etc. Cuando Wojtyla habla de este modo de entender el “trabajo” como solución¹⁵, se está refiriendo a entender a este como una manera eficiente de ser responsable del ser amado, de saber hacerse

¹⁵ Véase HURTADO, R. (2014); HURTADO, R. (2019), pp. 61-81.

cargo de él, o mejor dicho de “entregarse” en el entorno familiar doméstico: el marido-padre a la esposa-madre y viceversa, y juntos a los hijos.

2. SABER RESPONDER A LA VOCACIÓN DE SER PADRE Y MADRE DE FAMILIA

En el contexto de la vida matrimonial y familiar, el varón y la mujer establecen un diálogo sexual habitual y permanente, lo que implica la potencialidad de convertirse en padres de familia. Para Wojtyła, esta es una realidad latente que debe ser libremente aceptada, pero también de modo responsable, como un aspecto central de su vocación matrimonial. En otras palabras, la entrega sexual de los cónyuges implica la potencialidad de *la llegada de los hijos*¹⁶. Dicha potencialidad no se puede separar de la realidad latente implícita en una vida sexual activa, misma que ha de abarcar la totalidad del ser conyugal, incluyendo sus ciclos naturales y diferenciados (varón y mujer) de su fertilidad. Cada vez que los cónyuges tengan relaciones sexuales, estos se han de plantear con total libertad y sinceridad la obligación de saber hacerse responsables de la posible vida que vendría a partir de su amor, incluso en los momentos en que la relación sexual tenga lugar durante los períodos de infertilidad de la esposa, esto es, sabiendo que en ocasiones el *método natural de regulación de la fertilidad* (o método Billings) puede ser falible. En suma, la sexualidad conyugal siempre ha de estar acompañada de la posibilidad y la apertura a la fertilidad de modo racional y generosa, tomando en cuenta todos los elementos que juegan en la vida familiar doméstica, a saber, económicos, psicológico-afectivos y biológicos. Esta última idea es sublimemente plasmada en el libro *Amor y Responsabilidad*, en donde Wojtyła hace un especial énfasis en la importancia de saber hacerse cargo del ser amado, de los cónyuges y de los hijos, a título de “persona”, como lo indica la *norma personalista*: la única actitud que respeta la dignidad de una persona es el amor, por lo que amar al cónyuge en su totalidad y buscar su florecimiento en la vida de los hijos es lo propio de una familia abierta a la fecundidad.

3. SABER ESTABLECER LOS FUNDAMENTOS DE LA VIDA FAMILIAR

Juan Pablo II explicó en su obra cumbre respecto del amor humano, a saber, la *Teología del Cuerpo*, los fundamentos antropológicos explicados en la encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI, vistos desde la óptica de la Sagrada Escritura (sobre todo el relato del *Génesis*). Su idea era encontrar un significado más profundo del amor humano a la luz del *plan divino de amor*, en el que la paternidad y la maternidad se entiende como un don en el que ambos cónyuges son copartícipes con Dios en la creación de una nueva vida, llamados a ser *una sola carne* en su amor y en la vida del hijo. Este mensaje se muestra por demás necesario en la sociedad contemporánea, caracterizada por su pobre e incompleta comprensión del amor humano, limitando a este a un mero sentimiento placentero desasociado de la posibilidad

¹⁶ Véase SANTAMARÍA, M. & HURTADO, R. (2021), pp. 25-36.

de la procreación¹⁷. A esto se añade una pobre comprensión de la vida doméstica familiar, espacio por excelencia en el que la familia se encuentra y reencuentra a sí misma. Por el contrario, los hogares contemporáneos se han convertido en casas de “entrada por salida” en los que sus habitantes son entes de consumo, agentes de las ideologías de turno o bien sujetos de los intereses del Estado o la empresa. Por el contrario, Juan Pablo II aborda este problema rescatando la importancia de las funciones del padre y de la madre de familia, señalando la belleza de llevar una nueva vida en un marco de amor verdadero, fiel, libre y total, pues cada vida humana tiene “hambre” de que este tipo de amor sea la razón de su ser; es el tipo de amor que cuida y nutre la vida humana según la dignidad de la persona humana. ¿Cuál es el significado de la paternidad y de la maternidad para san Juan Pablo II/Karol Wojtyła? De estas etapas de su vida intelectual, así como de sus obras literarias, podemos observar la constante referencia de Wojtyła respecto del valor intrínseco de la persona humana, un ser que es llamado a amar y a ser amado; a ser respetado y ser responsable de sus acciones, sobre todo cuando se trata de traer a otras personas a la existencia, que es el momento en que se revela el significado de la paternidad y la maternidad:

La paternidad es un don que reciben el hombre y la mujer juntamente con el amor; es lo que crea una perspectiva de amor en la dimensión de una mutua entrega que dura toda la vida y es la condición de su gradual realización a través de la vida y la acción¹⁸.

BIBLIOGRAFÍA

- BUTTIGLIONE, Rocco (1992). *El pensamiento de Karol Wojtyła*, Encuentro, Madrid.
- GALAS, Piotr (2004). “Bibliografía de Karol Wojtyła y traducciones al castellano”, en *Scripta Theologica*, vol. 36, nº 2, pp. 597-635.
- GRONDELSKI, John M. (1993). “Appendix. Sources for the study of Karol Wojtyła’s thought”, en Schmitz, Kenneth L. (1993). *At the center of human drama. The philosophical anthropology of Karol Wojtyła/Pope John Paul II*, pp. 147-163.
- GUERRA, Rodrigo (2002). *Volver a la persona. El método filosófico de Karol Wojtyła*, Caparrós, Madrid.
- HURTADO, Rafael (2021). *La Paternidad en el Pensamiento de Karol Wojtyła*, EUNSA, Pamplona.
- HURTADO, Rafael (2014). *Reflexiones sobre el trabajo en el hogar y la vida familiar*, EUNSA-Astrolabio, Pamplona.
- HURTADO, Rafael (2019). “El trabajo doméstico: de la Rerum Novarum a la Amoris Laetitia”, en *Metafísica y Persona*, N. 22; pp. 61-81.
- HURTADO, Rafael, & SANTAMARÍA, Mikel (2021). “La necesidad de apoyo y la relación paterno-filial: Ser hijo para ser padre”, en *Conocimiento y Acción*, I; pp. 25-36.
- HURTADO, Rafael (2022). “La madre es un hogar vivo: En defensa de la domesticidad”, en *Familia. Revista De Ciencia Y Orientación Familiar*, N. 60; pp. 9-22.

¹⁷ Véase HURTADO, R. (2022), pp. 9-22.

¹⁸ WOJTYLA, K. [1979 (2003)], p. 339.

- JUAN PABLO II (2000). *Hombre y Mujer lo Creó*, Cristiandad, Madrid.
- JUAN PABLO II (1994). *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona.
- LORDA, Juan Luis (2004). *Antropología Cristiana. Del Concilio Vaticano II a Juan Pablo II*, Palabra, Madrid
- MALÓ, Antonio (2006). "Bibliografía temática: La filosofía di K. Wojtyla", en *Acta Philosophica*, vol. 15, nº 1, pp. 123-128.
- PABLO VI (1968). *Humanae Vitae*.
- SEIFERT, Josef (1981). "Karol Cardinal Wojtyla (Pope John Paul II) As Philosopher and The Cracow/Lublin School of Philosophy", en *Aletheia*, vol. 2, pp. 131-199.
- WEIGEL, George (1999). *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de Esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona.
- WOJTYLA, Karol (2008). *Amor y Responsabilidad*, Palabra, Madrid.
- WOJTYLA, Karol [1952 (2003)]. "Instinto, amor y matrimonio", en *El don del amor*, Palabra, Madrid, pp. 49-68.
- WOJTYLA, Karol [1957 (2003)]. "Reflexiones sobre el matrimonio", en *El don del amor*, Palabra, Madrid, pp. 83-99.
- WOJTYLA, Karol [1958 (2003)]. "La propedéutica del sacramento del matrimonio", en *El don del amor*, Palabra, Madrid, pp. 101-127.
- WOJTYLA, Karol [1979 (2003)]. "Amor fecundo y responsable", en *El don del amor*, Palabra, Madrid, pp. 331-348.

AMOR HUMANO Y FAMILIA CRISTIANA EN EL ALBA DEL SIGLO XXI

Fr. Abelardo Lobato Casado O.P. †

Ex-Presidente de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino

INTRODUCCIÓN

¿Qué ocurre en nuestro tiempo con el amor humano? Se diría que por desgracia esta fuerza poderosa actúa, está presente, pero va a la deriva, como barco sin capitán, con las velas infladas, porque ha perdido la memoria de su origen divino y desconoce su fin. Es la barquilla española vista por Lope de Vega: “Pobre barquilla mía, entre las olas sola, ¿adónde vas perdida, adónde, di, te engolfas?”. En nuestra cultura actual la potencia del amor humano se ve malgastada, como la herencia del hijo pródigo, quizá por inconsistencia, por pereza, por inercia, porque en una sociedad de masas y de poderosos medios de comunicación, los hombres se tornan marionetas, cuyos hilos secretos manejan solo algunos con fines interesados. En este final de siglo, esa potencia admirable del amor humano está obstruida, anulada. Por este desvío del amor, se priva a los hombres del resorte más grande para realizar la empresa de ser hombre. En 1956, Eric Fromm, en su análisis penetrante de la sociedad actual, denunciaba la equivocación radical de los hombres de hoy ante el problema del amor, y proponía un arte de amar, no al estilo de Ovidio, que escribió para los latinos un *Ars amandi*, sino en correspondencia con el ser del hombre actual, que se prepara con trabajo y disciplina para todo en la vida, y no hace lo mismo para el amor que es la clave de esta. Su propuesta implicaba una toma de posición: “El amor es la respuesta al problema de la existencia humana: el amor en su forma madura, implica confianza, actividad, humildad, coraje y es la única respuesta verdaderamente sensata a las contradicciones de la existencia humana”¹.

Ante esta situación de empobrecimiento, de impotencia, es preciso reaccionar, intentar un cambio de marcha. Muchos se complacen en ver el amor como una fuerza ciega, como el Cupido de los ojos vendados, el arco tenso y la flecha a punto de ser disparada al corazón de quien se ama. Es hora de quitar esa venda y tener los ojos bien abiertos. Hay muchos modos de hacerlo. Yo no me voy a complacer en la condena, en la descripción del mal que padecemos, en la ceguera tan extendida. Prefiero tender la mirada hacia delante, ser un sembrador de esperanza, creador de futuro. En vez de un lamento sobre la desgracia de estas generaciones desviadas en

¹ E. FROMM; *El arte de amar*, ed. Il Saggiatore, Milano, 1963, p. 21.

lo más profundo del ser humano, mi proyecto es el de alentar en vosotros, en mí mismo, la fuerza transformante del amor humano, y lograr que despierte lo que está dormido, “el genio que duerme en el fondo del alma, esperando la voz que le diga: *Levántate y anda*”, como hacía el romántico Bécquer. Este fue siempre el método de los buenos pedagogos. Con esta actitud, mientras asistimos con rabia contenida a la agonía atormentada de la larga noche del final del siglo XX, yo os invito a mirar hacia lo alto y poder vislumbrar ya las primeras luces del alba del siglo XXI. La esperanza es la virtud de la vida presente, el aliento de todos los que se sienten en camino. El tercer milenio tiene que ser más humano, más cristiano. Un mundo diferente solo se logra con hombres nuevos, renovados por dentro, ilusionados por la aventura que describía en la hora del renacimiento Pico della Mirandola, como *el gran milagro: Magnum o Asclepi, miraculum est homo*².

Una gran empresa no puede ser improvisada, requiere una adecuada preparación, tiene que contar con fundamentos bien sólidos. No basta cambiar las estructuras exteriores. Hay que “romper la cara, el espejo no hay por qué”, decía Quevedo. Los hombres, como todo lo vivo, solo se hacen nuevos desde el corazón y la voluntad. Esto solo se logra desde una decisión del hombre que se reconoce persona y se decide a actuar como tal. El amor tiene poder para transformar la vida y para dar origen a un momento nuevo de la historia. Un nuevo modo de amar, da origen a un nuevo modo de ser. Para lograr un hombre nuevo, se requiere que sea nuevo su amor.

Pero, ¿quién puede dar a los hombres una lección sobre el amor? Con fina ironía, Descartes iniciaba su *Discurso del método*, como prólogo a la nueva hora europea de hacer filosofía, diciendo que en materia de *bon sens*, de sentido común, no hay nada que enseñar, porque cada cual piensa que no solo tiene lo suficiente, sino más que los otros, como si se tratase de la cosa mejor repartida en el mundo³. Algo semejante acontece con el amor.

Buena parte de los hombres piensa que nada hay que aprender en esto, como en la vida, que ellos ya saben bastante. Es cierto que la naturaleza enseña a todos lo decisivo del amor, mucho más que la escuela puede enseñar. Por eso aquí se trata de una reflexión, no de una lección escolar. El tema del amor trasciende las aulas, no se deja encerrar en ellas. No es algo que se aprende en los libros, ni se puede reducir a ideas. El amor es anterior a la escuela. No sin motivo un hombre tan sagaz como Sócrates, confiesa por boca de su discípulo Platón, cuando dialoga acerca del amor, que todo cuanto sabe acerca de él, se lo ha enseñado una mujer, Diótima, la sacerdotisa de Mantinea: *Fue precisamente esa mujer mi maestra en las cosas del amor*⁴. Lo que se aprende en los libros se borra pronto de la memoria si no se cultiva, lo que enseña la naturaleza nunca se puede olvidar. El mismo Descartes confiesa en su *Discurso*, un poco más adelante, que al final de sus estudios en las mejores escuelas de su tiempo, necesitaba salir a viajar para aprender de la vida real las cosas que

² PICO DELLA MIRANDOLA, *Oratio de hominis dignitate*, ed Atanor, Roma, 1986, p. 6

³ R. DESCARTES, *El Discurso del Método*, ed. *Revista de Occidente*, Madrid, 1954, p. 2.

⁴ PLATÓN, *El Banquete*, 201 d. ed. Aguilar, Madrid, 1966. P. 593.

la escuela no enseña y que los hombres necesitan. Y fue en medio de sus aventuras de viajero y de soldado cuando tuvo su intuición radical del punto de partida del conocimiento, *pienso, luego existo, ie pense, donc ie suis, cogito ergo sum*⁵.

La lección del amor la enseña la vida: no solo la vida de los demás, sino más bien la vida profunda que tiene el sujeto, el núcleo del cual es portador. No se debe olvidar que el hombre aprende por dos caminos simultáneamente: el de la invención. Por el primero se inserta en una tradición que nos llega, como gran regalo del pasado. Apoyado en ella, cuando a su modo la ha asimilado, el hombre se alza como un enano sobre las espaldas de un gigante, y tiene un horizonte mayor. Solo así se sitúa a la altura de los tiempos, en el vértice de la historia. Este modo de instalación cultural es nuestra base sólida, la más común y la más provechosa. La segunda vía es la de la aportación de cada uno al proceso de la cultura, la de la invención, la de la creatividad. Todo sujeto está llamado a ser originario, porque su ser es nuevo, no es mero ejemplar de una especie, es un ser personal, una individualidad que no tolera ser reducido a mera abstracción. Unamuno reclamaba esta singularidad, de ser "especie única, Miguel de Unamuno y Jugo"⁶. Desde ella es posible el desarrollo de la subjetividad, la adquisición de las virtudes humanas, las intelectuales y las morales, las que perfeccionan la dimensión especulativa que todos tenemos y las que hacen al hombre bueno, ese hombre en plenitud que todos estamos llamados a ser. Este modo de aprender vale más que la disciplina.

El ser humano es un ser viviente y no crece por yuxtaposición como las rocas en el fondo de los mares, o las estalactitas en lo profundo de las cavernas, sino que crece como los seres vivientes: como las caracolas que van añadiendo anillos a su concha, los árboles que despliegan nuevos círculos de consistencia detrás de la áspera corteza, los dedos de la mano que crecen desiguales desde dentro. Lo que no se ha hecho carne y sustancia del alma de cada uno no sirve para fundamento de lo humano. No hay proporción entre lo que se come y lo que se asimila. Lo que cuenta en verdad es la asimilación del alimento, porque esto es lo que nutre y no pesa, lo que vitaliza y da persistencia al milagro de la vida en cada sujeto. Hay una *paideia* personal. Hay un modo de ser maestro de sí mismo. Si en la dimensión intelectual es preciso que uno vaya a la escuela, que tenga un maestro, que siga un proceso lento hasta situarse en el horizonte del saber, de una de las ramas de este inmenso árbol, en cambio para el adecuado desarrollo de la dimensión volitiva, para el progreso en el amor el proceso es distinto, puede ser el inverso: la escuela está dentro, el maestro es interior, hay una voz de conciencia que es guía, hay una fuerza que impulsa, una misteriosa libertad que es como un manantial impetuoso que debe brotar hacia lo alto y tiene que ser capaz de superar toda esclavitud y hacer crecer el ser personal. El amor es expansión de la vida, y el sujeto tiene la mejor parte. Uno mismo tiene que aprender a amar, guiado por sí mismo. Por ello la lección del amor no puede ser una lección escolar, en la que el discípulo está llamado a repetir

⁵ DESCARTES, *El Discurso del Método*, ibid. P. 64

⁶ MIGUEL DE UNAMUNO, *El sentimiento trágico de la vida*, Ed. Aguilar, Obras, Vol. II. p. 1007.

lo que ha oído del maestro. El amor todo lo hace nuevo, es creador de vida y de diferencia. Es siempre una sorpresa.

La presente reflexión trata de penetrar en esta zona personal donde el amor tiene su hontanar secreto y de donde toma su fuerza incontenible. Aun visto así, el tema del amor es oceánico, no se deja apresar, salta más allá de todos los confines. Se hace necesaria una limitación. Yo he desarrollado con preferencia el *filón antropológico-ético*, es decir la conexión que tiene el amor con el ser del hombre y la correlación con su desarrollo en la madurez personal. Se busca saber en qué medida y en qué manera el amor ayuda a ser hombre, en qué proporción configurar la propia personalidad. Aún conociendo las dimensiones negativas de lo humano, por otra parte, bien patentes, expresadas desde antiguo en la famosa frase del poeta Terencio: *Homo sum, nihil humanum a me alienum puto*, cuyo sentido es más bien negativo, y lo humano se descubre desde sus deficiencias en el error y el mal, que retornan constantemente en cada hombre y en cada generación y admitiendo la necesidad de combatir esas miserias y desvíos, la tarea principal de toda pedagogía es la de suscitar las energías latentes en cada sujeto humano y en cada generación. Hay que apostar por el futuro del hombre, darle confianza y mantener una certeza en la posibilidad de progreso, no al estilo iluminista del siglo XVIII, sino al modo cristiano. En definitiva, el cristiano apuesta por el futuro, está seguro de que siempre a la postre al menos, el bien vence al mal, y el amor es capaz de dar sentido a toda vida humana, y por ello es capaz de ser heroico.

Desde estos supuestos yo quisiera situarme en lo más avanzado de la antropología y de la ética humana, y desde esos dos pilares bien consistentes, descubrir en la vida la fuerza del amor humano, tanto en la persona singular cuanto en la persona que comparte su vida del modo más connatural, en la familia. Todo hombre es ser personal y ser familiar, al mismo tiempo. Esas dos dimensiones tienen prioridades respectivas, una de las cuales es genética, porque comienza en el seno de la familia y alcanza el ser personal, otra óptica, el ser personal origina y funda la raíz de la vida familiar. Y en ambas el amor es el arquitecto, la roca y la fuerza de esa corriente vital de lo humano. El progreso humano está en la aplicación real de estos dos momentos ya conquistados por quienes nos han precedido. Lo que resta es llevarlos a la praxis y con ellos dar origen a la novedad del hombre, al siglo plenamente humano. Porque ambos, ser personal y ser familiar, con el desarrollo integral de la potencia del amor, son todavía programa más que obra, posibilidad más que realidad lograda. El poeta latino Virgilio, uno de los padres de la cultura humanista medieval, invitaba a su modo y con su mentalidad pagana a esta gran empresa: *¡Omnia vincit amor: et nos cedamur Amori!*⁷ ¡El amor todo lo puede, dejémonos llevar por el amor! Virgilio era un pagano. Nosotros, testigos del amor de Dios, nos situamos en la perspectiva cristiana, cuya ley es el amor, que en definitiva coincide con el ser. En esta nueva perspectiva se realiza la fusión del ser y del amor. Dime cómo amas, te digo cómo eres.

⁷ VIRGILIO, Égloga X, v.69.

El desarrollo del tema del amor, dentro de estas coordenadas, y en este contexto, se hace en dos momentos: en el primero la reflexión versa acerca del amor y el ser personal; en el segundo respecto del amor y la familia, pues la familia está constituida por las relaciones interpersonales. En una visión integradora de lo humano, podemos ver cómo se enlazan las dimensiones de la naturaleza y de la gracia, lo humano y lo cristiano, la persona y la familia. El amor es el vínculo misterioso que todo lo une, sin anular las diferencias. A nosotros nos interesa descubrir cómo en la vida personal del hombre y en la vida de la familia, todo depende del amor. Es el motor inicial y terminal, que atrae e impulsa. Por ello Dante, en el Paraíso, ha podido escribir con acierto: *L'amore, che muove il sole ele altre stelle*⁸.

I. AMOR Y PERSONA

Estas dos palabras, transportadas a sus resonancias semánticas y culturales, nos sitúan en un horizonte de actualidad. Hay valores vírgenes, que están en ese mundo sutil e impalpable de la cultura. La cultura es nuestro envolvente, la atmósfera humana sin la cual nadie respira, lo que el hombre necesita añadir a la naturaleza para realizar su emergencia y no asfixiarse bajo el peso de las necesidades que lo natural de la materia le impone. La cultura se compone de diversos elementos, no todos al mismo nivel, con el mismo peso específico. Toda cultura tiene una forma, y esa se define por los llamados valores⁹. El valor máximo depende del aprecio de los hombres, cuya estimación puede variar, de suyo se toma por tal aquel por el cual el hombre es capaz de sacrificar todo lo demás. La constelación de los valores apreciados gira en torno a ese valor supremo. Podemos decir que el amor y la persona se encuentran hoy en esa constelación.

A pesar de los desvíos, todavía el hombre actual estima que el amor es cotizado, que sin amor la vida no merece vivirse, que todo se puede sacrificar por el amor, que la felicidad va de la mano del amor y que la mayor desgracia es perder el amor. El amor es estimado, lo que no está claro en nuestro tiempo es en qué consiste en verdad el amor. Es todavía una palabra, cuyo sentido se difumina en las brumas de la subjetividad. Lo mismo podemos decir que acontece con la persona: es uno de los valores en alza. Esta palabra que nació para designar lo más extrínseco, la máscara, ha ido penetrando a fondo en la cultura moderna hasta llegar a ser preferida a todas las demás en cuanto se trata del hombre. Esta constatación implica una cierta paradoja: la preferencia por la persona contradice en buena parte de las direcciones en uso en la cultura actual. Por más que estemos envueltos en un mundo materialista que trata de reducir el ser humano a productor y consumidor; a pesar de que vivimos en

⁸ DANTE, *La Divina Comedia*, Paraíso, c XXX.

⁹ El discurso de Juan Pablo II en la sede de la UNESCO en París, 2 de junio de 1980, acerca de la cultura, puede ser designado como Carta Magna de la cultura en sus relaciones con el hombre, sujeto y objeto de la cultura. Cfr. AAS, 1980, págs. 1232-1254.

un mundo de imágenes y apariencias, que todo lo resuelve en los fenómenos; por más que las teorías de los filósofos nieguen el acceso a lo profundo de la realidad y destierran la metafísica, y las hipótesis de los científicos reduzcan todo a medida y número, a quarks y leptones, el hombre de hoy necesita oír la palabra persona, cuando defiende sus derechos humanos, cuando se encuentra con otro, cuando nutre aspiraciones de realizarse como personalidad. Ha percibido que la palabra le viene como anillo al dedo. Solo en ella se expresa la dignidad de la que se sabe portador. Solo ella responde a la convicción de que no es un número, un elemento de la masa, no es parte, ni objeto, ni posesión de nadie. Tiene conciencia de ser persona y por ello un nombre personal, se sabe un yo con una dimensión de misterio. Así es la verdad. El hombre, todo hombre es un ser personal, y como tal se tiene que realizar en una actividad decisiva para su desarrollo.

Resulta por tanto que amor y persona son actuales, muy vigentes, quizá a contrapelo de la cultura ambiente, como un islote bien firme en medio del océano, que no se deja erosionar por las olas cambiantes. Amor y persona son dos de los más altos valores de toda vida humana. Cuando uno trata de conocer el pasado cultural de estos vocablos, el significado de que son portadores, constata que en definitiva, ambos tienen un sello cristiano, una marca de origen que resulta indeleble. Solo en la tradición cristiana el amor ha sido revelado a los hombres con una profundidad nueva, solo en el seno de esta tradición el ser humano ha podido comprenderse como persona. El pensamiento pagano no llegó nunca a este misterio. Tratar de olvidarlo es incorrecto. Tratar de desviar estas dos manifestaciones del ser humano del origen cristiano ha resultado fatal. Es necesario volver a las fuentes, hacer que estas “ideas cristianas que se han vuelto locas” en la fiesta de la modernidad, en feliz expresión de Chesterton, vuelvan como el hijo pródigo a la casa del padre y se reconozcan en toda su profundidad y grandeza. No son ideas excluyentes, sino integrantes. Implican todo lo valioso en las precedentes concepciones del hombre, porque en este caso se cumple la ley formulada con tanto acierto por Tomás de Aquino: “la gracia no destruye la naturaleza, la lleva a su perfección”¹⁰.

Perfilado el tema de nuestra reflexión, en sus notas de relación vital con el ser del hombre, en sus posibilidades, en su actualidad y vigencia cultural, en sus límites antropológicos, estamos en grado de aproximarnos a la comprensión de la relación entre amor y persona. Lo vamos a desarrollar en tres instancias complementarias: desde el ser, desde la historia y desde la praxis. Hay en ello un proceso circular: la persona funda el amor, y mediante su ejercicio desarrolla la personalidad. Resulta así bien claro que amor y persona se condicionan mutuamente, porque van implicados el uno en el otro.

¹⁰ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 1, q.1 art. 8 ad 2.

1.1. EL AMOR PERSONAL

El ser humano es un ser pluridimensional, no unidimensional como tratan de hacerlo en nuestro tiempo¹¹. Desde una visión espacial el hombre se despliega en las cuatro dimensiones: hacia arriba y hacia abajo, y topa con Dios y con el mundo; hacia dentro y hacia fuera, y se encuentra consigo mismo y con los otros. No hay cuerpo sin tres dimensiones, no hay hombre sin estas cuatro, porque es una totalidad que trasciende el cuerpo. La comprensión del hombre es punto de partida para todo comportamiento frente a él. Designarlo como persona implica un modo de comprensión. Pero puede ser desde fuera o desde dentro. En realidad toda comprensión tiene sus principios desde fuera, desde la sensibilidad. El hombre posee una preciosa condición, que no tienen los otros seres, a la que debe su capacidad de desarrollo, la imitación. Ya Aristóteles advirtió esta peculiaridad de lo humano. El ser humano, desde su infancia imita y se complace en la imitación¹². Por ello nació el teatro, y en él un reflejo de la vida humana, una comprensión del hombre que se ve a sí mismo desde fuera. La vida es más rica que el teatro, y el hombre desde el principio sintió la necesidad de llevarla al teatro. Para indicar la distancia entre la vida y la representación inventó la máscara. Todas las culturas han usado la máscara, y la siguen usando. Fueron los etruscos quienes dieron a la máscara un nombre y la llamaron *persona*. Hay un testimonio de ello en la tumba de los *auguri* en Tarquinia. Los romanos tomaron ese nombre de los etruscos y durante siglos *persona* significó solamente máscara. Hay que llegar a Séneca, en el siglo I para que el nombre se aplique tanto a la figura cuanto a la singularidad excéntrica del emperador Claudio, que lo hizo sufrir y lo llevó al destierro.

Los griegos dieron origen a un teatro que llevaba a escena lo más radical del hombre, su lucha contra el destino, la tragedia, con el fin de lograr la *katarsis* de la vida saturada de tensiones, complejos, frustraciones y una cierta descarga a su agresividad, originada ante las inexorables leyes de la naturaleza, más fuertes siempre que su débil voluntad. El héroe trágico, destinado a morir, se representaba bajo la máscara. De la tragedia pasaron a la comedia, pero siempre con la máscara, el *prosopon*, algo que oculta el rostro de la persona, para que se refleje solo el personaje¹³. Ese concepto de máscara persiste en cada uno de los hombres que seguimos en el

¹¹ H. MARCUSE, *El hombre unidimensional*, J. Mortiz, S.A., México, 1968.

¹² ARISTÓTELES, *Poética*, 4, 1448b: "El imitar es connatural al hombre y se manifiesta en ello desde su infancia –el hombre difiere precisamente de los demás animales en que es muy apto para la imitación y es por medio de ella como adquiere sus primeros conocimientos–, y en segundo lugar, todos los hombres experimentan placer en sus imitaciones".

¹³ ARISTÓTELES, *Poética*, c.6, 1449b: "La tragedia es pues la imitación de una acción de carácter elevado y completa, dotada de cierta extensión, en un lenguaje agradable, lleno de bellezas de una especie particular según sus diversas partes, imitación que ha sido hecha o lo es por personajes en acción y no por medio de una narración, la cual moviendo a compasión y temor, obra en el espectador la purificación propia de estos estados emotivos".

gran teatro del mundo, cual lo describían en el siglo de oro los españoles y llevaba a la escena Calderón de la Barca. No hay hombre sin máscara.

La persona comienza siendo el fenómeno humano, relación de presencia y apariencia ante los demás. Salimos a la calle, ejercemos los roles de la vida, cubiertos con alguna máscara, conscientes de que estamos en el teatro.

Esta visión del hombre desde fuera resulta inconsistente, se desmorona por sí sola como castillo de naipes, como lo ha hecho el aparato tan bien montado del mundo marxista. El hombre se conoce desde otra perspectiva mucho más profunda. Para ver al hombre es preciso navegar hacia lo interior del mismo. Para ello es necesario recuperar las categorías del espíritu, de libertad, de infinito y creador. Solo la Revelación ha dado esta nueva visión de lo que implica el ser hombre. Dios es ser personal, espíritu omnipotente. Dios es creador y decide comunicar su bondad, y en un acto de amor crea al hombre. El *Génesis* lo describe en ese acto de creación, al final de su obra *ad extra*, formándolo como un alfarero del limo de la tierra y con el soplo de su aliento, a su imagen y semejanza, como compendio de toda su obra. ¡*Hagamos al hombre!* Y ha comenzado el hombre sobre la tierra, imagen de Dios, ser libre, varón y mujer, colocado en el paraíso, señor del mundo que le rodea. Todo cuanto ha acontecido con Adán, en cierto modo, Dios lo realiza con cada hombre. Porque en la materia organizada que corresponde a cada uno de los hombres, Dios crea e infunde directamente el alma, y así se forja el nuevo ser, un hombre singular, porque Dios lo ha plasmado y lo ha introducido en el mundo, que al principio es el paraíso materno. Dios creador le ha dado al hombre una categoría y dignidad que no tiene ningún otro ser del cosmos. El hombre es un efecto del amor de Dios, que crea e infunde la bondad en las cosas. Lo ha hecho por amor, y al hacerlo, se ha revelado como amor. Dios mismo se ha hecho hombre y ha manifestado de nuevo su profundo misterio de amor. Es padre del hombre, es principio que envía a su Hijo al mundo, y es motor que envía al Espíritu. Este misterio de Dios uno y distinto, ha sido motivo de largas reflexiones en el pensamiento cristiano, y finalmente ha sido significado en una cierta y lejana comprensión mediante el vocablo *persona*: Dios es uno y no puede ser sino uno en su esencia. Pero es a la vez trino en personas. Lo singular de la trinidad, lo que hace la distinción y no rompe la unidad, es una relación al modo de sustancia. Las personas divinas son reales, y son relaciones subsistentes, en la unidad de la esencia. El misterio de Dios es un misterio personal¹⁴.

La palabra persona que del teatro pasó a la trinidad, siguió su marcha de peregrinación afortunada en la historia del pensamiento. En el siglo VI, con Boecio, logra una primera aproximación definitoria que todavía no ha sido superada. Se entiende por persona “una substancia singular de naturaleza racional”¹⁵ y por ello el concepto de persona se extiende a todo ser de naturaleza racional, a Dios, a los ángeles, a los hombres. En el pensamiento medieval se comprende como lo más

¹⁴ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 1,29, 3-4.

¹⁵ BOECIO, *Liber de persona et duabus naturis*, c.4. PL, 64, 1338-1354, Cfr. A. LOBATO, “Persona y naturaleza en Boecio”, en *Miscelánea Manuel Cuervo López*, Salamanca 1970, pp. 443-471.

singular e incommunicable, *distinctum subsistens*, como el nombre que designa al mismo tiempo la naturaleza más noble y el modo de ser más perfecto, e la expresión adecuada a la dignidad en el ser y en el modo de ser¹⁶. Con la modernidad la persona pasa a significar la realidad que es puro fin y no puede reducirse a medio. Para Kant la realidad se divide en cosas y personas, en medios y fines. Los medios tienen un precio, y pueden ser cambiados por otra realidad equivalente, las personas son un fin y están por encima de todo precio, tienen un valor intrínseco, son una dignidad. Persona y dignidad son equivalentes. Ya desde antiguo se decían personas las que tenían alguna dignidad o rango en la Iglesia¹⁷. En la actualidad es la palabra que designa al ser humano en su dimensión de totalidad incommunicable en el ser y principio de apertura infinita en el obrar. Karol Wojtyła propone dejar de designar al hombre con otra palabra que no sea la de persona, porque ninguna otra refleja su dignidad como esta: el hombre no se designa por sus funciones de trabajador, de ciudadano, sino por su ser personal¹⁸.

La persona es nombre de dignidad, del sujeto en su singularidad, que excluye toda abstracción: ni es parte, ni es universal, ni es accidente. Es una subsistencia incommunicable. Es diferente. Así lo revela el rostro, que impone la alteridad y manifiesta algo del secreto escondido a los demás: la persistencia en el ser, la diferencia de todo el resto, la emergencia. La persona se designa como el *yo, como un sujeto*. La persona posee el acto de ser y tiene la capacidad de estar presente a sí, de modos diversos, la certeza incommovible de su existencia, el privilegio de volver sobre sí, típico de las sustancias espirituales. La persona designa al todo completo, es la integración de todos los niveles que se dan en el hombre: el de la materia, el de la vida, la sensibilidad y la presencia del espíritu, principio de unidad y de actividad. La persona es cognoscente: todo lo puede llevar a su interior y hacerlo suyo. La persona está abierta a la totalidad de los bienes, los necesita, los busca, va hacia ellos, los desea y los posee. Esta capacidad de salida de sí mismo y de encuentro con los bienes, con las demás personas, con los fines, es la dimensión del amor en la persona. El amor es la proyección del ser personal hacia lo otro y hacia los otros: hacia el bien, hacia las cosas para hacerlas suyas, con el deseo y el gozo de la posesión. El hombre es este ser distendido hacia afuera. La persona se proyecta amando y por el amor se realiza. La intención, la elección, el consentimiento, el uso de las cosas, todo depende del amor, del ejercicio de la libertad. El amor designa ese horizonte y tiene esas manifestaciones. El amor brota del ser persona, de su riqueza o de su indigencia, de la plenitud o de la finitud. El concepto de persona supera cualquier otra concepción del hombre sin confundirse con ninguna. El ser persona se aplica

¹⁶ SANTO TOMÁS, QQ. Disp. De potentia, 9,3: "La persona significa una cierta naturaleza con un modo de existir. La naturaleza que la persona incluye en su significación es la más digna de las naturalezas, a saber la naturaleza por su género. Igualmente, el modo de existir que implica la persona es el más digno, a saber que algo sea subsistente: *per se existens*".

¹⁷ E. KANT, *Fundamentos de la metafísica de las costumbres*, ed. Madrid, 1921, p. 169.

¹⁸ KAROL WOJTYŁA, *Ser y persona*, Madrid, BAC, 1982. Cfr. A. LOBATO, La persona en el pensamiento de Karol Wojtyła, en *Angelicum*, 1979, pp. 17-62.

por igual al varón y a la mujer. De suyo se refiere siempre a la persona real, existente en su singularidad, la que puede decir *yo*, la que conocemos como un *tú*. La persona solo se designa apropiadamente con su nombre personal, por su pronombre. Pero rehúye siempre el ser parte, ser accidente, ser universal. La persona es el concepto más denso de todos, porque incluye esencia y existencia, sustancia y accidentes, caracteres y notas individuantes. Esta es la novedad, que resulta inabarcable. La persona lleva consigo el misterio de su ser y de su propio desarrollo hasta la plenitud. La persona es “lo más digno en la naturaleza”: *dignissimum in tota natura*, como dice Tomás de Aquino¹⁹. A cada ser humano se le concede el don de la existencia personal, pero al mismo tiempo se le confía la tarea de llevarla a plenitud, de desarrollar su propio ser libremente. En definitiva, este es su gran quehacer. Mientras hace muchas cosas en la vida, tiene que realizar su propia existencia personal. Y esta solo llega a madurez cuando su amor es proporcionado a su ser personal. En el fondo este es el gran problema de todo hombre: amar para ser, dar con el amor la respuesta adecuada a su propia existencia. La persona tiende al amor, pero el amor es a un tiempo su privilegio y su riesgo. Porque el amor es salida de sí hacia los bienes que apetece y necesita, o que proyecta y crea. El amor es el lazo de unión entre estos dos extremos.

Es el final de un camino de unión. Por el amor el hombre se hace lo que ama, se identifica con el bien que busca. Como los bienes son de muchas clases y el ser personal tiene su categoría y su dignidad, está llamado a amar los bienes proporcionados a su ser: si su amor es inferior, el amor lo rebaja, si lo que ama lo supera, el amor lo ennoblece, si lo que ama es de su condición, el amor lo modela como hombre. Por ello la persona en la actividad de amar se encuentra y se pierde, se hace y se destruye, baja y sube, desciende a la esfera de lo animal que tiene próxima o trasciende los confines de lo humano para deificarse, o resta en la plenitud y alcanza lo que Menandro decía que era una maravilla, *un hombre verdaderamente hombre*, un ser personal de condición humana. Su amor es su peso, su ley de gravedad, y su ley de levitación.

1.2. LAS ETAPAS DEL AMOR

En la medida que se comprende a sí mismo el hombre es capaz de realizarse. Toda la historia de Occidente ha vuelto a reflexionar acerca de la sentencia del templo de Delfos, que dejó impresionado a Sócrates: *gnochi seautón!* Y en la medida en que se ha percibido, ha tratado de realizarse. Hay dos modos decisivos de autoconocimiento: uno viene por la experiencia y otro por la gracia, uno es simplemente humano, el otro trasciende lo humano y se adentra en el misterio de Dios. Mejor que Sócrates, Agustín, perdido en el laberinto de sus desvíos del pensamiento y de la vida, oraba a raíz de su conversión: *Noverim Te, noverim me*, o expresaba su profundo deseo:

¹⁹ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I, 29, 3.

*Deum et animal scire cupio!*²⁰ Solo ante Dios, ante la verdad absoluta, el hombre descubre la verdad total, la que se le oculta ante los animales y ante los demás hombres. Esto lo sentía hondamente Kierkegaard, el primer existencialista cristiano de la hora moderna que se enfrenta con valentía ante la teoría hegeliana²¹. En la medida en que se comprende al hombre en la totalidad, da sentido a la vivencia que percibe en sí mismo, la del amor personal. En el pasado el hombre ha percibido su doble dimensión, de ciudadano de dos mundos, el sensible de la naturaleza y el racional del logos. Y desde ambos, con una persistencia a toda prueba ha tratado de dar razón del amor personal que viene antes de comprender²².

Las tres etapas del amor se designan apropiadamente con los nombres griegos, en los que primero se han expresado. Hay una comprensión del amor desde el nivel que tiene el hombre en común con los demás seres de la naturaleza en toda su extensión que integra la *physis* de los griegos, el mundo de la materia y el mundo de la vida. Hay otra comprensión del amor desde la vertiente típica del hombre, caracterizada por su dimensión de ser racional, inteligente, capaz de encuentro con el hombre a nivel de semejante, como un reflejo de sí mismo, otro yo. Y se da una tercera comprensión del ser humano como imagen y semejanza de Dios, como fruto del amor de Dios creador del hombre para manifestar su bondad y para compartir su felicidad. La estructura abierta del hombre ha sido dada en vistas a ese encuentro, en el ejemplar perfecto que es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre y puede aproximarse a su perfección en cada uno de los hombres. En este nivel el amor se manifiesta en una nueva dimensión, más que recibir y conseguir lo que a uno le falta, es una donación. Los nombres griegos de estas tres etapas son eros, philia, ágape. Estos vocablos entran de muchos modos en nuestro lenguaje usual y castellano. Los tres se presentan en la historia de la cultura, del amor, de la persona, de modos diversos. Basta aquí indicar diacrónicamente algo de su contenido y su desarrollo, con las consecuencias inevitables, tanto en su separación como en su integración. Dime cómo amas, te digo como eres. *Amas tierra*, dice Agustín, *eres tierra*. ¡*Amas cielo, qué te digo, eres un cielo!* Vamos a entrar en estas tres sendas del amor humano, siempre recorridas, nunca terminadas, con la ayuda de algunas evocaciones de la historia cultural.

El amor como eros es de origen griego. Pero responde a una concepción real, a una experiencia del hombre, que persiste de modo bien patente y no puede ser anulada, ni ignorada. “Eros es una potencia tan radical y tan extendida que de hecho es una potencia universal... se extiende a todas las cosas mundanas, humanas y divinas”, afirma Platón²³. Que el amor tenga una dimensión cósmica se afirma ya en Hesíodo, como en Parménides y Empédocles. Pero no ha sido tematizado de modo expreso y aplicado al hombre hasta Platón. El eros se entiende a partir de Sócrates

²⁰ SAN AGUSTÍN, *Soliloquia*, 1,2,7 y II, 1.

²¹ S. KIERKEGAARD, *Estadios en el camino de la vida*, Obras, II, A 807.

²² J. DE FINANCE, *L'homme citoyen de deux mondes*, Roma, PUG, 1980.

²³ PLATÓN, *El Banquete*, 188 D 4.9.

como una tendencia al bien, como la inclinación a poseer el bien para siempre. La función del *eros* en la vida del hombre la explica mejor que ninguna teoría, el mito que narra Sócrates en el diálogo de *El Banquete* o *Symposion*, en el discurso del amor que escuchó a Diótima. Este mito merece ser evocado con las palabras de Sócrates:

Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un banquete, y entre ellos estaba también Poros el hijo de Metis. Una vez que terminaron de cenar, se presentó a mendigar, como era usual al celebrarse una fiesta Penía, y quedose a la puerta. Sucedió que Poros, borracho de néctar, pues aún no existía el vino, entró en el jardín de Zeus, y en el sopor de la embriaguez se puso a dormir. Entonces Penía, motivada por la falta de todo lo que tenía Poros, pensando cómo tener un hijo de Poros, se acostó con él y concibió a Eros. Por esto Eros es escudero y acólito de Afrodita, por haber sido engendrado en sus fiestas natalicias; al mismo tiempo es por naturaleza amante de la belleza, porque Afrodita es bella. En cuanto Eros es hijo de Penía y de Poros, participa de la suerte de ambos. En primer lugar es pobre siempre, y está muy lejos de ser bello y delicado, como le supone el vulgo; por el contrario es rudo y escuálido, anda descalzo y carece de hogar, duerme siempre en el suelo y sin lecho, acostándose al sereno en las puertas y en los caminos, pues por tener la condición de su madre, es siempre compañero inseparable de la pobreza. Mas por otra parte, según la condición de su padre, acecha a los bellos y a los buenos, es valeroso, intrépido y diligente; cazador temible, que siempre urde alguna trama, es apasionado por la sabiduría y fértil en recursos; filósofa a lo largo de toda su vida y es un charlatán terrible, un embelesador y un sofista. Por su naturaleza no es ni inmortal ni mortal, sino que un mismo día a ratos florece y vive, si tiene abundancia de recursos, a ratos muere y de nuevo vuelve a revivir gracias a la naturaleza de su padre. Pero lo que se procura, siempre se desliza de sus manos de manera que no es pobre jamás el amor, ni tampoco es rico. Se encuentra en el término medio entre la sabiduría y la ignorancia²⁴.

El amor es un mediador, el que une los extremos, el que hace de frontera y horizonte para la unión de las realidades separadas. El amor hace de dos, uno solo. En el mismo diálogo se narra el mito del *andrógino*, del ser humano originario, varón y mujer al mismo tiempo, dividido luego en dos mitades, que ahora se abrazan cuando se encuentran, y por ello a esta reconstrucción de la unidad primitiva "damos el nombre de *Eros*"²⁵.

Esta hermosa narración del mito tiene algo más que un contenido poético: es una visión de la realidad. Desde que se ha descubierto el complejo de las causas de los entes, hay que estar de acuerdo con la fuerza de la causa final, como primera de las causas, por la cual todo se mueve, y todos los seres son atraídos hacia su fin. El fin mueve como el amor: *os eromenon*, dice Aristóteles²⁶. Todos los seres que se mueven, no solo se mueven por otro, sino hacia otro, porque son atraídos hacia el fin, que es su bien. Todo lo que se mueve se mueve hacia el fin. Si el fin no mueve al agente, no hay posible movimiento. Ahora bien, hay dos modos de movimiento hacia

²⁴ PLATÓN, *El Banquete*, 203, a-b.

²⁵ PLATÓN, *El Banquete*, 192, b-5.

²⁶ ARISTÓTELES, *Met*, XII, 6, 1071 b3.

el fin de cada cosa: unos seres se mueven hacia el fin sin conocerlo, son dirigidos hacia él con toda certeza por la misma naturaleza que es obra de una inteligencia; otros se mueven al fin que conocen. La ordenación al fin, la teleología es universal: los elementos se atraen, las plantas se completan, los animales se aparean, los hombres son llevados por el apetito. Hay un apetito natural, que va con el ser finito, y es el apetito de indigencia. Cada uno se mueve hacia el fin que es el bien apetecido porque carece de él, y en él encuentra su perfección. El mundo visto así, como conjunto de seres que se mueven y son movidos, ofrece a la inteligencia un admirable y grandioso panorama. En definitiva, todo el mundo tiende al bien, y el bien último tiene que ser el bien infinito. Todo se mueve por el fin, ese en definitiva es Dios²⁷.

Es posible describir la teleología oculta que mueve el universo. Se descubre en los minerales por las afinidades químicas, en la vida vegetal, en el mundo animal, se experimenta con fuerza en cada uno de los hombres. Virgilio describe esta ley de atracción de modo poético: el león da caza al lobo, el lobo persigue las cabritillas, la cabra anda en busca de los brotes tiernos de los arbustos, y Alexis anda perdido por ti, Corydon. ¡Todos los seres son arrastrados por *eros*: *trahit sua quem que voluptas!*²⁸ Esta atracción natural que completa la indigencia del singular y hace posible la unión de la realidad, en todos los niveles, es una ley, todavía no admitida plenamente por la ciencia actual. En buena parte del pensamiento de nuestro tiempo, por influjo del positivismo, los fines quedan silenciados por no estar al alcance de la experiencia, y no poder ser comprobados sino en los proyectos del hombre. Esa ley mueve al hombre en diversos niveles: en la lucha por la vida, por su conservación y su defensa, en el afán de dominio sobre las cosas, y en la tendencia a la propagación de la vida. De ella nace el apetito sexual, como un grado del apetito natural, con su fuerza y su instinto.

Todos esos modos de proyección del apetito natural que busca el bien a su medida, han sido desarrollados en la historia. Nuestra cultura se complace en el cultivo del mito del *eros*, como fuerza sexual que busca la belleza para poseerla y gozarla, pero sin la poesía que llevaba consigo el mito antiguo. Basta pensar a Freud y a su intento de reducir el hombre a los dos instintos radicales de *eros* y *thanatos*, a la pasión sexual y a la violencia despiadada que le acompaña cuando es puro instinto egoísta. Freud ha sido capaz de desatar el instinto sexual en la cultura contemporánea. A partir de él, son muchos los que viven con la obsesión del hombre reducido solo a sexo. El mal no está en el descubrimiento de la dimensión sexual del hombre en toda su fuerza. El mal está en la reducción, en querer que el hombre sea solo eso, o que el sexo sea lo primario en la vida. El hombre es ciertamente animal, pero penetrado todo él por la dimensión espiritual del alma, que es su forma sustancial. No es solo Freud quien distorsiona reductivamente el amor humano. La teoría de la evolución ha favorecido esta interpretación arcaica. Los materialismos

²⁷ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I-II, 1,2.

²⁸ VIRGILIO, *Égloga* II, 63-65: *torva leaena lupum sequitur, lupus ipse capellam, florentem cytisum sequitur lasciva capella, te Corydon, o Alexi.*

de nuestra hora con sus determinismos han vuelto de nuevo a poner la felicidad del hombre en la explotación del sexo. Se ha llegado, más que en ninguna otra época, a la interpretación del amor desde la perspectiva del sexo. Así la cultura del film, de la pornografía, del erotismo, de la homosexualidad, donde apenas hay más horizontes que los típicos del eros. El resultado lo denuncia un hombre tan poco sospechoso como Eric Fromm que se opone a la interpretación freudiana del amor y propone como antídoto un cierto *arte de amar*, que implica teoría y práctica: “si queremos saber cómo amar tenemos que proceder del mismo modo que lo hacemos cuando queremos aprender un arte cualquiera”. Todo está en convencerse que nada hay más importante que el arte de amar²⁹.

Eros como instinto natural, como fuerza pulsional de un apetito que el hombre tiene por su misma condición de ser natural, viviente, animado, es uno de los componentes del amor humano. En nuestro tiempo, quizá nadie ha percibido su fuerza como el romántico Theilhard de Chardin, que ha interpretado el mundo como un proceso evolutivo, que todo lo arrastra, del cual el hombre es solo la punta de lanza, que va convergiendo hacia el punto oméga. El amor natural es la potencia más profunda de tensión del hombre, que recoge todo el proceso ascendente del universo³⁰.

La inclinación sigue al ser, y el ser del hombre trasciende el mundo de la *physis*. En el hombre hay un elemento constitutivo, que Aristóteles designó como *energeia*, como acto de la materia organizada, como *psiché*, como alma, una cuyas potencias es la inteligencia, el *nous*. Es normal que haya una tendencia que responde en el hombre a este principio. Y esa tendencia se designa como amor humano, como *philia*. Al hombre, constituido por un principio superior, le compete una actividad del apetito correlativa. El ser humano conoce y ama, y conoce al hombre con el que convive y es capaz de amarlo como otro yo. Así surge el nuevo modo de amar, que los eros inferiores no tienen, el amor de amistad.

Debemos a los pensadores griegos la reflexión acerca de la amistad, el amor del hombre que trata de superar la alteridad, haciendo de dos uno. “Dos marchando juntos”, son los amigos, en la descripción temprana de Homero³¹. Sócrates confesaba su aprecio de la amistad: “Deseo apasionadamente adquirir amigos, y un buen amigo me contentaría infinitamente más que la codorniz más linda del mundo, que el más hermoso de los gallos, e incluso –Zeus es testigo– que el mejor de los caballos o los perros. Podéis creerme: preferiría un amigo a todos los tesoros de Darío. Tan grande es mi avidez de amistad”³². Ha sido Aristóteles el mejor teórico griego de la amistad como amor humano. La consideró “lo más necesario para la vida”³³. Para Aristóteles *el amigo es otro yo*³⁴, y el amor de amistad consiste en querer el bien del amigo como si fuera uno mismo. Aristóteles meditó largamente respecto de

²⁹ E. FROMM, *El arte de amar*, ibd. P. 17-18.

³⁰ TEILHARD DE CHARDIN, *Le Phénoméne humanin*, París, 1955, p. 204.

³¹ HOMERO, *Ilíada*, X, 224.

³² PLATÓN, *Lysis*, 211 e.

³³ ARISTÓTELES, *Ethic. Nic.* 8, 1155 a4.

³⁴ ARISTÓTELES, *Magna Moralía*, II 15, 11213-a13.

la *philia*. Le dedicó un libro de la *Ética Eudemia*, dos libros, VIII y IX, de la *Ética a Nicómaco*, y varios capítulos de la *Magna Moralia* y alguno de la *Retórica*³⁵. En su concepto la amistad es la tendencia al bien del hombre, y según esto, el bien así es la amistad. Tres son las clases que Aristóteles distingue en el bien, útil, deleitable y honesto. Cada uno de esos bienes da origen a un tipo de amistad. La auténtica es la que busca el bien del amigo, y por ello es siempre recíproca, y no puede extenderse a muchos. En realidad, Aristóteles ha intuido que la amistad es uno de los caminos para modelar al hombre en el bien: “La amistad de los buenos crece en la medida en que se intensifican sus relaciones. Así los amigos están seguros de que serán mejores en la medida en que ejercitan la amistad y se corrigen mutuamente; en realidad se modelan el uno frente al otro, en cuanto eligen del amigo algo que les agrada. Así lo ha dicho el poeta: ‘Aprenderás el bien de los buenos’”³⁶.

La *philia* tuvo muchos cultivadores entre los latinos, como Cicerón en su diálogo *Laelius de Amicitia*, Séneca en muchos de sus tratados describe la amistad del sabio, que tiene amigos para el ejercicio de la virtud de la amistad, a la que impele la misma naturaleza del hombre, porque participa del logos que mueve toda la naturaleza³⁷.

En la literatura hispano-árabe tenemos un espléndido tratado del amor humano, *El collar de la paloma, Tratado del amor y los amantes* de Ibn Hazn del siglo XI, traducido ejemplarmente por E. García Gómez, y prologado exquisitamente por Ortega y Gasset³⁸. Ibn Hanz se ocupa de la esencia del amor, de sus señales, y los efectos. No faltan consideraciones acerca del amor y la muerte, el amor y la castidad. Hay páginas que describen escenas encantadoras acaecidas en las calles de la Córdoba califal, como el encuentro del poeta al-Ramadi con la esclava Jalwa en la puerta de los Drogueros. La belleza de la esclava despertó en él un amor que se le filtró por todo el cuerpo y lo mantuvo en vilo durante largo tiempo. El amor para Ibn Hazm es el encuentro de dos almas. “Mi parecer es que el amor consiste en la unión entre partes de almas, que en este mundo creado, andan divididas en relación a como primero eran en su elevada esencia... en el sentido de la mutua relación que sus potencias tuvieron en la morada de su altísimo mundo y de la vecindad que ahora tiene en la forma de su actual composición”³⁹. Ibn Hazm sabe de la potencia del amor para cambiar a los hombres. El amor tiene fuerza poderosa para convertir al ser humano. “Por el amor, los tacaños se hacen desprendidos; los huraños desfruncen el ceño, los cobardes se envalentonan; los ásperos se vuelven sensibles; los ignorantes se pulen; los desaliñados se atildan; los sucios se limpian; los viejos se las dan de jóvenes; los ascetas rompen sus votos, y los castos se tornan disolutos”⁴⁰.

³⁵ ARISTÓTELES, *I libri dell'amicizia a cura di R. Laurentej*, Lofredo, Napoli, 1986.

³⁶ ARISTÓTELES, *Ethica ad Nicomacum*, IX, 12, 1172 a 10-14. El verso citado, que es del gusto de Aristóteles es del poeta Tognides, 35-36.

³⁷ SÉNECA, *Cartas a Lucilo*. Barcelona, Juventud, 1982.

³⁸ IBN HAZM, *El collar de la paloma*. Tratado sobre el amor y los amantes, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1952.

³⁹ IBN HAZM, *El collar de la paloma*, ibid. p. 75-76.

⁴⁰ IBN HAZM, *El collar de la paloma*, ibid. p. 53

No era desconocido el tema del amor, los efectos que produce, y quizá el libro del cordobés, al célebre Juan Ruiz, el famoso Arcipreste de Hita, quien escribió en su *Libro del Buen Amor* los versos siguientes: *El amor faz sotil al ome que es rudo//fázele fabrar fermoso al que antes es mudo//al ome que es covarde fázelo muy atrevudo// al perezoso fase ser presto e agudo...// e al viejo faz perder mucho la vejez//*⁴¹

También el filósofo Ibn Said de Badajoz, unos años posterior a Ibn Hazm, en su libro de *Kitab al-hada`iq* (Libro de los Cercos), describe desde categorías neoplatónicas el alma humana y ve al hombre como microcosmos, “la criatura más extraordinaria como obra de arte y la más maravillosa”. Es un ser llamado a conocerse y mediante el conocimiento de sí mismo y del mundo, lograr su perfección. Uno de los caminos hacia la perfección de la que es capaz, es el encuentro con los amigos, la amistad, por la que se logra el equilibrio del alma y se camina hacia el complemento de la sabiduría⁴².

El amor humano y la amistad han tenido intenso cultivo en la vida y el pensamiento moderno, pero apenas han aportado nada nuevo a lo descubierto por la cultura griega, a no ser en la línea del pensamiento religioso-cristiano, porque en el fondo no han llevado más adelante la concepción del hombre. Desde Descartes a Ortega y Julián Marías la amistad es un tema obligado de los pensadores. Laín Entralgo ha dedicado a estos trabajos un ensayo digno de mención⁴³. La *philia* como encuentro con el otro al nivel afectivo recíproco es uno de los modos de forja auténtica de la humana existencia. En una concepción machista se pensaba que la amistad no se daba sino entre varones, y no era posible entre personas de distinto sexo. Una idea más acertada del ser humano no puede excluir la amistad auténtica entre los dos sexos. En la amistad hay una superación del eros y una reciprocidad de afecto desinteresado, un signo de la presencia del espíritu y de la libertad.

El ágape constituye la etapa tercera en la manifestación del amor. Todo parte del *Deus*. La inteligencia humana, bien apoyada en la experiencia y por las tres vías clásicas, barrunta con certeza su existencia y balbucea con temblor su misterio. En cada hombre ha puesto Dios un instinto recto y natural por el que tiende a Él, lo conoce y lo ama. Los sencillos lo perciben mejor, los orgullosos de su sabiduría lo confunden. Pablo denuncia el desvío y recuerda la responsabilidad inexcusable de quien ve las cosas visibles e ignora al invisible que la ha creado⁴⁴. La Revelación ha venido en ayuda de esta pobreza humana. En la Escritura tenemos dos manifestaciones preciosas de esta “verdad sublime”, la verdad de Dios. La primera es del AT. Dios se revela como ser en plenitud. A Moisés, que le pregunta por su nombre en el momento de aceptar la misión que se le confía, Yaweh le responde: *Yo soy el que soy: echeyé asher echeyé!*⁴⁵ La expresión admite muchas interpretaciones, pero

⁴¹ ARCIPRESTE DE HITA, Libro del Buen Amor, vv-156-157.

⁴² IBN SAID DE BADAJOZ, Libro de los cercos, trad. De Asin Palacios, “Al Andalus”, V, 1940, p. 63.

⁴³ P. LAÍN ENTRALGO, Sobre la Amistad, Revista de Occidente, 1972.

⁴⁴ Rom, 1,20-23.

⁴⁵ Ex. 3,14.

una de ellas muy fundada es la que la refiere al ser personal de Dios, que habla en presente, que identifica su ser con el ser absoluto. Así la entendieron algunos rabinos como Maimónides, y los mejores escolásticos como Tomás de Aquino. Desde esa feliz interpretación era posible ver la confluencia de dos tradiciones de pensamiento: la hebrea, depositaria de la revelación del Dios personal y la griega, anticipadora de los preámbulos de la revelación por su penetración en el ser y el entender. El Dios del pueblo hebreo era uno, personal, creador, perfección y santidad absoluta, misterio inefable, YAWEH. El dios de Aristóteles, en quien el pensamiento pagano logró la máxima altura, era solo acto, *energueia*, un entendimiento que se conoce a sí mismo⁴⁶. Tomás de Aquino une estas dos tradiciones y en su genial filosofía del ser como acto, encuentra un nombre apropiado a esta revelación y misterio del ser. *Dios es, ipsum ese subsistens*⁴⁷.

El otro nombre que Dios ha revelado de su misterio lo encontramos en el NT. El nuevo nombre de Dios lo manifiesta Juan, el discípulo amado, el que mejor ha glosado el mandato del amor: *Theos estin agapé: Dios es amor*⁴⁸. Es preciso comprender todo el contexto del mandato del amor, al que todo hombre está llamado ante Dios, para amarlo con todo su ser, su alma y su corazón, el mandato equivalente de amor al prójimo, por encima de toda otra ley, el modo de amar que es preciso aprender de Dios creador, que ama solo para comunicar su bondad en las cosas, y el modo cómo Dios amó al mundo al dar a su Hijo en el misterio de la encarnación, de la vida, la pasión y la muerte, dolor por amor y para salvar a todos los hombres. Este nombre prolonga el sentido del primero y lo aclara. Dios es ser en plenitud, pero un ser personal, que se comunia en sus obras, que en sí mismo es don, y eso se designa con la palabra, caridad, ágape, amor. El misterio del ser se desvela en el misterio de amor. Y el hombre logra conocer la otra cara del amor. Hasta ahora solo comprendía el amor que busca el bien, lo desea y lo goza. Era un bien que enriquece nuestra pobreza. Dios ama de otro modo, no presupone el bien en quien ama, lo crea, lo hace bueno, no recibe, da, entrega. Amar es dar vida y dar la vida, es olvido de sí, y amor del otro. La cruz y la resurrección son las dos caras del amor y de la revelación del amor. Todo cambió con esta perspectiva. Ya Pablo puede hablar de la caridad en términos de exaltación, como lo más grande. Sin el amor “soy nada”, con el amor me conformo a Dios que es amor⁴⁹.

El admirable poema del *Cantar de los Cantares* es la forma del amor humano, que anticipa el amor que es Dios. Esta revelación del misterio de Dios, amor subsistente en la persona del Espíritu que obra solo por amor, y ama a cada uno de los seres humanos, creados para compartir con Él eternamente el amor, da sentido a la estructura personal del hombre. El mundo es para el hombre, creado para amar y ser amado. Cada persona singular está interpelada por el amor creador, redentor, para

⁴⁶ ARISTÓTELES, Met. XII, 7, 1072b#13.

⁴⁷ SANTO TOMÁS, *Suma contra los Gentiles*, 1, 13; *De ente et essentia*, c.5, *Suma Teológica*, 1,3,4.

⁴⁸ I, Jn. 4,8.

⁴⁹ 1 Cor. 13.

que ame, como Dios lo ama. La novedad nunca soñada es que el amor precede al conocer, que la libertad como veía Hegel ha sido revelada, que en el principio era el amor. El amor de caridad es el amor apropiado al nuevo ser del hombre. Integra el ímpetu y los arrebatos del eros y busca la unión, incluye toda ternura y la intimidad de la *philia*, y la supera. Tomás ha sido el primero que ha dado la noción de caridad como amistad del hombre con Dios: entre ambos hay un amor de benevolencia, es mutuo y se funda en una comunicación, la vida de Dios que se otorga al hombre, por ello la caridad es una amistad del hombre con Dios⁵⁰. En el amor cristiano se funde todo lo natural, lo típicamente humano y el don de Dios, que es amor. El amor en esta tercera etapa logra llenar la estructura personal, que está hecha a la medida de Dios. Agustín, el hombre que amó con toda su alma y fue llevado y traído por el amor desviado, escribió la sentencia definitiva en el pórtico de sus Confesiones: Nos hiciste Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti⁵¹.

Las tres etapas son como peldaños de una escala que los hombres en la historia han subido fatigosamente. Puede el hombre instalarse en uno de ellos, en dos, o llegar, si recibe el don, hasta el tercero. Como ocurre en las figuras y en el alma, lo superior contiene a lo inferior y lo supera. Es posible, es deseable, pero no es fácil para la mayoría de los humanos la unificación de las tres etapas, y solo en ellas el amor adquiere su plena significación. La estructura total del alma implica esta escala. El amor es lazo de unión de los momentos anteriores. Schopenhauer, en su teoría del amor, apenas rebasaba el primer escalón y por ello requería para el amor: juventud, salud y belleza. El que ha comprendido el amor cristiano, y ama como es amado, ama a las personas por sí mismas, aunque no tengan, como tantas veces ocurre, ninguna de las tres condiciones que requiere el *eros*. Pascal describía el modo de amar de la mayoría, cuando afirma, "Se aman las cualidades, no las personas". Eso puede ocurrir en los dos primeros estadios, no en el tercero. Todo ser humano, por el hecho de serlo es imagen de Dios, una imagen que puede estar desfigurada, pero es digna de ser amada y cuanto mayor sea el amor, menos se deja llevar por las apariencias engañosas. Ya en el rostro humano hay una presencia del misterio personal, que requiere siempre ser tratado con respeto y dignidad. Mucho más cuando uno está cierto que ese rostro es imagen de Dios. Cuanto más desfigurado esté mejor interpela por la dignidad del hombre, e invita a amarlo como lo ama Dios, con la donación de sí mismo para estar a su lado como amigo. El amor humano, llamado a recorrer estas tres etapas, puede decirse amor peregrino, siempre caminante, nunca instalado del todo, siempre en peligro de desvío por estar amenazado de egoísmo, y por ello siempre nuevo, creador, vida del hombre.

⁵⁰ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, II,II, 23, 1: *Amor autem super hanc communicationem fundatus est caritas. Unde manifesta est quod caritas amicitia quaedam esto hominis ad Deum.*

⁵¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I,1.

1.3. EL AMOR ARQUITECTO DE LA PERSONA

Las causas son causas recíprocas. En el caso del amor y la persona, podemos preguntarnos cuál es el principio, cuál de los dos precede, la persona o el amor. Ambos pueden decirse principios. Si partimos de una consideración radical absoluta, tenemos que afirmar que el obrar sigue al ser, y como el amor es actividad, el ser personal es su principio. El amor es amor de una persona concreta. La persona es anterior, el amor es su modo propio de proyección: dime lo que eres, te digo lo que amas. En los seres finitos, además de la consideración óptica, no hay que olvidar la perspectiva genética, porque su ser es también un hacerse, el ser fontal da origen a los actos, y los actos refluyen en el mismo ser y al mismo tiempo que lo despliegan lo van llevando a su perfección. Del acto fontal brotan los actos segundos, pero de los actos segundos se sigue el modo de ser del sujeto libre. La perspectiva del proceso genético invierte los términos de la primacía: dime lo que amas, te digo lo que eres. Precede el acto, resulta la virtud; con actos buenos se edifica el hombre bueno. Así se ha hecho la historia del hombre. Así han surgido los santos y los criminales. En absoluto vale el adagio de Agustín, tan profundo: "Dos amores hicieron dos ciudades, el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, hizo la ciudad terrena, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, edificó la ciudad de Dios"⁵². El amor es creativo, arquitecto, edificante. Lo que vale también para el ser humano. Cada hombre es una edificación del amor. El amor construye la personalidad del hombre. El sujeto personal se va construyendo desde el amor. Esta afirmación es de gran trascendencia porque lo más importante en la vida de un hombre es su misma vida, su realización humana y personal. Aquí vale la sentencia profunda del Señor, *¿qué aprovecha al hombre conquistar todo el mundo, si pierde su alma?*⁵³ Por ello es muy importante tener conciencia del papel del amor en esta fábrica de la propia personalidad. Porque si es el propio sujeto el que ama y el que es responsable de cómo ama, lo es también de cómo logra la medida de su propio ser.

El amor es el secreto del hombre, su fuerza más profunda. El amor es incompatible con la coacción, la fuerza, la presión exterior. Requiere la espontaneidad, la libre disposición de sí mismo. Tiene que brotar de dentro y ser una actividad que compete totalmente al sujeto. El amor tiene que ser una actividad humana, y por ello voluntaria y libre. El problema del amor humano está en conjugar estas dos cosas: su interioridad y el dominio sobre él. Porque el que ama no está muy seguro de si es él quien ama, o el amor ama en él, si lo lleva o es llevado, si vive en sí o fuera de sí, como el hombre inspirado, el alienado, el ebrio. La tensión entre esa fuerza que brota espontánea en el interior del que ama y, como fuego que arde se diría que lo está quemando, y la voluntad humana que trata de apropiarse de ella, de hacer suyo todo cuanto acontece en su interior, es lo que caracteriza el amor humano, en todos sus tres momentos. El esfuerzo por superar la ruptura y establecer la armonía en la

⁵² SAN AGUSTÍN, De civitate Dei, 14, 28.

⁵³ Mt, 16,28.

unión de los contrarios es lo típico del amor humano. En cada uno de los tres niveles tiene un modo diverso de presentarse esta tensión. El secreto de la persona está en conocerlo y vivirlo con la responsabilidad que compete al ser personal y maduro.

En la primera fase del amor, en el reino del eros, el hombre experimenta su propia naturaleza, vive el amor natural, instintivo, como inclinación radical al bien adecuado. En esta fase entra todo lo que de algún modo sigue a la naturaleza humana, que a un tiempo tiene tendencias análogas a las de los cuerpos, las plantas, los animales y los ángeles. Esta fase corresponde a un principio interno al hombre, que se designa como ley natural. Todo lo que compete al hombre está regido desde lo más interior, que es su propia forma espiritual, el alma humana. Es ella la que integra los diversos componentes de la corporeidad y de la vida que hay en el hombre. Todo lo humano está penetrado de una dimensión espiritual. La ley natural es una cierta participación de la ley eterna que existe en la mente divina. El hombre tiene esa ley infundida en lo más íntimo: la advierte en la conciencia, que le acompaña siempre en las intuiciones de lo que le conviene hacer, en los principios que proclama dentro su razón práctica. Hay en el hombre al mismo tiempo una inclinación al bien, de modo espontáneo, y una capacidad de orientación reguladora de la tendencia. La ley natural tiene sus preceptos para la voluntad que ama, y le impone amar el bien, apartarse del mal, buscar la felicidad, desear la plenitud, huir de lo que hace daño. Quien sigue esa ley profunda pone los cimientos de su amor. El mismo Pablo la enumeraba así: nada contra la conciencia, todo en orden al bien⁵⁴.

Esa ley profunda e interior, es la ley del hombre y es el principio del amor humano. Siguiendo esa ley el hombre pone los cimientos de su propia realidad personal. Una analogía con esta edificación en el amor la tenemos en la arquitectura biológica que el embrión va haciendo de sí mismo en las primeras ocho semanas, en las que la madre lo alberga, pero él se construye no solo el cuerpo, sino la propia casa, la placenta y es una maravilla viviente. Tenía razón la madre de los Macabeos cuando decía a sus hijos ya prontos al martirio: “Yo no sé cómo habéis aparecido en mi seno, no os he dado yo el aliento de vida, ni compuse vuestros miembros”⁵⁵. Todo el proceso de la fábrica del cuerpo ha partido del interior, de la misma célula germinal fecundada. Un milagro análogo es la orientación de las inclinaciones, la vida afectiva, el amor como actividad dirigido desde la ley natural que hay en todo hombre. Desde su primer momento, por un impulso natural, el hombre ya colabora con Dios y se cumple la sentencia: *Hagamos al hombre*. Algo análogo ocurre en el amor humano. El secreto está en colaborar con Dios, mediante la fidelidad a la ley natural que es la ley más profunda del hombre, y resuena en toda conciencia despierta, por medio de los preceptos⁵⁶. El impulso del eros tiene que humanizarse desde la regulación que le impone la ley natural. Esa ley natural no excluye, incluye

⁵⁴ Rom, 14,23. A. LOBATO, “Conscienza morale estorici tá dell`uomo”, en *Crisi e risveglio della conscienza nell`nostro tempo* a cura di A. Lobato, Bologna, ESD, 1989, pp. 9-46.

⁵⁵ Macabeos, 7,22.

⁵⁶ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, I.II. 94, 1-6.

la libertad humana y la responsabilidad del sujeto. El hombre está llamado a amar con toda su alma, al modo humano.

En la segunda fase del amor humano tenemos la amistad, el encuentro de dos personas, "caminando juntas", según la deliciosa descripción de Homero. Esta etapa implica ya la experiencia humana integral, el conocimiento que precede a la inclinación y al apetito. Es aquí donde el amor surge en conexión con la belleza, la perfección, el esplendor de la bondad en las cosas y las personas. Son las cualidades las que suscitan la atracción. Aquí puede entrar el amor-pasión, con sus momentos de inclinación, deseo y tendencia al goce y la posesión de los bienes y de las personas. Pero también aquí el ser humano está llamado a dirigir esa inclinación haciéndose dueño de todo el proceso. La pasión va con el hombre. De suyo es un movimiento que tiene su principio en el alma y repercute en el corazón. El hombre está en grado de hacerse dueño de todo el proceso que se despliega en varios momentos: intención de ir hacia el fin, opción entre los diversos modos de llegar a él, el ejercicio de las potencias para su posesión. La voluntad es libre en todo el proceso y el acto libre está en las manos del hombre. La dialéctica entre la pasión y la razón, entre lo que agrada y lo que manda o prohíbe la recta razón, entre lo que elijo y lo que debería elegir, es casi un drama personal, una dura realidad que todo hombre experimenta.

Al sujeto se le pide crecimiento en la virtud y madurez para el salto existencial de la elección, para consentir, optar y usar solo lo que es conforme al bien que le dicta la ley interior de la razón práctica. El amor humano está regulado por la ley de la eticidad de los actos del hombre. La pasión ayuda a que sea el acto más voluntario, más pleno cuando es adecuado, y puede mitigar la responsabilidad cuando es muy intensa y capaz de cegar el juicio de la razón, llamada a dar su dictamen desde la conciencia y la prudencia. En todo caso el amor bien ordenado hace al hombre bueno, y el amor desordenado lo pervierte. Las buenas amistades edifican y son el espacio de la felicidad, las amistades egoístas, perversas, hacen malo al hombre. La auténtica amistad solo puede estar fundada en la comunicación del bien entre los que se aman. Y con esa comunicación edifican su personalidad en la virtud. No hay amistad sin presencia del espíritu. Todo ser humano necesita de los amigos, en el ejercicio de la amistad se manifiesta cómo es, y logra dar sentido a su vida. Todos somos de algún modo fruto de los amigos que hemos encontrado en nuestro camino.

La persona humana puede lograr su plenitud en el amor cuando es tocada por la gracia y es capaz de amar los bienes, los amigos y a Dios, siguiendo el mandato y el ejemplo de Jesucristo. En este modo de amar, se invierte el orden, el hombre no busca tanto recibir de los demás, cuanto darse a los demás y ser un difusor del bien. Esta etapa comienza por el don del amor que se da al hombre: *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*⁵⁷. El amor cristiano es un don que se adapta a la estructura del hombre y puede integrar todas las inclinaciones cuando son conformes con la ley natural y la razón, tanto el *eros*, como la *philia*, y los supera porque en cierto modo es Dios

⁵⁷ Rom, 5,5.

quien ama en el hombre y lo lleva a darse a los demás. Quien se deja transformar por el amor logra la meta de lo humano, la *deificación*. La caridad se hace alma y forma de todos los actos, y el hombre alcanza la perfección. Es entonces cuando se hace discípulo auténtico de Cristo, cuyo signo es el amor.

Acontece con el amor algo análogo a lo que le ocurre al hombre en la dimensión intelectual, porque hay una cierta correspondencia entre el conocer y el amar. La inteligencia se manifiesta en la palabra. El hombre es el ser que habla, hablando expresa, significa y comunica lo que entiende. Pero la palabra tiene al menos tres niveles, uno en la palabra hablada, otro en la palabra mental, y el definitivo en la palabra del corazón. Aquellas son muchas pero solo valen como signos de lo que el hombre piensa, los pensamientos cobran su valor humano en cuanto son signos de lo que el hombre vive, de su palabra del corazón en la que está la raíz de su mismo entender⁵⁸. Algo así ocurre en el amor humano. Hay amores sensibles que se dispersan en los objetos, hay amor de dilección a las personas queridas, pero hay un amor profundo del corazón, a una persona, a Dios, que es capaz de dar sentido a la vida del hombre. Toda conversión profunda en el hombre supone un cambio en el amor, que de superficial se ha hecho interior, y de las realidades humanas se ha levantado a amar cosas y personas en Dios. El rostro de los amigos le hace más presente la imagen de Dios. Son los místicos cristianos, como Juan de la Cruz, los que mejor han expresado la transformación del hombre desde dentro, por la fuerza del amor de Dios, que llega a olvidarse de sí para darse del todo a los demás, sin buscar otra cosa que aumentar su amor. Nada de lo humano queda anulado, todo queda integrado en la profunda unidad. El amor así logra la unión, el éxtasis, el celo, la felicidad. En esta etapa la tensión de los opuestos ha dejado paso a una unidad superior. El amor ha logrado un hombre nuevo.

En estas fases se declara la potencia del amor que mueve desde dentro y cambia a los hombres. El que ama en profundidad, es como el inspirado por un dios, está endiosado, entusiasmado como dice Platón. Como el amor lleva al hombre hacia afuera, la transformación que opera en él está determinada por el bien que ama. Puede ser solo lo útil, y así son las cosas; solo lo agradable, y así se buscan solo los placeres. El hombre no encuentra su medida en esos niveles cuando son exclusivos. Pueden ser las personas a quienes se ama del modo debido, como amor de donación. Ahí está su posición adecuada. El amor edifica, el amor consume al hombre. Se advierte esta distinta suerte en los dos momentos del hijo pródigo del evangelio de Lucas, el de la huida y alejamiento de la casa del padre y el de la vuelta a la casa del padre. El primer momento es el del descenso, en el que dilapida todas sus riquezas, se hace esclavo y queda hambriento e infeliz. El de la vuelta es el de la entrada en sí mismo, el del perdón, el del abrazo, del banquete con vestido nuevo, el del encuentro con el Padre.

El amor brota de la persona, irradia en todos los ámbitos de la dimensión humana, y realiza la unidad de lo disperso. El amor se revela como arquitecto de la persona

⁵⁸ SANTO TOMÁS, In Evang. Ioannis, prol.

en su dimensión de personalidad, porque tiene en sus manos lo interior y dirige la libertad del hombre. La libertad es el gran don de la revelación cristiana. Hegel reconocía, que solo con el cristianismo aparece la libertad y la interioridad digna del hombre. De ambas dimensiones brota el amor que modela a los hombres y les da su peso. La frase de Agustín es decisiva: *Amor meus pondus meum, eo quocumque feror*. El amor es el peso del hombre, allí va donde su peso lo lleva. Pero a la hora de dejarse llevar, glosando al poeta Virgilio que afirmaba: *trahit sua quenuque voluptas*, recurría a Cristo, que arrastra a los que ama y les enseña a amar y amando a dar sentido pleno a su vida. La persona se nutre del amor y en el amor encuentra su atmósfera adecuada. El amor humano tiene su realización en las relaciones interpersonales. Por ello su lugar privilegiado es la familia.

II. AMOR Y FAMILIA

En el principio era el amor, y como el amor es fuerza expansiva de la persona, una fuerza circular, que va de persona a persona, de la conveniencia a la diferencia, de la indigencia a la abundancia para volver enriquecido, el amor es creador, fuente de felicidad y arquitecto de la vida humana. El amor maduro es de persona a persona, y es fiel a la persona. Si ya la amistad no es de muchos, porque amigo de muchos, amigo de nadie, el amor que comprende todos los grados de la vida humana se centra entre dos personas y se hace corporal, efectivo, espiritual, cristiano. Esto es posible en la vida familiar. En el principio era la familia, fruto del amor, fuente del amor humano. Hay una dimensión humana de la familia, una institución de la naturaleza que va con el ser del hombre, tan fuerte que ni por el pecado, ni con el castigo del diluvio, fue abolida o fue olvidada, pero que solo con la revelación del amor de Dios ha recobrado la dignidad de su principio, y ha quedado garantizada por un sacramento. La familia vive del amor, y solo el amor en plenitud puede dar vida a la familia, y por medio de ella lograr los tiempos nuevos. En la historia del hombre desde una perspectiva del amor, solo hay tres momentos: el primero, el del origen, institución de la naturaleza, de plena comunión de varón y mujer; el segundo, el de la caída originaria, dominado por el *eros* expuesto a la constante batalla del egoísmo que se torna agresivo en sus múltiples frustraciones, y el tercero el del amor confortado por un sacramento en la familia. En los tres momentos el amor humano es el amor personal arquitecto o destructor.

2.1. EL MISTERIO DE DIOS Y LA FAMILIA HUMANA

En el principio era la familia. Así es en realidad en Dios y en el hombre imagen suya. La familia se construye y compone de personas y crea el espacio adecuado para las personas. Esta espléndida realidad tiene su principio en el misterio trinitario, el misterio de Dios que se ha revelado lentamente en el curso de los tiempos, por medio de muchas palabras en la historia de la salvación. En verdad solo en Jesucristo ha

sido dado a conocer el hombre. La Buena Noticia del evangelio es la revelación del Padre. Jesucristo se ha manifestado como el Hijo, uno con el Padre. Antes de volver al Padre prometió a los suyos el envío del Espíritu, que se realizó en Pentecostés. Dios es uno y no puede ser sino uno. El misterio de Dios, revelado en Jesucristo, es su unidad de esencia y su trinidad de personas, que no rompe la unidad. En este misterio divino se hace patente que Dios es amor y es un amor fecundo, principio fontal del que procede el Hijo como Verbo, y mediante ambos el Espíritu como amor. La vida profunda de Dios es familiar, interpersonal. Este gran misterio, insondable, es el misterio originario. La vida divina que se comunica al hombre tiene su origen en este misterio y vuelve a él.

El hombre participa de algún modo de este misterio. Dios lo ha querido y lo ha creado a su imagen y semejanza. ¿Qué significa para el hombre estar hecho a imagen y semejanza de Dios? Hay diversos modos de hacer hermenéutica para comprender esa imagen o huella en el hombre. En la tradición ha tenido más peso la lectura de la dimensión espiritual. Solo el hombre era hecho a imagen y semejanza de Dios porque solo él participaba del espíritu. Todo el resto del mundo corporal es solo huella del paso de Dios, un vestigio que no alcanza a ser su imagen. Esta interpretación teológica abre el espacio para otra lectura. La imagen de Dios puede verse no solo en lo espiritual del hombre, no solo en el ser singular, sino en la totalidad de la creación del hombre, por la cual el hombre participa de modo eminente de los dones dispersos en toda la creación, de modo intensivo y se hace un mundo en pequeño. La teoría del hombre microcosmos, ya en vigor desde los filósofos griegos, era adecuada para ver en él un reflejo de la infinitud de Dios. Una tercera lectura de la imagen de Dios en el hombre se da en la misma condición familiar del ser humano. El hombre es imagen de Dios porque es un ser familiar y el amor es su fuerza.

Esta lectura se revela adecuada porque Dios creó al ser humano para que viviera en familia. No hizo al hombre solitario, sino dual, y los quiso unidos por el amor, fecundos por el don de la vida, llamados a cooperar en la obra continua de la generación en la transmisión de la vida. Por todo esto también la familia realiza la imagen de Dios, y de un modo más completo. En efecto, la familia en el hombre como en Dios, tiene su base en el amor de las personas, en la mutua comunicación de la vida, en la donación recíproca, y lleva el sello de la fecundidad que sigue al amor. El amor interpersonal logra toda su dignidad y abraza todas las posibles dimensiones, la fuerza del eros, la elevación de la filia, la comunicación mutua del ágape. La imagen de Dios se realiza de modo pleno en la familia. Hay en ella unidad en la diversidad, unión de personas plenamente compenetradas en los diversos niveles del amor: el varón se encuentra referido a la mujer y la mujer al varón; los padres y los hijos tienen lazos profundos de naturaleza no solo corporal sino afectiva. Cada una de las personas tiene un puesto, un nombre personal, es respetada por lo que es y no por lo que tiene, es cuidada conforme con lo que necesita. Hay una circularidad de vida: todos se desviven y se ocupan mutuamente los unos de los otros y todos comparten lo que la vida humana lleva consigo: las alegrías y las penas, el dolor y los momentos fugaces de la felicidad. El amor familiar es circular,

vínculo envolvente. Hay un fundamento para ver en la familia la imagen de Dios en la tierra. Esto se verifica en cualquier familia, y se ha verificado de modo pleno en la familia de Nazaret, compuesta por las tres personas más altas que ha conocido la historia: Jesús de Nazaret, María y José. Toda familia cristiana está invitada a mirarse en ese limpio espejo, en el que reluce Dios en el mundo y su imagen familiar no tiene defectos.

2.2. LAS RELACIONES INTERPERSONALES

La relación, como otra clave para una aproximación al ser personal, ha cobrado fuerza desde el misterio de Dios, para el que no es apropiada la categoría de sustancia. En Dios no hay accidentes, no hay sujetos separados, solo puede haber distinción de personas mediante las relaciones al modo de sustancia porque son permanentes y distintas, y no rompen la unidad del ser divino. La persona está llamada a vivir una red de relaciones interpersonales. En la familia la relación hace posible la compenetración de todos sus miembros en el amor. La familia se compone de sujetos personales. Cada uno de ellos es un *yo*, que tiene frente a sí, como distinto e igual en cierto modo, a un *tú*. No hay *yo* sin *tú*. Cuando el *yo* y el *tú* entran en relación de intercambio personal, por las vías del conocimiento, del afecto, de la actividad, resulta el *nosotros*, la comunidad humana, la familia. En esta vida familiar quedan excluidos los sujetos designados con el pronombre de la persona en distancia, *él*, *ellos* y apenas hay para un *vosotros*. En la familia se da una alteridad de personas en vías de fusión. Cada persona es un mundo y tiene una vida profunda, a veces consciente, inaccesible desde fuera. Cuando ella misma desde dentro decide libremente entrar en comunión con los demás, su misterio se abre en cierto modo, su esfera envolvente entra en conexión con la del otro sujeto, y los dos comienzan a ser como dos horizontes en aproximación, en vías de fusión. El proceso está llamado a perdurar en el tiempo, porque una total identidad es imposible. El amor es el intento de hacer de dos uno sin lograrlo del todo.

Las relaciones familiares no son unilaterales, de suyo son recíprocas. Cada uno deposita su confianza en el otro, trata de conocerlo a fondo, se complace en los bienes del otro, lo reconoce en su condición de persona y lo respeta en su alta dignidad. El cuerpo es el punto de partida del encuentro y el rostro el lugar de la manifestación de esa intimidad. La mirada a los ojos va más allá de lo que los ojos pueden significar y tiende como a penetrar en lo profundo del ser que se abre y se expresa en el lenguaje de la mirada, el más propicio para el amor. El amor en familia se expresa como ver mirando, mirar contemplando, tratar de penetrar en lo profundo del otro para captar los signos del corazón y del alma. Sin eso no hay amor profundo. El cuerpo tiene su lenguaje, pero tiene que dejarse compenetrar por el afecto, el aprecio, el ideal que lo sublima y lo estima, en una cierta idealización del amado. Así se desvela la persona y se compenetra. Cuando este amor madura, hace posible la fusión integral: todo se comparte, hay una sola vida vivida en comunión.

He aquí el ser humano en plenitud, el andrógino. Los mitos hablan de ese hombre primitivo. Aristófanes lo describe en su origen y en su desgracia cuando, por envidia de los dioses, fue dividido. La familia realiza ese sueño originario de unidad del hombre y la mujer. Ese hombre creado por Dios que necesita compartir y vivir en unidad profunda. La relación del encuentro interpersonal se prolonga en los hijos. La familia tiene que estar abierta a la fecundidad, a la esperanza.

El hombre no puede realizar sino una parte de sus aspiraciones, pero se hace permanente en sus hijos, se perpetúa en la familia. El amor familiar adquiere todas las modalidades de desinterés y de la mutua entrega. La vida es futuro, y por ello el amor es siempre nuevo. Los padres se consagran a sus hijos, se entregan a ellos, los llevan adelante, como personas que se modelan. Los padres están llamados a ejercer en familia la tarea del pedagogo y del escultor. Es preciso modelar a cada uno en su diferencia, desde el proyecto interno que los impulsa, respetando su personalidad en camino. La madre en su ternura, el padre con su organización y su acogida. La familia no vive solo de pan, vive de amor. La casa es como el vestido de la familia. Por ello todos los miembros se sienten a gusto en su casa, cuando la familia funciona bien, se saben acogidos, queridos, ocupando un puesto irremplazable, tienen su nombre y encuentran su libertad.

El mundo de la familia es el de la relación sin posesión, desinteresada, de entrega y de servicio, sobre todo de los esposos y de los padres. Los hijos no entran plenamente en esa relación mutua. Su destino es cortar el cordón umbilical y seguir adelante en la promoción de la propia humanidad. Uno quiere a otro en la familia para que dé su medida humana. La tarea de la familia es formadora, ordenada a la promoción del hombre hasta la plenitud, forjadora de la personalidad. Hogar, dulce hogar, donde se labran la personalidad de cuantos lo componen y donde el hombre se hace persona. La familia se hace hogar, y el hogar da al hombre lo que fuera no puede encontrar. Las relaciones interpersonales de amor, de entrega familiar son las que graban más el ser humano, de modo que nadie las puede suplir.

2.3. *ITINERARIO FAMILIAR*

El itinerario de la familia es el itinerario nunca concluido del amor humano y cristiano, capaz de superar los obstáculos que nuestra cultura le ha tendido y que lo seducen. La familia del futuro tiene que partir de la convicción de que no tiene otra roca más sólida que la del amor. Hay solo dos modos de fabricar la casa, como dice el final del Sermón de la montaña: con fundamento sólido o sobre la arena. El fundamento es la roca. El amor loco funda sobre las cualidades y no sobre las personas, se apoya solo en las apariencias: en la belleza, flor de un día, en las dotes externas, en los haberes, en el linaje. La casa es el vestido de la familia, la que lo cobija de la intemperie. Con el paso de los días y el cambio de las estaciones, con el fluir de la vida y de la cultura, es seguro que hay un cambio. Para todas las casas el temporal trae los mismos problemas, la lluvia, los vientos, los torrentes, la erosión. La casa fundada sobre arena no resiste, y en un momento cae sobre los moradores.

La casa fundada sobre la roca tiene consistencia, los vientos no la abaten, las aguas pasan a su lado, los moradores pueden contemplar desde la ventana el paso de las aguas, la calma de los vientos, y gozar del sol que vuelve a salir cuando ha pasado la tempestad.

En otros tiempos la familia tenía estabilidad: era suficiente, autónoma, tenía bienes, había toda una serie de generaciones en torno al patriarca, estaba organizada en estratos que la sociedad defendía, el amor podía ser débil, pero la institución era fuerte. La cultura actual ha dejado solos a los miembros de la familia, como a la intemperie, no hay otros lazos fuertes que los que los ligan entre ellos. Buena parte de las familias no tienen otro patrimonio que el trabajo para poder subsistir, y este se ha hecho un grave problema; las leyes civiles no suelen tener en cuenta de modo adecuado la familia, porque no presentan problemas y de suyo no dan votos en las urnas. La familia actual se encuentra asediada por todos los costados. La cultura ambiental exalta el amor libre y presenta un ideal de vida que no se atiene a las instituciones; los hombres quedan seducidos por los films donde toda la felicidad se cifra en el tener, en el triunfo a toda costa y en el disfrute sin trabas de cuantos bienes ofrece la vida presente. La familia está a la deriva, amenazada por la mentalidad relativista de la mayor parte, por los ejemplos de los que se divorcian y vuelven a casarse, de los que no se atreven a unirse con vínculo serio y permanente, por la ruptura del vínculo de los que se creían seguros.

La familia actual no tiene apoyo externo que le pueda garantizar la estabilidad. Le queda solo el vínculo que enlaza a las personas. La fuerza de la familia es la fuerza de los esposos que se aman de verdad, y protegen su amor profundo con una donación que no pide ni busca, sino que se da a sí mismo. De suyo esto puede ser una purificación, debe ser comprendida y aceptada con todos sus riesgos. Porque en verdad el amor es más fuerte que ninguno de los vínculos de las ideologías, de los egoísmos y de los poderes. Solo el amor que crece entre los esposos los confirma en su unidad y les da estabilidad.

Ese amor maduro tiene que desarrollar la personalidad de cada uno de los dos: la indigencia se convierte en riqueza. El hombre y la mujer se unen porque son personas cuya personalidad solo crece en el amor recíproco. El amor verdadero desea que el otro llegue a ser plenitud: te amo para que seas plenamente tú mismo, no para que te sometás a mis gustos y deseos. Cuando esto es mutuo, estamos en la vía regia de la familia. Así no solo se enriquece el matrimonio con la dualidad de cuerpo y alma, de varón y mujer, sino con la diversidad de personalidad. Si el sujeto humano es siempre insondable y sorprendente, lo es en su doble faceta de la masculinidad y femineidad. Pues solo en el amor se expansiona y da su medida. Pablo exhortaba a crecer en el amor en todas las cuatro dimensiones, hacia arriba y hacia lo profundo, lo ancho y lo largo, significadas en la cruz de Cristo, que es la expresión de quien ama hasta dar la vida por los que ama. La mujer es capaz de sentimientos y de actitudes heroicas insondables, el hombre es capaz de madurar en la fidelidad, por encima de toda dispersión afectiva. Hay matrimonios que han dado la medida en una reciprocidad ideal. Ay muchos matrimonios ejemplares donde la mujer resplandece con la femineidad,

con el genio de la mujer, y el varón realiza su ejemplar de humanidad. Lo pleno no es frecuente, pero es posible. Hay muchos que se hacen sombra, son estorbo el uno para el otro, por un desvío en la orientación del amor, él no la deja crecer, ella no lo deja en paz. El amor y la profesión a veces se hacen incompatibles.

Me agrada citar un ejemplo ideal para nuestro tiempo de un matrimonio que inició con una serie de dudas sobre el sentido de la vida, que estaban decididos al suicidio, si en el plazo del año no encontraban sentido a la existencia, que buscando crecer en la vida y dar la medida del genio toparon con él y les conmovió hasta lo profundo, que fueron capaces de conversión siendo judíos, que cultivaron a fondo la vida espiritual, la vida intelectual, la vida familiar, y en los tres campos no será fácil decir quién iba por delante. Pocas veces en la historia hay algo semejante: los esposos Maritain, Jacques Maritain y Raïssa Oumansoff, han sido ejemplares en muchos aspectos. Lo eran en la vida cultural: Raïssa más fina como poeta, él era más agudo como filósofo y escritor. Lo fueron en su vida, él se hizo hermanito de Foucault mientras Pablo VI quería hacerlo cardenal. El matrimonio Maritain trabajó unido en el campo cultural, en el diplomático, en el apostolado. Su casa daba cita a unos 300 personajes de la cultura francesa antes de la guerra. Lo que más vale en los 15 volúmenes de las Obras completas de ambos es su pensamiento filosófico, inspirado en Tomás de Aquino y los testimonios de su vida espiritual, que ha crecido a la par, y ha crecido en la comunidad eclesial frente a un mundo adverso. No le ocurría lo mismo a Sócrates con Xantipa. El crecimiento de la persona en la familia se atiene al lema de *vivir unidos siendo diferentes*. La persona crece en su línea interior, su perfil de distinción y se anula en su uniformidad opresiva y en la ficción impuesta. Hasta el presente el hombre ha impuesto sus gustos a la mujer, el futuro tiene que ser la armonía de ambos como personas la que modela el nuevo estilo de esposos. Solo el amor es capaz de renunciar a muchas cosas, y aplica la norma de Juan Bautista: *conviene que yo mengüe y él crezca*.

El amor forja también a los hijos en el calor del hogar: en su diferencia y en su plena armonía. No basta traer los hijos al mundo que ya es un milagro en los tiempos actuales, es preciso darles una promoción que nadie sino los padres pueden dar; y seguirlos hasta la plena madurez de jóvenes que se valen por sí mismos y hacen uso recto de la libertad. La tarea de la familia es esta sobre todas las demás. Se ha tratado de reivindicar un poco la primacía de la función interpersonal de la función procreadora. Aquella se cree indispensable, esta se separa de la vida familiar. Recuerdo el alarde de vanidad francesa cuando el ministro de Justicia socialista Badinter se presentó en Viena con la siguiente propuesta al Consejo de Europa: los franceses del siglo XVIII dimos los derechos humanos al mundo, Francia en el siglo XX da a cada individuo el derecho a la procreación, porque ya con el método de clonación será posible dar la vida a un ser nuevo sin el matrimonio. No es ese el camino del futuro, la vida tiene sus cauces de naturaleza y debe ser respetada al máximo y provida. Los atentados a ella son cada día más intolerables, tanto en la aurora de la vida como en el ocaso, en los principios y en los procesos terminales. Los padres deben respetar a cada uno de sus hijos.

Hay ejemplos de heroísmo en nuestros días, de madres que prefieren morir para que su hijo viva, de matrimonios que se entregan a la promoción total de sus hijos. Es una entrega que se hace solo por amor. Pero es la que realiza a los padres.

La familia no puede crecer sino toda entera, teniendo en cuenta cada uno de los miembros, sobre todo los más necesitados. El tesoro familiar son los hijos, mayor tesoro cuando son niños. Todos saben lo delicada que es la primera infancia y los años de la primera socialización, cuando se aprenden las cosas más difíciles de la vida, las que se graban en el alma y que nadie sino la familia puede enseñar. En la familia se aprende a hablar, a ser hombre, a vivir como Dios manda. La infancia merece el máximo respeto. El nuevo ser aprende que comienza la vida en el seno materno. La mirada del niño es una interrogante que no deja de lado su inocencia y acusa a los adultos que no la respetan. Los niños minusválidos son un tesoro aún más precioso, ellos requieren cariño, más que otra cosa. También los enfermos, los mayores piden ante todo cariño, porque lo necesitan y de ordinario en una cultura de la eficiencia les falta. Están en situación de que todo lo demás les sobra. Pensar en un tipo de familia en la que el amor interpersonal todo lo puede es pensar en un mundo diferente del que vivimos, en un mundo mucho más humano del que estamos conociendo. Y este mundo soñado es posible, no solo para los jóvenes que trazan su ideal de vida antes de recorrerlo, sino para los que viven ya en camino y no están satisfechos de la marcha. La familia es una construcción, como dice Pablo, un campo de cultivo. Cada día se edifica o cada día se destruye. Solo el amor recto garantiza que se lleve a cabo del modo debido.

Frente a tantos decepcionados de la familia, que la hacen y la deshacen en el mundo moderno con la misma facilidad que los nómadas ponen la tienda y la levantan cuando cambian las circunstancias, hay que abogar por una familia plena y compenetrada, que a pesar de las circunstancias desfavorables, ha encontrado su punto de apoyo solo en el amor y en la mutua entrega, en la forja de un hogar con el ideal cristiano de Nazaret. Frente a una sociedad sin padres, sin educadores, se vuelve a la forja de las personas en el yunque del hogar familiar, la mejor escuela.

CONCLUSIÓN

Las tentaciones de la hora moderna son una consecuencia de los valores que ha cultivado. El hombre de hoy está tentado de caer en el nihilismo, el absurdo y la desesperación. Es el pecado contra el ser, la razón y la esperanza de la vida. Es grave esta situación. Pero en vez de entretenerse en lamentos y volver a pensar con pesimismo que, a *nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor*, yo estimo más oportuno mirar al futuro y confiar en el hombre, recobrar la antorcha que ha movido al hombre a lo largo de la noche del tiempo, y hacer posible la llegada de los tiempos nuevos. Hasta ahora se ha puesto el acento en las tres dimensiones que fascinan más al hombre, en el tener, el poder y el saber.

Todo ello es ingrediente de la vida humana. Pero la vida como tal, la vida humana y personal, es un valor previo, y es preciso recobrar los valores por los cuales la misma existencia cobra su sentido. Para ello hay que retomar la corriente de la vida en sus fuentes.

La vida humana se nutre en las fuentes del espíritu, y desde ella da sentido y valor a las realidades de la vida y del hombre. Es muy importante la sociedad y lo son sus dimensiones, la económica, la política, la cultural. Es muy importante mantener el equilibrio de la totalidad. Pero hay algo que está por encima y es anterior a la sociedad y a la cultura y que las hace posibles. Esa dimensión es la persona, y en la persona, después de la revelación cristiana es el amor. El ser humano ha nacido para amar. Si no ama no es hombre. Tiene que amar el bien y la verdad, amar a las personas, amar dándose a sí mismo. Esta es su tarea. Y esta tarea es personal.

Al final de este recorrido se hace claro que esta tarea no es de la escuela, es de la vida. Y no de la vida que necesita muchos tropiezos en la misma piedra y muchos descabros en la cabeza ajena para aprender. Tenemos a la vista los resultados del final del siglo XX: el siglo de la expansión admirable de las ciencias y de la técnica, el siglo de las conquistas planetarias, cuando el hombre ha realizado la mayor parte de los sueños de dominio sobre los elementos adversos, de prolongación de la vida, de penetración en los secretos del universo.

Pero al mismo tiempo es el siglo de las mayores barbaridades de la historia, del hundimiento de los mayores imperios, sin que nadie los haya combatido, de las mayores opresiones en nombre de ideologías de la raza, del imperio, de la clase. Se ha olvidado el fundamento. La persona ha olvidado su condición de ser creada para amar. Y ha dejado de lado dos pilares que requieren mucho cuidado, el de la persona y el de la familia, que solo crecen como las plantas cuando el clima no las sofoca, cuando hunden sus raíces en el terreno que tiene agua y con ella es posible mantener la vida. Pues el aire y el agua, la vida y la fuerza, la tierra y el fuego vienen a la persona por el amor, y con el amor que lleva al fin es posible todo lo demás que es bueno y noble, digno del ser que se trasciende amando y crea nuevas las cosas por el amor.

El escritor francés Mallarmé, con agudeza de talento y sentimiento de antiespañol decía del amor: “el amor es como las posadas en España: solo se encuentra en él lo que a él se lleva”. En verdad se queda corto, porque como son dos lo que llevan, cada uno se lleva el doble de lo que pone. Y ocurre que en los dolores y los gozos del amor personal y familiar se da la paradoja que refleja el proverbio alemán: *el dolor compartido es medio dolor, el gozo compartido es gozo doblado: Geteilte Freude doppelte Freude, geteilte Schmerz, mittel Schemerz!*

En vez de confiar la edificación de la propia casa a cualquier albañil, que entiende poco del oficio, cuando se trata de la persona y de la familia, hay que encargar la obra del amor como arquitecto. Con solo eso ya comienza la aurora del siglo XXI, y brilla el lucero de la mañana.

Recensiones de Libros



GALLARDO GONZÁLEZ, S. ed. (2016). *Persona, familia y cultura*, Universidad Católica de Ávila.

GALLARDO GONZÁLEZ, S. ed. TOMO I: *Persona e identidad*, Universidad Católica de Ávila, pp. 270 ISBN: 978-84-9040-382-2.

En las últimas décadas se ha ido confundiendo el verdadero significado de la persona humana y de su identidad por el afán de algunos de crear una nueva cultura que, muchas veces en vez de ayudar al hombre a su realización personal, va en contra de este porque se niega su naturaleza de criatura de Dios. La persona humana está en peligro si no reconoce su verdadera identidad, peligra su libertad si no sabe a dónde va. Este es un libro de antropología filosófica, apoyado en la doctrina del Magisterio de la Iglesia. Presenta datos biológicos científicos con muy buenas referencias que muestran al hombre su verdadera naturaleza que, armonizada con la libertad, son las claves para reconocer su identidad y alcanzar la plenitud de su ser.

El primer tomo está compuesto por 3 capítulos. El primero de ellos, *Vocación al amor y persona humana*, presenta al amor como meta de toda persona humana y se analiza la realidad del hombre, no solo en su presente, sino como lo que está llamado a ser, su vocación. Se muestra al amor como vocación fundamental de todo ser humano, porque primero fuimos amados nuestra respuesta debiera ser corresponder a ese amor para alcanzar nuestra propia realización. La respuesta vocacional se realiza en la formación de la afectividad mediante las relaciones interpersonales fundamentales de la vida familiar: *ser hijo, para poder ser esposo, y llegar a ser padre*. Se estudia a la persona humana afirmando su subjetividad y su objetividad, lo que es y lo que tiene –siendo lo más fundamental su ser– en relación con su naturaleza racional y libre. Se destaca la importancia del conocimiento de la propia identidad personal partiendo de la experiencia del encuentro con el otro con una actitud de apertura, confianza y donación. La persona como realidad corpóreo-espiritual integra sus dimensiones física, psíquica y espiritual por medio de la libertad.

En el segundo capítulo, *Sexualidad e identidad de la persona humana* se estudia el carácter personal del ser humano. Juan Pablo II en 1981 decía que el gran problema de nuestra sociedad es que se ha distanciado de la plena verdad de lo que el hombre y la mujer son como personas, de ahí la importancia de redescubrir el verdadero significado de la sexualidad humana que permea a la persona en todas sus dimensiones: biológica, psicológica y espiritual. Desde el aspecto biológico se describen los elementos génicos y hormonales para la determinación del sexo desde la etapa embrionaria; durante la infancia y la pubertad el rol crucial de la acción de las hormonas sexuales en el cerebro para el desarrollo de la identidad sexual, así como las experiencias afectivas y la educación recibida. La persona en su proceso de maduración y formación de la personalidad va reconociendo aquellos elementos

que le permiten identificarse como un ser en relación y abierto a la donación de sí, para ello la familia tiene una importancia fundamental. Se reconoce que la vivencia plena y total de la sexualidad humana está llamada a ser vivida en el matrimonio monógamo e indisoluble y considerando sus fines unitivo y procreativo. En la última parte de este capítulo se analizan las posibles causas de la homosexualidad (genéticas, ambientales, familiares) concluyendo que estas son multifactoriales.

En el tercer y último capítulo, *Desenmascarar las ideologías*, se analiza el feminismo radical y su relación con la llamada "Ideología de género" que pretende desordenar culturalmente la verdad de la naturaleza para intentar cambiarla recurriendo a la deconstrucción y reconstrucción de la familia, de la sexualidad, de la procreación, la educación, de la política, de la religión, en resumen, de la persona humana y todo lo que le afecta íntimamente.

Este libro identificando la realidad de la persona humana en todas sus dimensiones y revelando las doctrinas que la quieren confundir, resulta muy útil para entender los cambios que estamos sufriendo en nuestra cultura del siglo XXI.

GALLARDO GONZÁLEZ, S. ed. TOMO II: *La familia y sus retos*, Universidad Católica de Ávila, pp. 165 ISBN: 978-84-9040-383-9.

Este tomo consta de 2 capítulos: El primero, *Matrimonio y Familia*. El matrimonio, elevado al grado de sacramento para los cristianos, es la institución adecuada para el amor conyugal, el que por sus características pone las condiciones más adecuadas para la concepción de una nueva vida humana. El amor esponsal es analogado al amor de Cristo por su esposa la Iglesia y es de ese amor del que se nutre.

Analizando las claves culturales actuales se afirma que estamos en una cultura de la separación y de desorden como consecuencia del pecado, que fragmenta la vida humana y que lleva a la pérdida del sentido original que puso Dios al crear al hombre. La frase "libres para construir nuestro destino, no lo somos para elegir nuestro origen" refleja perfectamente la paradoja humana como una verdad de nuestra existencia, y es, al mismo tiempo, una invitación a volver al principio, al plan de Dios para el hombre, reconociendo y dándole el verdadero valor y sentido a la persona humana, al matrimonio, a la sexualidad, a la familia, etcétera.

El segundo, *La afectividad humana y su educación*. Los afectos, como respuesta a la realidad, pueden ser muy diversos: positivos y negativos. Frente a una cultura emotivista que desprecia la razón y que solo se apoya en los sentimientos para determinar la moralidad de una acción, se propone la importancia de discernir los afectos y educarlos, afirmándose en la racionalidad y en el dominio de los sentidos externos. De esta manera, inteligencia y voluntad permiten una afectividad y una sexualidad madurada que integre las múltiples dimensiones de la persona buscando su realización en armonía.

El carácter multidisciplinario que se le ha dado a esta obra por las miradas femeninas de las autoras de distintas profesiones hace muy enriquecedora la manera

de tratar los distintos temas del ámbito de la sociedad: la familia, el trabajo, la cultura, etcétera.

La claridad de la explicación de los temas y los consejos que se dan al final hacen muy recomendable su lectura para educadores: profesores y padres de familia.

SOBRE LA EDITORA

Sara Gallardo González, doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid, es la editora de esta obra realizada por 9 autoras, profesionales de la Medicina, Psicología, Biología, Filosofía y Derecho. Este trabajo es el fruto de un proyecto de investigación acerca de la mujer promovido por la Cátedra "Santa Teresa de Jesús" de la Universidad Católica de Ávila. Está compuesta por dos tomos. El primero de ellos "*Persona e identidad*" y el segundo "*La familia y sus retos*". El objetivo de la obra es promover la formación antropológica de los universitarios por medio del conocimiento de la persona humana en sus variadas dimensiones y su vocación al amor. En sus distintos capítulos se quiere mostrar que es posible encontrar la concordia por el amor y nunca por la discordia, como enseña San Juan de la Cruz: *donde no hay amor, pon amor, y sacarás amor*.

Ángela María Guevara Ballón

CASTILLA DE CORTÁZAR, B. (1999). *Persona femenina, persona masculina*. Instituto de Ciencias para la Familia.

El presente DIF analiza a la persona fuera de una antropología metafísica asexuada, innovando desde una perspectiva femenina y masculina. Mediante el humanismo cristiano define a la persona femenina y masculina desde la naturaleza, relación y definición con su entorno cultural, carga social e histórica, filiación, amor, sexualidad, el entregar-recibir como un acto de amor, social y activo esencial toda relación y su reciprocidad.

La autora realiza una revisión exhaustiva a diversos autores, con una reconocida *expertise* y preferencia por el trabajo de Zubiri y Juan Pablo II, sin ignorar a históricos y contemporáneos como Tomás de Aquino, Beauvoir y Foucault. Con esta metodología, busca definir lo masculino y femenino aclarando que la igualdad no necesariamente es compatible con la diferencia. De hecho, analiza cómo estos se complementan desde el interior de cada uno en su relación sexual, de procreación, actividades cotidianas, donde ambos están llamados a abarcar todas las virtudes.

Aún así, la autora abarca la antropología diferencial que de alguna manera ha instaurado una inferioridad de la mujer (sentimental, pasiva, entregada) en desmedro de lo masculino (racional, activo y dominante), donde se derriba la noción de pasividad, entendiéndolo que en todo acto relacional, tanto dar como recibir requiere de un accionar. A lo anterior aplica a la acción de recepción y entrega,

de la mujer y varón respectivamente, donde el amor no es solo dar, sino también saber recibir.

También se aborda el texto del *Génesis*, atacando la idea de relación de subordinación de la mujer hacia el hombre por haber sido creada a partir de una de sus costillas. Es Dios quien la crea para que el hombre se encuentre a sí mismo en la mujer, es parte del autoconocimiento recíproco, citando a Beauvoir “la mujer encarna positivamente la carencia que el varón lleva en su corazón, y tratando de encontrarse a través de ella, es como él espera realizarse”.

Lo novedoso de este ensayo es cómo la autora analiza y define a la persona desde lo femenino y masculino en diversos aspectos, ya habiendo pasado un tiempo desde su publicación y entendiendo que la esencia de lo planteado no ha variado mucho, es un excelente punto de partida para reflexionar concerniente a lo femenino y masculino a la luz de los nuevos movimientos que se están planteando en nuestra sociedad: seguro se reafirmarán varias propuestas y los terrenos de definición de ampliarán para entregar un interesante análisis a la luz de los tiempos.

ACERCA DE LA AUTORA

Blanca Castilla de Cortázar es doctora en Teología y en Filosofía y Máster en Antropología. Profesora del Pontificio Instituto Juan Pablo II en Madrid, promotora, presidente y Profesora en el Campus Tomás Moro y Secretaria General de la Real Academia de Doctores de España entre 2001 y 2005. Autora de 7 libros y de más de 100 artículos en revistas especializadas y en libros en colaboración.

Angélica González Solís

MEDINA ESTÉVEZ, J. (1997) *Y los creó varón y mujer*, Ediciones Universidad Católica de Chile.

El presente texto analiza bajo la mirada del autor la importancia del matrimonio para el bien común y el desarrollo de la sociedad. La Constitución chilena indica que “la familia es el núcleo fundamental de la sociedad” (Art. 1 inc. 12), por lo que surge reflexionar cómo desde la década de los noventa se ha caracterizado en nuestro país la presencia de la familia en la atención pública. De una parte, ese protagonismo se debe al tema del divorcio con la que se encuentra estrechamente conectada, así como un acuerdo en que la estabilidad y la salud en una sociedad dependen radicalmente de la suerte de la familia.

Pareciera haber un amplio consenso en afirmar que el robustecimiento de la familia es un elemento vital de una convivencia social que resulte alentadora para el desarrollo de las personas y propicia para crear condiciones de armonía y equilibrio en la comunidad humana. Sin embargo, ¿qué se entiende por familia y cuáles son las medidas más eficaces para protegerla?, ¿qué relación presenta con la identidad

del matrimonio, elemento constitutivo de la institución familiar?, ¿y cómo proporcionarle entonces, la estabilidad que requiere?

Cuando se trata de cristalizar medidas concretas de apoyo a la institución familiar, aparecen iniciativas que, paradójicamente, apuntan a introducirle elementos disociadores como es la legislación del divorcio vincular que viene a cambiar la definición del matrimonio que da el Código Civil chileno, el que le atribuye la calidad de indisoluble. Y, en consecuencia, frente a las diferentes visiones del matrimonio y la familia se encuentran diversas concepciones del hombre, la libertad, la moral y el papel del Estado, lo que afecta a quienes incluso tienen una misma base doctrinal como la adhesión a una misma fe religiosa.

La Iglesia se ha opuesto a tal iniciativa, no solo porque postula que la mentalidad divorcista es incompatible con la fe cristiana, sino porque todo debilitamiento del vínculo matrimonial redundaría en grave daño del bien común. Esto implica no solo aspectos económicos o políticos, sino también involucran el sentido mismo de la existencia, que se relaciona estrechamente con la trascendencia del individuo.

Con el concepto de matrimonio está la idea del hombre y su libertad, el sentido de la palabra y sus compromisos, la relación entre plenitud humana y solidaridad, lo que apunta a un producto valioso e indisoluble.

El texto plantea que es un error creer que el divorcio es algo que afecta al sector de la sociedad que tiene problemas matrimoniales, sino que es a todos por igual, reduciendo ese “para siempre” con el que se han comprometido para el resto de sus vidas.

En diversas formas y ocasiones, el arzobispo Jorge Medina Estévez se ha referido al tema y este libro recoge muchas de sus intervenciones expuestas de modo claro y atractivo.

ACERCA DEL AUTOR

Jorge Medina Estévez estudió Derecho y Teología en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y luego Filosofía en el Seminario Pontificio de Santiago, desempeñándose como docente en ambas instituciones.

Fue Canónigo Penitenciario de la Catedral Metropolitana de Santiago y perito del Concilio Vaticano II. Posteriormente fue nombrado obispo diocesano de Rancagua, para luego asumir como secretario general de la IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano.

Es autor de numerosos escritos y ha recibido varias distinciones internacionales por sus trabajos. Actualmente se desempeña como miembro de la Congregación para los Obispos, la Congregación para la doctrina de la fe, del Pontificio Consejo para la interpretación de los textos legislativos y de la Pontificia Comisión para América Latina.

Angélica González Solís

PAPA FRANCISCO (2020) *Patris Corde*. San Pablo Editorial, pp. 32.

Con motivo del 150° aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, el santo padre, el papa Francisco, escribió una carta apostólica que tiene por nombre “*Patris Corde*”, haciendo alusión a que José amó a Jesús con un corazón de padre.

La carta destaca siete cualidades o virtudes en san José como padre: amado, en la ternura, en la obediencia, en la acogida, en la valentía creativa, trabajador y en la sombra.

En la introducción se pone de manifiesto que, así como en la vida, en medio de la pandemia y crisis, aparecen personas que sin ser grandes conocidos (que están en segunda línea) sostienen e infunden esperanza cada día, asimismo, san José, pasando inadvertido, discreto, cumplió su misión: el de ser custodio de la Virgen María y Jesús para que se realizara el plan de salvación.

En el desarrollo de la carta, se describe que su máxima grandeza fue la de ser esposo de María y padre de Jesús. Una paternidad que no entendió en un principio y que como varón respetuoso decidió guardar silencio para velar por la fama, dignidad y vida de María, y fue así donde Dios salió a su paso, iluminándolo. San José hizo una donación de sí mismo, su vida y su trabajo en la Sagrada Familia.

Ante las persecuciones, dificultades, cambios de residencia, José no huye, sino que con valentía creativa asume todas esas circunstancias y defiende, protege al Hijo del Todopoderoso y a su madre. De él se debe aprender el sentido de responsabilidad. Una responsabilidad que no solo consiste en traer un hijo al mundo, sino que se hace cargo. Ser padre significa introducir al niño en la realidad, capaz de hacerle libre, no retenerlo hacia sí mismo como posesión. Por ello la tradición le ha puesto a san José, el de “castísimo”, porque amó con una actitud contraria a la de poseer, nunca se puso en el centro como protagonista. El centro de su vida fue María y Jesús.

El Papa resalta que un padre sabe que completa su acción educativa cuando ve que su hijo es autónomo y camina solo por los senderos de la vida, y a ejemplo de san José que supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado, de esta manera es como vive plenamente su paternidad.

Termina el documento con una hermosa oración a san José compuesta por el Papa para pedir su intercesión, imitar sus virtudes y animar a que crezca el amor a este gran santo.

Rocío Bustamante Chacón

